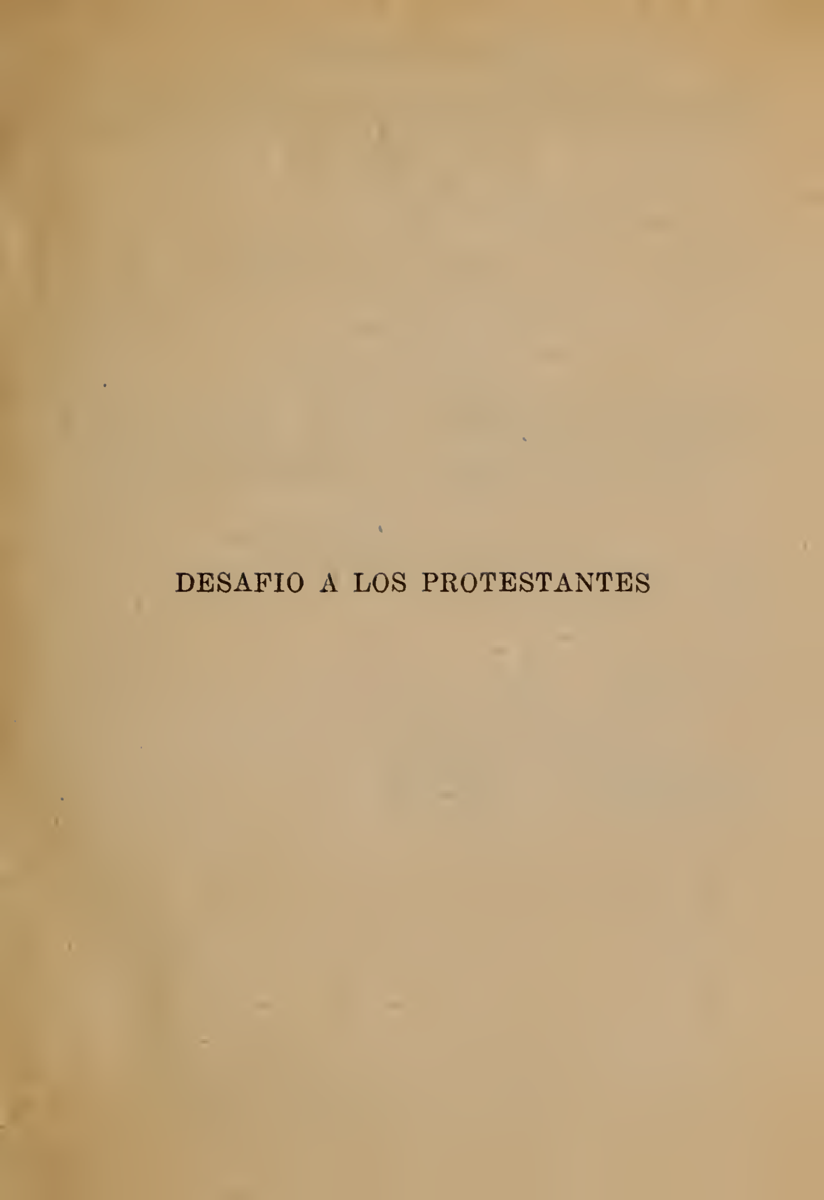




DESAFIO A LOS PROTESTANTES



DESAFIO A LOS PROTESTANTES

CATEDRA CARNAHAN

Conferencias dictadas anualmente en la Facultad Evangélica de Teología, de Buenos Aires, en memoria de Carrie Jay y Ella May Carnahan.

1951 — LA IGLESIA MILITANTE
por *Harold A. Bosley*

1952 — LA RENOVACION DE LA IGLESIA
por *W. Visser 't Hooft*

1953 — REALIDAD E IDOLATRIA
por *Juan A. Mackay* (inéditas)

1954 — LAS HERRAMIENTAS DEL REINO
por *D. T. Niles*

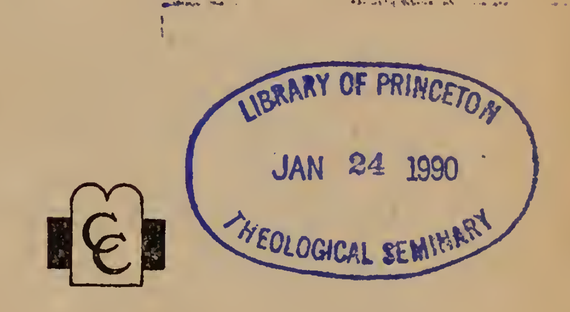
1955 — REGENERACION Y CONVERSION
por *John Baillie*

1956 — DESAFIO A LOS PROTESTANTES
por *Kenneth Scott Latourette*

KENNETH SCOTT LATOURETTE

Profesor de la cátedra Sterling de Misiones e Historia Oriental, emérito, y "Fellow" adjunto del Berkeley College, en la Universidad de Yale.

Desafío a los Protestantes



Editorial "La Aurora" – Corrientes 728 – Buenos Aires
Casa Unida de Publicaciones – Apartado 97 bis – México, D. F.



Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723.

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

DEDICATORIA

A Paul Murray Minus, Jr., quien con su compañerismo alivió y enriqueció las molestias de viaje.

PREFACIO

¿Qué tiene que decirle el mundo de hoy al protestantismo? ¿Qué tienen los protestantes que decirle al mundo de hoy?

Es tan obvio que el mundo de nuestros días está en revolución, que llamar la atención a ello puede parecer una ingenuidad. También es obvio que esa revolución empezó en lo que acostumbrábamos en un tiempo llamar la "cristiandad", y de allí se ha extendido a toda la humanidad, siendo ligeramente menos patente el hecho de que la revolución tuvo su origen en aquella porción de la cristiandad en que el protestantismo ha sido la forma de religión predominante. También es aparente el hecho de que en gran parte de la cristiandad histórica, especialmente en Europa y América Latina, parece estarse operando un proceso de descristianización. Para los observadores del mismo, el término cristiandad es un anacronismo, pues carecería en la actualidad del significado que pudo tener históricamente, en Occidente. ¿Es esto lo que el mundo de nuestros días le está diciendo al cristianismo, y especialmente al protestantismo? Después de haber intervenido en la formación de la civilización occidental, ¿está el cristianismo siendo descartado por esa civilización? ¿Está eliminando al cris-

tianismo la revolución que comenzó dentro de la cristiandad? Si es así, ¿se nota la desaparición del cristianismo particularmente en la forma de esa fe que una vez prevaleció entre los pueblos en los que surgió la revolución? ¿Es que ha contribuido el cristianismo, y especialmente el cristianismo protestante, a una revolución que está destruyendo al cristianismo? Hay quienes dicen que mediante la revolución la humanidad entera está superando la religión. Declaran que la religión es una etapa en la historia de la humanidad y que la humanidad está saliendo de esa etapa. Si esto es verdad, es de suponer que el protestantismo, siendo la forma religiosa de la mayoría de los pueblos entre los cuales se hizo manifiesta primero la revolución, ha de ser el primero en morir. Nuestro mundo ciertamente está desafiando, retando, al protestantismo.

El reto no se dirige meramente, o primordialmente, al protestantismo, sino a los protestantes. El protestantismo es una de las tres ramas principales del cristianismo, pero a diferencia de la Iglesia Católica Romana, no tiene un centro o una cabeza autoritaria. Ningún funcionario eclesiástico ocupa en el protestantismo el lugar de privilegio que ocupa el Patriarca ecuménico en las iglesias ortodoxas, ni mucho menos el del Papa en la Iglesia Católica Romana. Ni el mismo Concilio Mundial de Iglesias puede hablar en nombre de todo el protestantismo. El reto se dirige a aquellos cristianos que son protestantes. La respuesta no será dada por un determinado hombre o cuerpo. Porque la naturaleza del protestantismo, debe proceder de muchos individuos y muchos cuerpos.

¿Qué tienen que decirle los protestantes al mundo de

nuestros días? ¿Qué respuesta pueden dar al desafío? ¿Será meramente una refutación defensiva? ¿Puede ser algo más que eso? ¿Podrán los protestantes plasmar la revolución alrededor del mundo? Y si no completamente, ¿podrán al menos modificarla en tal forma que el mundo que está surgiendo de ella lleve siquiera algunas de las marcas del Evangelio cristiano? De las tres ramas principales del cristianismo: la católica romana, la oriental y la protestante, la última es la más joven. No obstante, pretende estar más de acuerdo que las otras con el Evangelio tal como Cristo y sus apóstoles nos lo legaron y haber mantenido lo mejor de la gran herencia cristiana. Pero como movimiento distinto tiene poco menos de cuatro siglos y medio de antigüedad, y su gran crecimiento geográfico se ha producido en el último siglo y medio. A comienzos del siglo XIX estaba confinado casi enteramente a los pueblos del noroeste de Europa y a unas pocas minorías diseminadas a lo largo de la costa este de la América del Norte, en las Indias occidentales, en pequeños baluartes en la costa norte de la América del Sur, aquí y allá en precarias posiciones en las costas oeste y sur de Africa, y en Ceilán, India e Indonesia. En los siglos XIX y XX ha sido la forma del cristianismo que ha tenido una expansión proporcionalmente más rápida y ha dado nacimiento a más nuevos movimientos que cualquiera de las otras dos ramas mayores de la fe. Ha llegado a ser mundial. Y esa expansión y esos movimientos han estado relacionados con la revolución. En realidad, ellos han constituído una fase de la revolución. Han sido afectados por ella y a su vez la han afectado. Pero han sido más que una fase de la revolución. Han surgido primordialmente del vigor inherente

en el Evangelio cristiano, que es muy anterior a la revolución. Esto, a pesar del trágico hecho de que, aun teniendo el Evangelio como una de sus fuentes, en muchas de sus fases la revolución lo tergiversa y contradice.

El propósito de este libro es bosquejar la relación que guardan entre sí la revolución y el protestantismo, señalar la forma en que los protestantes están respondiendo a la revolución, y sugerir lo que deben hacer si han de estar a la altura del reto que les lanza un mundo en revolución.

Primero, debemos recordar las características de la revolución. Luego, debemos señalar las características distintivas del protestantismo y bosquejar los principales desarrollos dentro de él en la época de la revolución. Esta segunda sección se dividirá naturalmente en tres partes. Primero están los principales rasgos del protestantismo en sus comienzos y durante el primer siglo y un tercio, aproximadamente de 1517 a 1648. En segundo lugar, están los cambios producidos durante el período en que la revolución estaba tomando impulso, aproximadamente de 1648 a 1914. En tercer término, el curso del protestantismo desde que la revolución entró en su etapa global y más explosiva. La fecha evidentemente más apropiada para señalar el comienzo de ésta es 1914. De esta segunda sección pasaremos a considerar la cuestión de las relaciones entre el protestantismo y la revolución. Aquí tendremos que intentar responder a preguntas como éstas: ¿en qué extensión y en qué forma es responsable el protestantismo, si lo es en alguna manera, por la revolución? ¿Hasta qué punto ha contribuído el protestantismo a la revolución, y en qué formas ha afectado la revolución al protestantismo? Naturalmente, no

hemos de pasar por alto a las otras ramas principales del cristianismo. Debemos tratar, pues, de describir, aunque mucho más brevemente que con el protestantismo, las características distintivas de la Iglesia Católica Romana y las iglesias orientales, y las relaciones entre estas dos ramas del cristianismo por un lado, y la revolución por el otro. Finalmente, tenemos que preguntarnos qué deben hacer los protestantes si han de estar a la altura del reto lanzado por el mundo revolucionario de nuestros días.

Hemos de reconocer francamente que los capítulos que siguen tienen lo que podría considerarse como tres limitaciones. Primero, proceden de alguien que es protestante de nacimiento y por convicción, y que, además, pertenece a esa corriente del protestantismo que es calificada como puritana, pietista y evangélica. Así condicionado, el autor no puede ver con completa objetividad aquellos aspectos de la revolución que son una negación o una perversión de la fe cristiana, o describir con plena comprensión las formas del protestantismo que están fuera de su tradición ancestral o las ramas de la fe cristiana incorporadas en la Iglesia Católica Romana y las iglesias orientales. En segundo lugar, este libro es demasiado pequeño para abarcar completamente y en toda su complejidad el asunto de que trata. Todo lo que el autor puede tratar de hacer es bosquejar un somero boceto de la escena tal como él la ve. Estos capítulos han sido escritos como conferencias públicas, y en consecuencia deben ser breves. En otras obras más extensas el autor ha tratado y está tratando de abarcar el tema en sus más vastas relaciones con el curso de la historia. Aquí solamente está subrayando uno de los aspectos, el que sugiere el título. En tercer lugar, nadie puede abarcar todos los conocimientos

requeridos para responder cabalmente a todas las preguntas que sugiere el tema. Todo lo que uno puede hacer es contribuir con la información que haya adquirido y las intuiciones que tenga, a la formulación de las preguntas y las respuestas sugeridas. Esto es lo que el autor ha intentado. Sin embargo, es en parte consciente de sus limitaciones; de haberlo sido del todo, quizá hubiera evitado embarcarse en la exploración que se registra y resume en lo que sigue. Sólo le queda esperar que con ello ayude a otros a ponerse a la altura del desafío más urgente y crucial que los hombres han enfrentado jamás.

Estos capítulos fueron redactados en primer término para llenar las condiciones de las Conferencias Carnahan, en la Facultad Evangélica de Teología, de Buenos Aires, en julio de 1956. Al director y profesores de esa institución el autor está profundamente reconocido por sus muchas muestras de cortesía.

Lo mismo que para más de una veintena de otros libros anteriores y para innumerables decenas de artículos y folletos, grandes y pequeños, el autor está en deuda con la Sra. Luella T. Lincoln, quien no solamente ha mecanografiado nítidamente un manuscrito a veces difícil, sino que también ha contribuído a mejorar mucho el estilo literario con sus sugestiones.

Paul Murray Minus, Jr., acompañó al autor en su peregrinación sudamericana, y con su compañía y su ayuda para aminorar las dificultades de idioma y de viaje hizo que fueran felices muchas horas que sin él hubieran sido aburridas y fastidiosas. Por ello el autor debe registrar su cordial agradecimiento.

Capítulo I

LA REVOLUCION QUE ES EL URGENTE DESAFIO

Tan evidente es la revolución que está conmoviendo a la humanidad entera, que para nuestros fines bastará con resumir sus principales características.

Es una revolución multiforme, que afecta todos los aspectos de la vida y la civilización. Nunca antes la humanidad ha experimentado una transformación tan radical.

Las características principales de la revolución aparecieron primero en la porción occidental de lo que hemos estado acostumbrados a considerar como la cristiandad, es decir, entre los pueblos de la Europa occidental, ya sea en la misma Europa o en las tierras fuera de Europa que fueron colonizadas por ellos. La mayor parte de ellas aparecieron en las porciones protestantes de la cristiandad occidental, y de allí se difundieron por el resto de la cristiandad occidental, luego por la cristiandad oriental, y más tarde por el resto del mundo.

El primero de los aspectos espectaculares de la revolución fue político. Este ha sido un aspecto recurrente

y su extensión se ha ampliado y se ha profundizado su intensidad. Su primera manifestación tal vez fuera la revuelta del siglo XVII que conquistó la independencia de los Países Bajos. Una etapa temprana fue, naturalmente, la que a veces ha sido llamada la revolución puritana, en la Inglaterra del siglo XVII, que culminó en el Commonwealth. Luego, sucesivamente y producidas en parte por ideales principios similares, se produjeron la Revolución Americana, que dió origen a los Estados Unidos de América, y poco después, la Revolución Francesa. Ambas revoluciones influyeron poderosamente en los movimientos de independencia de los países de la América Latina, y contribuyeron a modelar sus constituciones respectivas. El siglo XIX, en Europa, se vio señalado por revoluciones políticas que estallaron de tiempo en tiempo; algunas de ellas fueron violentas, como las de 1830 y 1848; otras relativamente pacíficas, como la legislación que en 1832 y 1867 hizo de la Cámara de los Comunes una representación más adecuada de la población de las Islas Británicas. Aliados a estas revoluciones hubo otros movimientos provocados por el creciente espíritu de nacionalismo: movimientos que dieron por resultado la unificación de Alemania e Italia y la independencia de Bélgica, y los estados balcánicos. En Rusia, en 1905, se produjo una revolución que modificó la constitución de aquel país. La primera Guerra Mundial, debida en parte al choque de los nacionalismos de Europa occidental, precipitó nuevas revoluciones en varios países de esa región, y desembocó no menos espectacularmente en la revolución de la cual surgió la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, infor-

mada por la ideología formulada primeramente por Marx en Londres.

Las revoluciones políticas se extendieron más allá del occidente y Rusia. A fines del siglo XIX y en el siglo XX provocaron transformaciones radicales en el Japón, la China, la India, Pakistán, Birmania, las Filipinas e Indonesia, y produjeron estructuras políticas determinadas en parte por los ejemplos occidentales, copiados con algunas modificaciones. En Africa y Asia, durante el siglo XX y con diversos grados de violencia, otros países han establecido gobiernos que muestran la influencia occidental.

Un aspecto mucho más vasto de la revolución ha sido el creciente dominio por parte del hombre de su ambiente físico, que ha dado por resultado enormes cambios sociales y económicos.

El dominio del hombre sobre su ambiente físico comenzó con lo que generalmente se conoce como la revolución industrial —la era de la aplicación de la fuerza hidráulica y el vapor a la maquinaria, la invención y desarrollo de máquinas que permiten una mayor producción *per cápita* y el establecimiento y crecimiento de las fábricas. Si bien algunas de las invenciones se realizaron en Francia, fue en la Gran Bretaña protestante donde la revolución industrial proliferó. Durante la primera parte del siglo XIX Inglaterra y Escocia tuvieron casi el monopolio de los nuevos procesos. La revolución industrial pronto se extendió a otros países; se desarrolló rápidamente en los Estados Unidos, predominantemente protestantes. En el continente europeo, con la ayuda de capitales británicos, pronto hizo notables progresos en Bélgica. Alcanzó prominencia en al-

gunas regiones de Francia, en la región noreste de España, en el norte de Italia, y más tarde, en Alemania. A fines del siglo XIX estaba siendo introducida en Rusia y hacía rápidos progresos en el Japón, mientras que, con capitales en parte extranjeros y en parte nativos, estaba apareciendo en algunos centros de la India. En el siglo XX ha aumentado en Rusia y el Japón, aquí y allá en la India, y en algunas ciudades de la China, y en todo el occidente.

Intimamente relacionado con la revolución industrial y el desarrollo de la industria estuvo el progreso de los transportes y las comunicaciones, cosa que también se inició en Gran Bretaña y los Estados Unidos. A las carreteras y canales siguieron los barcos a vapor y los ferrocarriles. Luego vinieron los tranvías y motores eléctricos, los motores de combustión interna, los motores Diesel, el automóvil y el aeroplano. La segunda mitad del siglo XIX vio la aparición del telégrafo y el teléfono, y el gran desarrollo de los sistemas postales. La máquina de escribir, el papel de pulpa de madera, la linotipo y otras máquinas y sus productos facilitaron y multiplicaron las comunicaciones a través de la palabra escrita, mientras el siglo XX las ha acelerado mediante las varias formas de transmisión inalámbrica.

Con la industrialización y las comunicaciones más rápidas vino la mejor iluminación. El gas de hulla, el kerosene y la electricidad iluminaron las calles, las fábricas, las casas de comercio y los hogares. La refrigeración y la preservación de los alimentos mediante el empleo de envases de hojalata y de vidrio, enriquecieron la dieta al par que aliviaban las tareas del ama

de casa. El agua corriente, caliente y fría, los toilets y cuartos de baño, la calefacción central y el aire acondicionado aumentaron las comodidades de la vida física.

La anestesia, los antisépticos, el conocimiento de los microorganismos, el desarrollo de las vacunas y el descubrimiento de nuevas drogas han ayudado en la lucha secular contra las enfermedades, contribuyendo a prolongar el término medio de la vida. La prolongación del término medio de la vida y la reducción de la mortalidad infantil han contribuído al rápido crecimiento de la población en países tales como el Japón, la China y la India, donde ya se había llegado a un punto crítico en materia de subsistencias.

El progreso tecnológico, comenzando en la cristiandad occidental y extendiéndose al resto del mundo, ha revolucionado la vida económica y la organización social. Ha llevado al crecimiento de las ciudades, muchas de ellas de tamaño sin precedentes, mientras los antiguos patrones de la vida rural se han ido progresivamente rompiendo, la familia se ha debilitado hasta el punto de desintegración, y las diferencias de clase se han ahondado y aumentado. Al mismo tiempo el capital y el trabajo se han organizado y están crónicamente en conflicto.

En las culturas "primitivas" la ruptura ha sido particularmente grave. Particularmente entre los africanos del sur del Sahara, la introducción del dinero en su economía, y el reclutamiento de millares de jóvenes para el trabajo en las nuevas ciudades y en las minas del hombre blanco —a menudo a centenares de millas de sus aldeas y tribus nativas— han tenido desastrosos efectos morales y sociales.

El aumento del dominio del hombre sobre su ambiente físico ha provocado otro aspecto de la revolución: la intensificación de la guerra. Con los nuevos medios de transporte y comunicación pueden ser movilizados los recursos de toda una nación. Ha aparecido la guerra total. Ha sido eliminada la distinción entre combatientes y no combatientes, con la cual la conciencia cristiana había tratado de limitar el poder destructivo de la guerra. Debido al acortamiento de las distancias-tiempo, la guerra global no es sólo una posibilidad, sino una realidad actual. La capacidad destructiva de la guerra ha ido en aumento hasta que la liberación de la energía atómica y el dominio del aire amenazan la existencia de naciones enteras y aun de la civilización misma.

Debemos agregar también que el acortamiento de las distancias-tiempo ha hecho posible "un mundo" y la cooperación global. Esto ha dado lugar a los esfuerzos para la colaboración amistosa en escala mundial, especialmente a través de la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas.

Mano a mano con el dominio de su ambiente físico por el hombre, ha ido su creciente conocimiento del mismo. La astronomía ha ampliado las dimensiones del universo, haciendo que la tierra —y aun el sistema solar— aparezcan como pequeños puntos en la vastedad de los espacios siderales. La física y la química han revelado algo de la composición y naturaleza de la materia. Los geólogos han revelado la larga historia del desarrollo de la tierra y de la vida en este planeta. Los biólogos han ampliado nuestro conocimiento de la vida, tanto animal como vegetal. Los sociólogos y

psicólogos han sondeado la sociedad y la mente humana.

Teorías sociales y económicas, concebidas y practicadas también primero en Occidente, y al principio principalmente entre pueblos de herencia protestante, han tenido influencia dominante en la revolución. A fines del siglo XVIII, Adam Smith, en la Escocia predominantemente protestante, formuló la doctrina del *laissez-faire,* la teoría económica que dominó la vida económica de Occidente durante la mayor parte del siglo XIX. Bajo él se produjo gran parte del impacto revolucionario de Occidente sobre el resto del mundo. Aunque en el siglo XX en muchas partes del mundo el *laissez-faire* ha sido rechazado o modificado, en forma de "libre empresa" lo practica todavía la mayoría de los países, especialmente los Estados Unidos, donde el protestantismo ha influído los ideales sociales y económicos mucho más que cualquier otra de las ramas del cristianismo. No todas las varias escuelas del socialismo tienen una herencia protestante; sin embargo, todas ellas surgieron entre los pueblos de Europa occidental. Conviene recordar que la especie de socialismo que halló más amplia repercusión fue primordialmente creación de Karl Marx, y que Marx tenía antecedentes protestantes. Algunos socialistas primitivos eran de origen católicorromano. Otros experimentos idealistas surgieron en suelo ortodoxo ruso, destacándose entre ellos los de Tolstoi y los Doukobors. Pero las innovaciones de procedencia católicorromana y ortodoxa fueron excepciones y no resultaron tan contagiosas como las originadas en ambiente protestante.

Otro aspecto de la revolución, el secularismo, ha sido un alejamiento de la religión y la aparente decadencia de ésta como una potencia en la vida de la humanidad. En la etapa más explosiva de la Revolución Francesa, la mayoría de los revolucionarios más destacados eran deístas. No se oponían a la religión, sino sólo al cristianismo. Entre los dirigentes una minoría influyente era atea. La revolución comunista ha ido acompañada por una activa propaganda antirreligiosa. La interpretación comunista del universo y de la historia descarta la religión como algo irracional. En la India, la independencia del dominio británico se alcanzó a través de la acción del Congreso Nacional, con Nehru como Primer ministro. Nehru, un secularista, considera la religión como un obstáculo a la unidad nacional que ha sido su meta. Esto se debe principalmente a las profundas divisiones entre las dos religiones principales del país: el hinduísmo y el mahometismo. En una cantidad de países de Occidente, inclusive la América latina, muchos dirigentes de la revolución han denunciado a la religión como enemiga, especialmente en países en que ha dominado el catolicismo romano. A menudo han acusado a la Iglesia Católica Romana de bloquear el progreso y la justicia, de aliarse con las fuerzas reaccionarias y de ser explotadora de los desheredados.

En conjunto, el acrecentamiento del dominio del hombre sobre su ambiente físico y su creciente conocimiento del mismo, han debilitado el dominio de la religión. La industrialización y la tecnología, al suplir aparentemente las necesidades de la humanidad, han parecido hacer de la religión algo sin importancia, o

a lo sumo un ornato de la vida del cual se puede prescindir. La sociedad-masa —la agregación de hombres agrupados en ciudades por la máquina y la fábrica— ha hecho difícil o imposible la perpetuación de las observancias religiosas del orden social que está desplazando. En Occidente esta no observancia ha contribuído a la descristianización de la cristiandad. Fuera del Occidente, en los centros urbanos e industriales, las formas tradicionales de las religiones no cristianas se han debilitado o han desaparecido del todo. Para millares, la ciencia y lo que ésta ha revelado sobre el universo parecen haber desacreditado las creencias religiosas, señalándolas como resabios supersticiosos de una era precientífica. Algunas religiones no cristianas se han desintegrado más que el cristianismo. De las religiones "superiores", la que más ha sufrido ha sido el confucianismo. Pero aun el Islam, por lo general resistente a las fuerzas hostiles, se ha debilitado notablemente. En Turquía, que durante mucho tiempo fuera el asiento del jefe titular del Islam, hombres inspirados por el ejemplo de Europa occidental han adoptado un programa puramente secular. El secularismo ha sido fomentado también por la emergencia de un mero fenómeno: el estado secular. Históricamente ha existido un maridaje entre el estado y la religión. El jefe del estado tenía funciones religiosas y a menudo era jefe del culto religioso patrocinado por el estado. En realidad, estado e iglesia eran considerados como facetas inseparables de la vida de la comunidad. Pero en los dos últimos siglos se ha producido su separación gradual; y el apartamiento empezó entre pueblos considerados como cristianos.

En los siglos XIX y XX, dos motivos completamente opuestos llevaron a la separación de la Iglesia y el Estado, en Occidente. Por un lado ha habido hostilidad contra la religión, y especialmente contra el cristianismo. Esta ha ido en aumento desde la época de la Revolución Francesa, siendo más aguda contra la Iglesia Católica Romana y las iglesias orientales. Por otro lado, ha existido entre los cristianos la convicción, más difundida entre los protestantes, de que debe haber un divorcio entre la Iglesia y el Estado.

La tendencia occidental al estado secular se ha difundido fuera de Occidente. Si bien el comunismo le ha dado ímpetu, empezó antes que esta ideología hubiera hecho muchos progresos, y en varios países ha continuado desarrollándose con plena independencia del marxismo. En muchos de los países en que la gran mayoría profesa el Islam el lazo entre la religión y el estado es todavía fuerte, pero en Turquía ha dejado de existir y en Indonesia está muy atenuado. En China, la república instaurada en 1911 rechazó la presión para dar al confucianismo la posición de privilegio que había disfrutado durante el imperio. En el Japón, después de la Segunda Guerra Mundial, las potencias aliadas victoriosas exigieron al gobierno que retirase el sostén a los santuarios del shintoísmo de estado. Aunque el hinduísmo ha permanecido fuerte en la India independiente, este estado es religiosamente neutral.

Sin embargo, ha habido un avivamiento religioso, en oposición al secularismo. Esto se puede afirmar especialmente del cristianismo en los Estados Unidos, del budismo en Birmania y Ceilán, de algunas formas del

budismo y el shintoísmo en el Japón, y del Islam en Turquía. Este es también un aspecto de la religión.

Otra fase aun de la revolución se ve en las agitaciones entre las masas desheredadas. Estas agitaciones no son del todo nuevas. A través de los siglos, en muchos países y culturas ha habido revueltas de los oprimidos contra sus opresores. Estas revueltas parecen haber sido más frecuentes entre los pueblos del oeste de Europa, donde una de las causas de la agitación —sin ser la única— fue el cristianismo. Repetidas veces sus dirigentes han surgido entre aquellos que creían que la explotación de las masas por unos pocos privilegiados era contraria a los principios cristianos, y que indignados por la injusticia que habían experimentado o habían visto a su alrededor, fomentaron protestas y levantamientos. En los siglos XIX y XX el desasosiego de las masas adquirió proporciones desconocidas anteriormente. Apareciendo primeramente en Occidente, se ha extendido a otros pueblos y regiones del globo.

En no pequeña extensión esta agitación entre los desheredados puede ser atribuída al cristianismo. Fueron personas impulsadas por la fe cristiana las que encabezaron los movimientos para la protección de los indios norteamericanos y la abolición del tráfico de esclavos y la esclavitud entre los negros. La influencia cristiana se puede ver en los programas para combatir el analfabetismo. Misioneros cristianos han tomado parte activa en la elevación del nivel moral, económico y educativo de los intocables de la India. Tanto en Occidente como en otras partes, el idealismo cristiano acicateó a los primeros luchadores por el mejoramiento de la suerte

de la mujer. El alcance preciso de la responsabilidad del cristianismo por esta agitación todavía está por determinarse. Otros factores han influído, indudablemente. Y es también indiscutible que algunas manifestaciones de esa inquietud se han desarrollado en contradicción al genio del cristianismo; han sido acompañadas por el odio y la violencia. Sin embargo, el cristianismo ha sido un factor importantísimo.

Estrechamente relacionadas con la agitación entre los desheredados se encuentran las revueltas contra la dominación de las potencias occidentales. Esta dominación es relativamente reciente. Empezó en gran escala en los siglos XV y XVI con los descubrimientos y conquistas de los españoles y portugueses. En los siglos siguientes otras naciones europeas se unieron en la construcción de imperios, expansión que alcanzó el punto culminante a principios del siglo actual. Las rebeliones contra el dominio de los pueblos occidentales han sido episodios comunes durante las últimas cuatro décadas. Y como la agitación continúa, los restos del dominio colonial parecen condenados.

Sin embargo, la revuelta contra el dominio político y económico de Occidente no ha impedido la difusión de la revolución cultural que ha emanado también de Occidente. En realidad, a menudo la intranquilidad político-económica ha acelerado la revolución cultural. Al tratar de emanciparse de las potencias occidentales los pueblos no occidentales han tratado de apropiarse de las máquinas, los conocimientos científicos y algunas de las instituciones políticas y educativas de Occidente.

Es este mundo en revolución el que está desafiando a los protestantes. ¿Qué perspectivas de pasadas y pre-

sentes conquistas sugieren que los protestantes pueden modelar con el evangelio el nuevo mundo que está surgiendo? Si los protestantes no pueden dar forma plena a la revolución, ¿pueden modificarla para bien? ¿Pueden testificar eficazmente el evangelio ante los miles de millones que forman el nuevo mundo?

Capítulo II

EL CARACTER ESENCIAL Y LAS PRIMERAS ETAPAS DEL PROTESTANTISMO

¿Cuál es el carácter esencial del protestantismo? ¿Qué características lo distinguen de las otras expresiones mayores del cristianismo?

El protestantismo surgió en un área particular y de una de las ramas existentes entonces del cristianismo. Nació en el noroeste de Europa y a menudo ha sido interpretado como una protesta contra la forma del cristianismo que entonces dominaba en esa región, la Iglesia Católica Romana. En realidad fué parte de un movimiento de reforma. Y ese movimiento fue una infusión de nueva vitalidad dentro del cristianismo de Europa occidental. Fue un intento de llevar el cristianismo de esa región más cerca de la norma establecida por Cristo. Parte del movimiento de reforma permaneción dentro de la Iglesia Católica Romana, mientras la porción protestante fue rechazada por ese cuerpo. Un observador, por lo menos, notando la proximidad del límite noroeste del Imperio Romano con la línea de demarcación geográfica entre la Europa protestante

y la católicorromana, ha descrito al protestantismo como la reacción de la mente teutónica al cristianismo —la apariencia que habría tomado el cristianismo al aclimatarse entre los pueblos germánicos. Esta caracterización puede tener algo de verdad; es parecida a la que describe la Iglesia Católica Romana como la reacción de la mente latina al cristianismo y ve en ese organismo un "fantasma del Imperio romano" parcialmente cristianizado.

A menudo se ha señalado también la coincidencia de la emergencia del protestantismo con una etapa posterior del humanismo del Renacimiento. Desde este punto de vista, el protestantismo es considerado como una fase de la vitalidad creativa de Europa occidental que resultó en la compleja y multiforme transición de la Edad Media a la época moderna.

A veces se equipara el protestantismo con la ascensión al poder de la clase media urbana. O al menos algunos aspectos del protestantismo se dice que estuvieron condicionados por la emergencia y desarrollo de la *burguesía.*

Cada una de estas caracterizaciones es sugestiva y estimulante. Tomadas en conjunto, sirven para recordarnos que no se trata de un fenómeno simple. El Evangelio nunca ha operado en un vacío cultural. Gira alrededor de una figura histórica. Como nos lo recuerdan los relatos del Nuevo Testamento y el Credo, el Verbo eterno se encarnó en Jesús de Nazareth, quien nació en una época particular, como hijo de una mujer determinada, María, bajo el dominio de un emperador romano, Augusto César, en una provincia de ese imperio, y que fue crucificado bajo el poder de un

funcionario romano, Poncio Pilato. Esta es, según la creencia de los cristianos, la forma en que Dios obra para la salvación de los hombres. Entra en la historia. El ha dotado al hombre de libre albedrío suficiente para rechazar y crucificar a su Hijo y hacer así de su mayor acto de gracia la ocasión del más grande de los crímenes del hombre. No es sorprendente, por consiguiente, que a través de la historia el curso del Evangelio haya estado siempre condicionado por su ambiente cultural. Era de esperar que, de tanto en tanto, los hombres pervirtieran algunos aspectos del mismo, con perjuicio para sí mismos y para sus semejantes. Este es el riesgo que Dios asume.

Sin embargo, ver en el protestantismo meramente tegumentos teutónicos, un fruto del Renacimiento, o una concomitancia del crecimiento de la clase media urbana es perder de vista su esencia y su significación. La misma designación "protestante" es errónea. Su origen fue incidental y casi accidental. Desde luego, el movimiento fue en parte una protesta contra los abusos de la Iglesia Católica Romana. Pero era y es mucho más que eso. El protestantismo apareció como un nuevo impulso del Evangelio. Surgió de una renovación del contacto directo con el corazón del Evangelio mediante el cual éste fue liberado de agregados espurios procedentes de los primitivos ambientes en que se hiciera sentir, para manifestarse en nuevas expresiones de su inherente poder.

Los rasgos característicos del protestantismo se pueren enumerar rápidamente. Son la justificación por la fe, y el sacerdocio de todos los creyentes, y el derecho y deber del juicio individual bajo la dirección del Es-

píritu Santo confrontada con la Palabra de Dios tal como está registrada en las Escrituras. Estas tres cosas estrechamente vinculadas entre sí. Las dos últimas son corolarios de la primera.

El alma conturbada de Lutero descubrió la justificación por la fe en la epístola de Pablo a los romanos. Es el encuentro directo del individuo con Dios. El Dios con quien se encuentra es justicia absoluta, el Dios que juzga, el Dios ante quien el hombre no puede mantenerse. Sin embargo, Dios ha tomado la iniciativa para sacar al hombre de la tragedia en que él mismo se ha sumido por su orgullo y rebeldía. Dios no sólo es justo. En Jesucristo se ha revelado como amor sacrificial y como Redentor. En realidad, su amor es de la esencia misma de su justicia. Movido por Dios, el hombre responde al amor de Dios. Por medio de la fe inspirada por Dios, acepta lo que Dios en Cristo ha hecho por él. Dios le perdona y a medida que él continúa entregándosele, lo fortalece y lo purifica progresivamente de toda maldad, mediante su Espíritu Santo. La justificación por la fe obra en cada individuo y se produce mediante la fe individual. El individuo forma parte de la Iglesia, la "bendita compañía de todos los fieles" de todas las edades y latitudes, y tiene para con ella una deuda incalculable. La Iglesia le ha precedido y él está incorporado a ella. La mayoría de los cristianos han sido criados en ella y desde la infancia han sido nutridos por ella; dependen de ella y de sus sacramentos, predicación y culto, sin los cuales se ven desastrosamente empobrecidos. Sin embargo, el cristiano es justificado por su fe y no por la de ningún otro. Esa fe es inspirada por Dios. Es de

iniciativa divina y en respuesta a esa iniciativa, pero pertenece al creyente mismo.

La justificación por la fe tiene como corolario el sacerdocio de todos los creyentes. Desde que todo cristiano es justificado por medio de la fe, por el canal abierto mediante esa fe Dios tiene acceso directo a él y él a Dios. No necesita más mediador que Cristo, Cristo que es a la vez Dios y hombre. Los demás cristianos pueden ayudarle; en la Iglesia hay lugar para todos aquellos cuya necesaria función especializada es enseñar, proclamar la palabra de Dios y administrar los sacramentos. La Iglesia formalmente les reconoce la posesión de esos dones. Pero una de las maravillas del evangelio es que, como el vidente lo oyó proclamar al coro celestial en su adoración, a todos los redimidos por Su sangre, "de toda tribu y lengua y pueblo y nación'', el Cordero los ha hecho ''sacerdotes de nuestro Dios".

La justificación por la fe del individuo y el sacerdocio de todos los creyentes significa, además, que cada cristiano tiene el privilegio y la obligación de juzgar por sí mismo en cuestiones pertinentes a su salvación. Es ésta una responsabilidad que no puede eludir o delegar en otro individuo o en el cuerpo colectivo de los cristianos. Puede y debe buscar el consejo de otros cristianos, ser guiado por la palabra de Dios tal como la halla en las Escrituras, y tomar en consideración la experiencia pasada y presente de la Iglesia. Empero cada cristiano es responsable ante Dios por sus pensamientos y hechos, y debe juzgar por sí mismo lo que es verdadero y cuál es la voluntad de Dios para él. Nunca se expresó esto en forma más dramática que

en la presentación de Lutero ante la Dieta de Worms. En presencia del emperador y de los señores espirituales y temporales del Santo Imperio Romano, se le pidió que se retractara de los escritos que habían incendiado a toda Europa. El respondió que no estaba dispuesto a aceptar la autoridad de papas y concilios, por cuanto éstos se habían contradicho unos a otros, y que, a no ser que se le convenciera con argumentos de las Escrituras y la razón no podía retractarse de nada; no era justo ni seguro ir contra la conciencia, y su conciencia estaba cautiva de la palabra de Dios. Creíase obligado en primer término hacia Dios. Por consiguiente, él, humilde monje y profesor universitario, no estaba dispuesto a comprometer aquello quc según su juicio individual creía verdadero a la luz de las Escrituras. He aquí una característica esencial del protestantismo.

Es obvio que el privilegio y deber del juicio individual es muy peligroso. Así lo percibieron claramente el emperador y el papa, y repetidamente lo han señalado católicos romanos y ortodoxos sinceros y piadosos, así como otros que no son tan piadosos. Tan peligroso es, que muchos protestantes lo han esquivado y lo han repudiado tácita o abiertamente. Entre ellos algunos de los primeros reformadores. De tanto en tanto ha habido quienes —inclusive muchos cuerpos eclesiásticos protestantes— han tratado de proteger el evangelio cercando en tal forma, en la práctica, el principio, que lo han negado. Por otro lado, apelando al derecho de juicio individual, siempre ha habido quienes han desafiado a la Iglesia y al estado. Debido a ello el protestantismo ha sido la forma más dividida

del cristianismo. Aunque últimamente ha estado uniéndose en nuevas formas que atraen también a cristianos de otras ramas de la Iglesia, aún sigue dando origen a nuevas sectas. La falta de una autoridad central aceptada, que defina la fe y haga cumplir ordenanzas, y el énfasis sobre el juicio individual han provocado alejamientos de la médula central del evangelio que han hecho decir a otros cristianos que el protestantismo está a mitad de camino entre la fe y la infidelidad. Además, como lo hemos insinuado ya y volvemos a verlo, de pueblos de tradición protestante han salido negaciones francas del cristianismo y perversiones del evangelio que han sido una amenaza para la fe y para la humanidad en total. En realidad, como ya hemos sugerido, hay quienes afirman que el protestantismo surgió no tanto de la fe cristiana como del racionalismo asociado con el Renacimiento. Los tales consideran a Lutero como un notable ejemplo temprano del hombre moderno y de la tendencia que eventualmente lleva a confiar en la razón humana con exclusión de toda religión, y al triunfo del secularismo. Aunque esta interpretación desconoce las características esenciales de la experiencia de Lutero —su ansia de Dios, su sentido de culpa en presencia de Dios y sus leyes, y su asombrada y humilde aceptación de lo que Dios había hecho por él en Cristo— puede señalar similitudes con un humanismo que coloca al hombre en el centro y eventualmente trata de desalojar a Dios del universo.

Existe en el protestantismo el peligro de un orgulloso individualismo que rechaza la experiencia, percepciones y convicciones de otros cristianos y de la

Iglesia. Un mandamiento fundamental de Cristo es el de amar al prójimo. La obediencia al mismo implica comunidad, consideración por los demás miembros de la comunidad, y buena disposición, aun celo, por someter las propias convicciones a cualquier posible corrección por comparación con las convicciones y los juicios de otros. La mayoría de los protestantes han admitido teóricamente esta obligación. Pero para ser fiel al genio protestante, la responsabilidad de la aceptación o el rechazo de lo que proviene de la comunidad cristiana corresponde al individuo. Existe así el peligro no sólo de una interminable división, que linda con la anarquía, sino también de desconocer algunas características centrales del evangelio y de pervertir, caricaturizar y falsear otras en forma tal que se llegue a crear un enemigo del evangelio.

Sin embargo, los protestantes han adherido a la concepción de la Iglesia como el cuerpo de Cristo. Excepto unos pocos individualistas extremados, siempre se han asociado con otros creyentes. Han reconocido a la Iglesia como una creación divina, no como una institución o un conjunto de instituciones voluntarias puramente humanas. No concuerdan en una definición precisa de la Iglesia, pero han aceptado y aceptan aún la declaración neotestamentaria de que la Iglesia es la esposa de Cristo. Una y otra vez han visto con pena la fragmentación de la Iglesia en iglesias visibles. Desde el principio ha habido protestantes que han orado y trabajado por la curación de las divisiones.

El peligro inherente en el protestantismo es de la esencia misma del evangelio. Surge del riesgo que Dios afrontó en la encarnación del Hijo eterno en aparente

debilidad, en "un niñito que hizo llorar a una mujer" y al permitir que su Hijo sufriera una muerte cruel y aparentemente fútil, a manos del hombre pecador. Dios quiere hijos, no "robots". Por consiguiente, ha dotado al hombre de libre albedrío suficiente para rechazar a su Hijo. Dios visita a los hombres con su justicia, por violar las leyes que él ha establecido para el bien y la dirección del ser humano. Pero esto no los lleva al verdadero arrepentimiento. Cuando mucho, los induce simplemente a desistir de la desobediencia, por miedo al castigo. El verdadero arrepentimiento sólo es resultado de la contricción por haber pecado contra el amor de Dios. Dios es amor y si los hombre han de ser sus hijos deben tener también la clase de amor sacrificial que hay en su Padre. El mandamiento de amar a Dios sólo puede ser obedecido en voluntaria respuesta al amor de Dios. "Dios encarece su amor para con nosotros en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros". Concediendo al hombre libre albedrío suficiente aun para dar muerte a su Hijo, Dios sacó a luz la repulsiva plenitud del pecado que hay en el hombre. Sólo así podía demostrar su amor y evocar en correspondencia algo de genuino arrepentimiento y de amor tal como el suyo. Aquí hubo aparentemente debilidad e insensatez. "Pero lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres" y "lo loco de Dios es más sabio que los hombres". Sólo así podían los hombres ser ganados para el arrepentimiento que es requisito previo del perdón y la salvación del pecado. Pero la encarnación en esta forma es altamente peligrosa Los hombres utilizaron su libertad para crucificar al Hijo de Dios. No es sorprendente que esa

libertad haya resultado en crímenes menores, pero por eso pequeños, en el rechazo y perversión del evangelio.

Durante los años, los protestantes han luchado con la aparente contradicción entre esta libertad y la soberanía absoluta de Dios. Al principio, muchos de los principales reformadores negaban el libre albedrío del hombre. Sostenían que había sido tan corrompido por el pecado del hombre, que éste no podía responder en fe a la gracia de Dios hasta no ser capacitado por él. Esta ha sido desde entonces la posición oficial de muchos cuerpos protestantes. Sin embargo, en la práctica, una creciente proporción de los protestantes han creído que Dios ha dotado a los hombres libertad suficiente para rechazar o aceptar lo que él ha hecho por ellos en Cristo. Ambas posiciones parecen tener base en el Nuevo Testamento; pero lo que está claro es que Dios respeta la libertad del hombre para responder.

En los días de su estada en la carne, Jesús respetó la libertad de determinación de los hombres. Los instaba a seguirle, pero si se negaban no intentaba obligarlos. Invitó al joven rico a unirse a su compañía, pero no corrió tras él cuando se alejó. Cuando supo que Judas estaba tramando la traición, siguió amándolo y no expulsó al traidor de la compañía de los Doce, ni colocó obstáculos en su camino que hubieran podido frustrar su libre determinación. En una de las parábolas más famosas de Jesús, el padre no persigue al hijo errante, sino que espera que el joven regrese por su propia voluntad.

Al conservar y permitir esta libertad el protestantismo está más cerca del Evangelio y de la forma en que Dios actuó en la encarnación de lo que está la

Iglesia Católica Romana con su rechazo de la justificación solamente por la fe, del sacerdocio de todos los creyentes, y del derecho y deber del juicio individual. Está también más cerca del evangelio de lo que están las iglesias orientales con su negación del sacerdocio de todos los creyentes y su subyugación del individuo mediante una tradición infalible.

Esto no significa que el protestantismo sea un reflejo perfecto del Evangelio o que los protestantes no tengan nada que aprender de las otras comuniones. Como lo hemos de ver con más detenimiento, uno de los privilegios de los protestantes y parte del desafío que enfrentan consiste en apropiarse lo que haya de valor en esas otras tradiciones. Con todo, están más cerca que ellas de la forma en que Dios obró en la encarnación y obra aún mediante su Espíritu Santo.

Al principio la gran mayoría de los que se hacían protestantes no se ajustaban del todo a los principios característicos del protestantismo. En lugar de la justificación por la fe individual del creyente, conservaron el vínculo de la Iglesia con el estado y exigían que todos los miembros del estado se sometieran. Esta exigencia implicaba que todos los que recibían los sacramentos del bautismo y la Cena del Señor serían salvos. Mientras en teoría la fe del individuo era necesaria para su justificación, en la práctica los gobiernos y las iglesias protestantes unidas a ellos actuaban como si aquella no fuera esencial.

Además, muchos de los primeros reformadores retrocedieron ante las implicaciones del derecho y deber del juicio individual, viendo sus peligros y sus abusos. Substituyeron la autoridad de la Iglesia Católica Ro-

mana por la suya propia, o por la autoridad de una iglesia determinada y de un credo o una nueva formulación verbal de la fe. Muchos de ellos contaban con el apoyo del estado para hacer aceptar su posición.

Hubo algunos protestantes que protestaron contra esos compromisos. Conocidos como anabaptistas, rechazaron el bautismo infantil de todos los habitantes de una región determinada, administraban el bautismo a aquellos que mediante la fe consciente habían cumplido la condición para la justificación, y los congregaban en iglesias que incluían solamente a aquellos que habían llenado ese requisito. Los más extremistas entre ellos accntuaban el derecho y deber del cristiano de ejercer su juicio, libre de la coerción de la Iglesia o el estado.

La estrecha asociación de la Iglesia y la comunidad era continuación de una tradición precristiana. En épocas precristianas, sea en el Imperio Romano o en otras regiones, como hemos visto, la comunidad y la religión eran consideradas como coextensivas. Ser miembro de una comunidad dada era presumiblemente profesar su religión. De acuerdo con esta tradición, en las zonas de Europa en que dominaba el cristianismo, el estado era oficialmente cristiano. Podía tolerar a los judíos o a los mahometanos, sea por necesidad o por prudencia. Pero ya fuera crónicamente, o de tanto en tanto, los colocaba bajo restricciones o los expulsaba. Una y otra vez el estado procedía contra las que la iglesia oficial calificaba de herejías.

Esto era una herencia de la forma en que el cristianismo había entrado en Europa. La minoría cristiana en el Imperio Romano había adquirido tanta impor-

tancia que los emperadores habían hecho las paces con ella. Al principio sostuvieron la Iglesia cristiana y los cultos precristianos del estado. Pero pronto acordaron sostener solamente al cristianismo y desalentaron o trataron activamente de eliminar a los otros cultos. Cuando los pueblos del noroeste de Europa abrazaron la fe cristiana, al principio fueron minorías que generalmente eran perseguidas por las autoridades civiles. Pero temprano o tarde el rey o el jefe de la tribu aceptaban el cristianismo y dentro de una generación o menos era seguido por sus súbditos en masa. De esta manera fue como, según han dicho algunos, los pueblos del oeste y gran parte del este de Europa fueron inoculados con una variedad leve del cristianismo que los protegió contra un acceso violento del mismo. Al extenderse el protestantismo a través de gran parte de Europa occidental, en parte contemporizó con prácticas heredadas. Más de un príncipe lo adoptó e instó a sus súbditos a adoptarlo, o los obligó a hacerlo.

Después que decayó el furor de las guerras religiosas, y dejaron de tener éxito los esfuerzos de los católicos romanos para reconquistar mediante la Contrarreforma el terreno perdido, el protestantismo y el catolicismo romano se allanaron a una tregua. La fecha, en términos generales, es la de la paz de Westfalia (1648).

Desde entonces, los límites territoriales de las dos ramas del cristianismo en Europa occidental han experimentado sólo leves variantes. En general, como ya hemos dicho, el catolicismo romano prevaleció en la región que había ocupado antes el Imperio Romano. Su fuerte estaba en la Europa latina. El protestan-

tismo era la religión declarada de los pueblos al noroeste de lo que había sido el Imperio Romano. La principal excepción era la Gran Bretaña. Pero esta excepción era más aparente que real. En esta isla el dominio y la cultura romanos que habían prevalecido durante cerca de cuatro siglos, fueron barridos por los invasores anglosajones de allende los dominios romanos. Con todo, las iglesias reformadas estaban en parte dentro de lo que había sido el Imperio Romano. Así Calvino era francés y realizó su obra principal en Ginebra. También en Estrasburgo hubo muy temprano un centro de la fe reformada. Ambos lugares habían estado dentro del Imperio Romano. Los valdenses, un grupo protestante cuya historia se remonta a un origen francés en épocas anteriores al protestantismo, son italianos. Sn embargo, Calvino era nativo de Picardía, y ésta, Ginebra y Estrasburgo estaban en la frontera norte del Imperio Romano y los valdenses tenían sus baluartes tradicionales en los valles del norte de Italia. Se puede aducir que todas éstas son regiones que nunca habían sido completamente asimiladas por la cultura romana y en las cuales había una fuerte infiltración germánica del noroeste de Europa. Por otro lado, si bien en el siglo XVI hubo quienes en plena Europa latina rompieron con Roma, muchos de ellos, en Italia y España, no se ajustaron fácilmente a las formas del protestantismo que prevalecían al norte de los antiguos límites romanos.

Debido a la aceptación colectiva de lo que se dio en llamar protestantismo por los pueblos del noroeste de Europa, se perdieron de vista los principios característicos del protestantismo. Puede que se los sostuviera

en teoría, pero en la práctica cayeron en el olvido. En realidad, un individuo era considerado cristiano y protestante, y se lo admitía en la Iglesia mediante el bautismo por el accidente de haber nacido en un determinado país. En algunas partes, por cierto, la plena relación de miembros estaba reservada para aquellos que daban evidencias de la fe que produce la justificación. En algunos países, mayormente luteranos, el ministerio era considerado en principio como puramente funcional y no como un sacerdocio apartado de los laicos. No obstante, en realidad el sacerdocio de todos los creyentes era en gran parte ignorado y los clérigos eran considerados como los únicos sacerdotes, apartados como canales por cuyo intermedio la gracia de Dios llegaba a los hombres mediante la predicación, la enseñanza y los sacramentos. También el derecho y deber del juicio privado del individuo tendía a ser oscurecido o negado. Las distintas iglesias en que estaba dividido el protestantismo formulaban sus confesiones de fe, y las autoridades eclesiásticas, con la ayuda del estado, exigían el sometimiento a cllas.

El abandono del monasticismo por los protestantes les cerró el acceso a la clase de vida que los católicos habían adoptado cuando querían entregarse a Cristo sin reservas. Es comprensible que los protestantes rechazaran el monasticismo, ya que les parecía, y les parece, no tener asidero en las enseñanzas de Cristo, y ser, en realidad, contrario a ellas y al Nuevo Testamento. Ellos creían y creen que en la práctica el monasticismo ha llegado a ser un medio por el cual hombres y mujercs han buscado, y buscan aún, adquirir méritos mediante buenas obras y ganar así la justificación. Sostenían y

sostienen que esto es negar la justificación por la fe. Afirmaban, y afirman, que el hombre nunca podrá merecer nada de Dios. Todos somos pecadores y a la vista de Dios nada de lo que nosotros podamos hacer puede expiar ese pecado. Aun cuando hubiéramos de realizar lo imposible y obedecer todos los mandamientos de Dios, sólo habríamos cumplido nuestro deber y no mereceríamos nada de Dios. La justificación y la vida eterna sólo son posibles para nosotros mediante la gracia de Dios en Cristo, el asombroso amor que ninguno de nosotros mereció jamás ni puede merecer. Sólo vienen en respuesta a nuestra aceptación de esa gracia mediante la fe, fe que es la entrega de nosotros mismos a Dios, en plena confianza y rendición. Pero aun esa fe no puede ser un acto meritorio de nuestra parte. Procede del impulso del amor de Dios mediante Jesucristo y el Espíritu Santo, por el cual nos volvemos hacia Dios y con confianza infantil le decimos al eterno Dios que trasciende nuestra comprensión, "Abba, Padre". Para aquellos que, aceptando la invitación de la gracia de Dios y abriendo la puerta a Aquel que ha estado llamando pacientemente, han nacido de nuevo mediante el Espíritu Santo, la vida en adelante está inspirada por el amor agradecido. "Le amamos a él, porque él nos amó primero". "El amor es el cumplimiento de la ley". El monasticismo, pues, y el ascetismo que le es consubstancial, si se adoptan como una manera de ganar el favor de Dios son completamente contrarios al evangelio, con su asombroso, casi increíble amor divino. En toda ocupación, si no es contraria al amor de Dios, el cristiano puede servir inspirado por el amor de Dios. Este es el ideal cristiano. Los protestantes han sido fieles al evangelio cuando lo han

proclamado y han cooperado con Dios al tratar de incorporarlo en su vida.

Sin embargo, aquí como en todas partes hay parte del riesgo que Dios corrió en la encarnación. En realidad, muy pocos de los que llevan el nombre de cristianos actúan habitualmente en respuesta consciente al amor de Dios. Aun cuando en teoría puede que reconozcan que no pueden hacer nada para ganar el favor de Dios, tienden a reducir el evangelio a una ley y obedecerlo por un sentido de obligación. Cuando en el noroeste de Europa el protestantismo reemplazó al catolicismo romano como religión de la comunidad y el estado, sólo una minoría comprendió el Evangelio en la nueva forma en que era presentado. La calidad de vida de la mayoría probablemente no mejoró mucho. En algunos lugares, especialmente después del primer flujo de la Reforma, inclusive puede haber declinado la calidad media de la vida. La desaparición del monasticismo de las zonas protestantes eliminó el desafío a una completa dedicación a Cristo con que el monasticismo en sus mejores aspectos confrontaba a las masas nominalmente cristianas.

En los siglos XVI y XVII, bajo el primer impacto del protestantismo se hizo común debatir las cuestiones que él planteaba y agudizaba, no sólo en las universidades y dentro de los muros de las iglesias, sino en los mercados y en todas las actividades comunes de la vida. Controversias mediante las cuales gran parte de la población se enteraba de los principales puntos alrededor de los cuales giraba la disputa. Sin embargo, la mayoría, tanto de los católicos como de los protestantes, seguían a sus dirigentes acostumbrados en la Iglesia y el

estado. Donde, como en Inglaterra y parte de Alemania, los príncipes se pasaban de uno a otro bando, la mayor parte del populacho se ajustaba a lo que le era ordenado por el estado y los altos dignatarios eclesiásticos.

El hecho de que el protestantismo no consiguiera inmediatamente que todos los que nominalmente se adherían a él entendieran cabalmente el evangelio y se rindieran a él, no oscurece la verdad de que hubo una minoría para la cual realmente se produjo un nuevo descubrimiento del Evangelio. En ellos el Evangelio operó una transformación que produjo los frutos del Espíritu.

Como era dable esperar de la naturaleza del protestantismo, las formas que adoptó este renovado descubrimiento fueron variadas. Algunos destacados protestantes, como Lutero y Calvino, y grandes anglicanos como Cranmer, trataron de que la ruptura de la continuidad de la experiencia cristiana de los siglos precedentes en la Iglesia fuera lo más pequeña posible. Aplicaban a esa herencia la prueba del Evangelio prístino como se halla en Cristo y sus apóstoles. Trataban de limpiar a la Iglesia de todo lo que fuera contrario al Evangelio. Eran reformadores, no revolucionarios que quisieran barrer con todo el pasado.

Otros de los primitivos protestantes, en cambio, trataban de volver a lo que hallaban en el Nuevo Testamento y rechazaban como una corrupción del Evangelio todo lo que fuera de fecha posterior al Nuevo Testamento. Como hemos visto, insistían en que el bautismo de párvulos no estaba de acuerdo con la práctica del Nuevo Testamento. Acentuaban la necesidad de la conversión consciente. Sus iglesias eran "congregadas": no

bautizaban a todos en un territorio dado, sino sólo a los creyentes.

Fueron los precursores de los movimientos puritano-pietista-evangélicos que adquirieron notoriedad en los siglos XVII y XVIII.

En las primeras etapas del protestantismo aparecieron místicos individuales, que o bien no dieron origen a ningún grupo organizado, o si formaron grupos, éstos fueron pequeños. Algunos de ellos, sin embargo, ejercieron una vasta y continuada influencia a través de sus escritos. Descuellan entre ellos Sebastián Franck (1499-c.1542), Gaspar Schwenkfeld (1487-1541), y especialmente Jacobo Boehme (1575 - 1624) y Johann Arndt (1555-1621). Era de esperar que surgieran tales hombres en un movimiento que acentuaba la salvación por la fe y el sacerdocio universal de los creyentes.

Otros que son considerados generalmente como integrantes de la corriente del protestantismo se ocupaban menos de la justificación por la fe, y aun la ignoraban. Acentuaban mas bien el derecho y el deber del juicio individual. Eran humanistas que creían en Dios. Por lo general eran antitrinitarios. Puede ser significativo que figuras destacadas de estos movimientos posteriores, tales como Servet y los Sozzini procedieran respectivamente de España e Italia. Hay tempranas evidencias de que los latinos que se rebelaron contra la Iglesia Católica Romana no siempre hallaron un refugio grato en las formas predominantes del protestantismo, modeladas como habían sido fuera de la Europa latina o en las fronteras septentrionales de ésta, sólo parcialmente latinizadas.

Hacia 1648, pues, un siglo y un tercio después que

Lutero clavara su tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg, el protestantismo había capturado la porción norte de Europa occidental, había desarrollado características propias, y había adoptado formas que habrían de persistir hasta el siglo XX. Sus formas principales eran la luterana, la reformada presbiteriana y la anglicana. Estas eran iglesias de estado. Los anabaptistas constituían minorías que protestaban contra lo que creían las contemporizaciones de las iglesias de estado. Los principales sobrevivientes de éstos son los menonitas.

Capítulo III

PROFUNDIZACION Y DIFUSION GEOGRAFICA DEL PROTESTANTISMO

El período de poco más de dos siglos y medio transcurrido entre 1648 y 1914 presenció importantes desarrollos en el protestantismo. En su seno surgieron y se desarrollaron movimientos que eran lógica consecuenciá de su genio. Algunos de ellos acentuaban la justificación por la fe y junto con ella, pero en parte subordinados a ella, el sacerdocio universal de los creyentes y el derecho y deber del juicio individual. Otros daban énfasis al derecho y deber del juicio individual, pero tenían menos interés por la justificación por la fe. Ellos contribuyeron a modificar notablemente al protestantismo. No es que se haya operado una revolución: mas bien alćanzaron expresión más plena algunos aspectos inherentes al protestantismo. Al mismo tiempo el protestantismo tuvo una enorme expansión territorial, debida en parte a las misiones entre no-cristianos. Y en las nuevas fronteras geográficas el protestantismo sufrió nuevas modificaciones.

De mayor importancia fueron los desarrollos a que

dio lugar el énfasis sobre la justificación por la fe. Estos tomaron las formas de puritanismo, pietismo y "evangelicalismo". A semejanza de la palabra "protestante"; ninguna de estas tres es una designación enteramente satisfactoria. Sin embargo, también a semejanza de aquella, han adquirido una difusión tal que es más fácil emplearlos que buscar otros nombres.

El puritanismo fue un desarrollo inglés, que empezó antes de 1648. Surgió del deseo de "purificar" la Iglesia anglicana, tratando de eliminar de esa iglesia características sobrevivientes de lo que ellos consideraban las corrupciones de su período romanista. Estaban fuertemente influídos por el ala Reformada del protestantismo. En su mayoría, ellos todavía querían una iglesia nacional de la cual todos los ingleses fueran miembros bautizados. En general, favorecían para ella la forma presbiteriana de gobierno eclesiástico. Daban énfasis a la justificación por la fe.

En la atmósfera general puritana surgieron otros grupos, algunos de los cuales abogaban por rupturas más radicales con la herencia romana. Entre ellos se destacaron los Independientes (antecesores espirituales de los Congregacionalistas), los Bautistas, y la Sociedad de los Amigos, conocida más popularmente como los Cuáqueros. Todos éstos preconizaban las iglesias "congregadas", iglesias compuestas por aquellos que tenían conciencia de haber sido justificados por la fe.

El puritanismo y sus secuelas continuaron teniendo importancia en la vida británica. Fue un factor principal en la lucha entre el Parlamento y Carlos I y en la guerra civil con que culminó esa lucha. Alcanzó una posición dominante en el "Commowealth" en la época

de Cronwell, y subsistió durante la Restauración de los Estuardo. De él procedieron las grandes minorías que no se conformaron con la Iglesia establecida de Inglaterra. De ellos salieron notables y continuadas contribuciones en forma de himnos y literatura devocional. Entre los escritores de himnos se destacaron Isaac Watts y Phillip Doddrigge. El gran clásico devocional fue —y sigue siendo— *El peregrino*, de Juan Bunyan. Los himnos y los escritos devocionales alcanzaron difusión mucho más allá de los círculos en que eran producidos, y se convirtieron en valiosa posesión común de todos los protestantes de habla inglesa. Desde la Inglaterra puritana afluyeron influencias al presbiterianismo escocés, y allí e independientemente, de fuentes escocesas, surgieron movimientos, al principio minorías, que acentuaban la experiencia del nuevo nacimiento en respuesta al arrepentimiento y la fe del individuo.

En los círculos luteranos y reformados de Alemania y Holanda surgió el pietismo, que se extendió a Escandinavia, y tuvo repercusiones en todo el mundo protestante, especialmente en Inglaterra y sus trece colonias que después serían los Estados Unidos de América. En sus comienzos fue estimulado en parte por escritos puritanos. Uno de sus primeros dirigentes destacados fue Jacobo Spener (1635-1705), un pastor luterano. Profundamente tocado por un libro de Arndt, **Wahres Christenthum** (Verdadero cristianismo), Spener llegó a la conclusión de que las iglesias que él bien conocía eran demasiado frías, demasiado dadas a la predicación de dogmas ortodoxos, con muy poco o ningún efecto sobre las vidas de clérigos y laicos. El acentuaba una experiencia cris-

tiana personal, cálida, y el cultivo de las virtudes cristianas. Durante una generación o más la Universidad de Halle fue un notable centro del pietismo. Allí dominó durante décadas August Hermann Francke (1663-1727). En Alemania surgieron muchos otros pietistas, que atrajeron seguidores. Algunos eran luteranos y otros reformados.

Un movimiento que debió mucho al pietismo y puede ser considerado como una variante del mismo, fue el **Unitas Fratrum**, o moravianismo, cuyo cuartel central estaba en Herrnhut. Su núcleo estaba constituído por refugiados de Moravia y Bohemia, descendientes espirituales de Juan Huss, del siglo XV, que eran perseguidos por los gobernantes católicorromanos. Fugitivos a través de las montañas que formaban el límite norte de su tierra natal, encontraron asilo en las tierras de Nicolaus Ludwig, conde de Zinzendorf (1700-1760). Allí fundaron a Herrnhut. Zinzendorf que había sido criado como un ardiente pietista en la tradición de Spener y Francke, se convirtió en su jefe y fue consagrado obispo de su iglesia.

Difundiéndose principalmente desde Alemania, el pietismo resultó contagioso. Como era de suponer, se mostró particularmente poderoso en Alemania y Escandinavia. Contribuyó a la adopción general de la confirmación en las iglesias luteranas, con la instrucción que precede a este sacramento. En muchas formas y a través de muchos canales el pietismo se extendió durante los siglos XVIII y XIX y ha persistido en el siglo XX. Ha penetrado tan profundamente en algunas iglesias, que se han entregado a él en gran parte. En algunas otras los que abrigaban convicciones pietistas, en comunión

con una iglesia dada, se congregaron en organismos especializados. En otras aún los pietistas se sintieron constreñidos a romper sus vínculos con su iglesia ancestral y formar otras denominaciones. Del pietismo proceden muchos himnos que eventualmente hallaron un lugar en el culto de iglesias en las cuales el pietismo en sí tenía poco lugar o era mal visto.

Así como el puritanismo contribuyó a estimular y dar forma al pietismo, ambos contribuyeron al surgimiento y desarrollo de los avivamientos evangélicos de los siglos XVIII y XIX. Estos avivamientos estallaron simultáneamente en Inglaterra, en las trece colonias y en Escocia. Fueron, por consiguiente, primordialmente anglosajones. En Inglaterra los primeros dirigentes importantes fueron Juan y Carlos Wesley. Aunque su padre era un clérigo de la Iglesia de Inglaterra y ellos mismos eran ambos ministros de esa iglesia, tenían antecesores puritanos nonconformistas. El contacto con los moravos durante sus meses de actividad misionera en América les abrió el camino hacia la experiencia del "corazón ardiente" y la seguridad de la justificación por fe que dio poder a su predicación e inspiró sus himnos. De ellos, particularmente de Juan Wesley, surgió el metodismo, que en los dos siglos siguientes habría de extenderse por casi todo el mundo. El Gran Avivamiento en las trece colonias empezó con Theodore Jacob Freylinghuysen (1691-c.1748), un pastor reformado alemán, que había sido educado bajo fuerte influencia pietista y que, emigrando a Nueva Jersey, empezó la predicación que, agregada a la de otros, encendió una llama que se expandió por todas las trece colonias. El Gran Avivamiento fue estimulado por Jorge

Whitefield, compañero de los Wesley, que estuvo en América varias veces y predicó a millares de oyentes.

Figura descollante del Gran Avivamiento fue Jonatán Edwards, y Edwards había sido educado en la puritana Nueva Inglaterra. Los avivamientos en Escocia parecerían haber comenzado sin un contacto directo con el pietismo, pero se produjeron en una iglesia de muchas afinidades con el puritanismo. Y fueron reforzados por contactos con el avivamiento evangélico de Inglaterra y el Gran Avivamiento de las trece colonias

En el siglo XIX el movimiento evangélico continuó en aumento. En Inglaterra, aumentó los números en iglesias noconformistas más antiguas, tales como los congregacionalistas y bautistas, estimuló el crecimiento del Metodismo, dio origen a algunas denominaciones nuevas, y tuvo una gran acogida en la Iglesia de Inglaterra. En Escocia si bien no fue el único elemento, tuvo influencia en la formación de la Iglesia Libre, más tarde principal elemento en la Iglesia Libre Unida. En los Estados Unidos floreció en avivamiento tras avivamiento. Sus representantes más notables fueron Charles G. Finney en el segundo y tercer cuartos del siglo, y Dwight L. Moody en la segunda mitad, pero hubo centenares de predicadores menos conspicuos. Caracterizó a la mayor parte de las Iglesias protestantes, que bajo su influencia aumentaron numéricamente. Los bautistas y metodistas especialmente se multiplicaron. La tradición puritano-pietista-evangélica se tornó dominante en el protestantismo norteamericano.

La corriente puritano-pietista-evangélica predominó en una proporción creciente de los protestantes del mundo entero. Fiel al característico principio protes-

tante de la justificación por la fe, dio énfasis a la conversión y al nuevo nacimiento. Fue ésta la corriente a través de la cual el protestantismo alcanzó principalmente su expansión geográfica.

Como hemos sugerido, esa expansión se debió principalmente a las migraciones de personas de formación protestante, muchas de ellas de Europa. Otras pertenecían a las secciones más antiguas de los Estados Unidos y el Canadá, que se dirigían hacia las fronteras del oeste de esos países. Las migraciones provocaron un enorme crecimiento en la población de los Estados Unidos y Canadá y el surgimiento de nuevas naciones en Australia y Nueva Zelandia, y contribuyeron a crear una nueva nación en Africa del Sur. Ellas llevaron elementos protestantes a la América del Sur. En estas tierras el protestantismo no se perpetuó automáticamente. En ellas no existió sostén financiero del estado, o cesó pronto; las iglesias, si habían de existir y crecer, tenían que ser sostenidas por las contribuciones voluntarias de sus miembros. En el desplazamiento de un país a otro, o de una región a otra del país, los emigrantes estaban propensos a romper las relaciones eclesiásticas que hubieran podido tener en los lugares de su anterior residencia. Se debía en gran parte, aunque no enteramente, al trabajo de misioneros y otros clérigos de convicciones puritano-pietistas-evangélicas el que se mantuvieran en la fe. Así fue en los Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelandia o América del Sur. Las iglesias protestantes que emergían en esos países, por consiguiente, tenían y tienen aún más de esa índole que el protestantismo de Europa. Esto es más evidente en Estados Unidos y la América latina. En el primero

hay más protestantes que en cualquier otro país, y las familias denominacionales más grandes son la Bautista y la Metodista, cuyo origen y desarrollo se deben a movimientos puritano-pietista-evangélicos. El desarrollo de varias otras denominaciones se debe principalmente a estos movimientos.

En la América latina y las Filipinas, la difusión del protestantismo mediante la conversión de católicos romanos nominales se ha operado principalmente por obra de grupos evangélicos.

Sin embargo, debe notarse que las expresiones puritano-pietista-evangélicas del protestantismo no son naturales en países latinos. Donde han logrado afirmarse en esas tierras ha sido principalmente a través de migraciones o de misioneros de fuera del mundo latino. Tampoco han brotado espontáneamente de las Iglesias orientales.

La difusión del protestantismo se ha operado también mediante misiones a los pueblos no cristianos. Estas misiones pertenecieron en proporción abrumadora a la corriente puritano-pietista-evangélica. Esto significa que las "iglesias jóvenes" que surgieron mediante la labor de esas misiones en Asia, Africa y las islas del mar fueron y son predominantemente de ese carácter.

Hacia 1914, gracias principalmente al vigor de los movimientos puritano-pietista-evangélicos, el protestantismo había alcanzado difusión mundial. Ya no estaba confinado principalmente al noroeste de Europa. Todavía su grueso estaba formado por pueblos teutónicos o germánicos; pero se estaba extendiendo entre los pueblos latinos y entre minorías fuera de Occidente y de sangre no europea. Durante el siglo XIX ninguna otra

rama del cristianismo tuvo un crecimiento proporcional que igualara al del protestantismo, ni siquiera se le aproximara. La Iglesia Católica Romana se extendió por medio de migraciones y de misiones entre los no cristianos. Las Iglesias Orientales se extendieron mediante migraciones y un poco entre pueblos no cristianos. Sin embargo en proporción a su fuerza numérica, y extensión geográfica a comienzos del siglo XIX, el crecimiento de estas otras ramas está muy por debajo del protestantismo.

En la última parte del siglo XVIII y durante el siglo XIX salieron de la corriente puritano-pietista-evangélica del protestantismo muchos movimientos enteramente nuevos. Uno de éstos fue la Escuela Dominical. Comenzadas en Inglaterra por un laico evangélico de la Iglesia Anglicana, las Escuelas Dominicales se multiplicaron rápidamente en las Islas Británicas, los Estados Unidos y las colonias británicas. Fueron adoptadas por la mayor parte de las denominaciones anglosajonas. Se extendieron al continente europeo. Fueron empleadas por los misioneros protestantes entre los pueblos no occidentales. En 1889 se reunió en Londres la primera de una serie de convenciones mundiales de Escuelas Dominicales, y en 1907 se organizó la Asociación Mundial de Escuelas Dominicales. En 1844, Jorge Williams, un laico congregacionalista que había sido muy impresionado por los libros de Charles G. Finney, organizó la primera Asociación Cristiana de Jóvenes entre sus compañeros de trabajo en un registro de paños de Londres. Su propósito era ganar a los jóvenes para la fe cristiana y nutrirlos en ella. Inspiradas en ella, surgieron otras organizaciones del mismo nombre y propósito, para servir

a los jóvenes que se aglomeraban en las ciudades que estaban creciendo como resultado de la revolución industrial, y fueron pronto imitadas en Estados Unidos y Canadá. Contemporáneamente surgieron grupos algo semejantes en el continente europeo, principalmente en círculos pietistas. En 1855, en una convención celebrada en París, se formó la Alianza Mundial de Asociaciones Cristianas de Jóvenes. La organización hermana, la Asociación Cristiana Femenina, empezó en la década de 1850, en círculos pietistas y evangélicos de Alemania y Gran Bretaña. También se extendió a Estados Unidos En 1894 se organizó la Asociación Cristiana Femenina Mundial. Estos tres movimientos fueron principalmente laicos en sus comienzos, y han seguido bajo la dirección de laicos. Los clérigos ayudaron, pero no dominaron. En esto se preservó un característico principio protestante.

La participación laica fue la práctica en muchos otros de los nuevos movimientos y organizaciones que surgieron dentro del protestantismo a impulsos de la corriente puritano-pietista-evangélica. Así fue con las sociedades para la distribución de las Escrituras. Las mayores, la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, formada en 1804, y la Sociedad Bíblica Americana, fundada en 1816, estaban sostenidas por los evangélicos de muchas denominaciones. Así fue cómo las Escrituras, en total o en parte, llegaron a publicarse en más de un millar de idiomas diferentes. Fueron publicadas sin comentarios, en parte para evitar la inserción de interpretaciones denominacionales en conflicto. Puesto que cada lector se veía así confrontado con el texto desnudo, se producía un fortalecimiento del derecho y deber

del juicio individual. La participación laica y clerical sobre la base de la igualdad inherente en el sacerdocio de todos los creyentes caracterizó también a las muchas sociedades misioneras a que dieron origen el pietismo y el evangelicalismo.

Otro brote del evangelicalismo, el Ejército de Salvación, no estuvo dirigido por laicos. Fundado en Londres en la segunda mitad del siglo XIX por un ministro metodista, William Booth, para servir a las víctimas de la vida urbana, se extendió rápidamente a otras ciudades y países. Con una organización similar a la de un ejército, sus oficiales, aunque por lo general no son ordenados, constituyen una especie de jerarquía que es estrechamente controlada desde arriba.

La difusión mundial del protestantismo se operó mediante una multitud de sociedades sostenidas por contribuciones voluntarias. Algunas sociedades misioneras protestantes surgieron fuera de la corriente puritano-pietista-evangélica; pero fueron una minoría. La gran mayoría eran de inspiración pietista y evangelista. La asombrosa expansión territorial y comercial del Imperio Británico tuvo su paralelo en los esfuerzos para llevar el evangelio a través de las puertas que así se abrían. Algunos de ellos tenían por objeto estimular y ayudar a la formación de iglesias para los colonos británicos. Tales fueron la Sociedad Misionera Colonial, fundada en 1836 por los congregacionalistas ingleses, la Sociedad Eclesiástica Colonial y Continental (anglicana), iniciada en 1823, y el Fondo Colonial Episcopal, inaugurado en 1841. Otros estaban dirigidos a los no cristianos. En la última década del siglo XVIII y las primeras del XIX surgieron varias de estas sociedades

como resultado del Avivamiento evangélico. En 1792, William Carey motivó la creación de la Sociedad Misionera Bautista. Esta fue seguida, en 1795, por la Sociedad Misionera de Londres, la cual estaba destinada a obtener fondos y personal entre los evangélicos de todas las denominaciones. En 1796 se formaron la Sociedad Misionera de Glasgow y la Sociedad Misionera Escocesa entre elementos que habían sido tocados por los avivamientos. Los evangélicos de la Iglesia Anglicana organizaron, en 1799, la que habría de llamarse Sociedad Misionera de la Iglesia, que llegaría a ser la más grande de las sociedades misioneras sostenidas por los anglicanos. En el siglo XVIII los metodistas estaban desarrollando ya misiones fuera de las Islas Británicas. En 1817-1818 éstas fueron respaldadas y expandidas por la formación de la Sociedad Misionera Metodista Wesleyana.

El Gran Avivamiento en las trece colonias norteamericanas y los que le siguieron en los Estados Unidos dieron origen a una cantidad de sociedades. Algunas estaban destinadas primordialmente a alcanzar dentro de los propios Estados Unidos, a aquellos de origen cristiano, ya estuvieran en la frontera que avanzaba hacia el Oeste, ya en los distritos rurales o en las ciudades que estaban multiplicándose a impulsos de la industrialización. También se interesaban por los indios y por los inmigrantes del Oriente. Otras estaban destinadas principalmente a llevar el evangelio fuera de Estados Unidos. La primera fue de los moravos. Luego fue fundada la Junta Americana de Comisionados para las Misiones Foráneas. Fundada en 1810, al igual que la Sociedad Misionera de Londres, estaba destinada a

ser una agencia mediante la cual pudieran cooperar evangélicos de muchas denominaciones, pero eventualmente,por el retiro de otros a sus sociedades denominacionales, quedó reducida a una agencia de las iglesias congregacionales. En el curso del siglo XIX se organizaron en Estados Unidos más sociedades misioneras que en ningún otro país. La abrumadora mayoría de estas sociedades tenían su fuerza en los elementos de tradición y convicción puritano-pietista-evangélica.

El impulso evangélico dio origen a muchas nuevas denominaciones, la mayoría de ellas en las Islas Británicas y Estados Unidos. Ya hemos mencionado el crecimiento y difusión del metodismo, la multiplicación de los bautistas, y el aumento de los congregacionalistas. Los que generalmente son llamados Hermanos de Plymouth son el fruto del evangelicalismo. En Estados Unidos, la denominación conocida indistintamente como los Cristianos o Discípulos de Cristo, proceden directamente de los avivamientos evangélicos, o se desarrollaron mayormente debido a ellos. Lo mismo se puede afirmar de las Iglesias de Cristo, pequeños grupos llamados Cristianos, que más tarde se unieron con los congregacionalistas, los pentecostales, las Iglesias de Dios, y los Adventistas del Séptimo Día. Si bien no pueden ser clasificadas como evangélicas, algunas variantes del protestantismo tales como la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días (mormones), la Ciencia Cristiana y los Testigos de Jehová, proceden de la rama evangélica del protestantismo. Casi todas estas denominaciones se han difundido ampliamente fuera de los límites de las Islas Británicas y los Estados Unidos, y han sido responsa-

bles en gran parte por la complexión del protestantismo mundial.

De la corriente puritano-pietista-evangélica del protestantismo han surgido muchos movimientos para la lucha contra los males crónicos y el mejoramiento de la sociedad. La forma de democracia que surgió en Inglaterra y Escocia, que se desarrolló en los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia y que ha tenido profunda influencia en la América latina y en el continente europeo, debe mucho al puritanismo. Gran parte de ella puede atribuirse a los escritos de John Locke, quien había estado sujeto a la influencia puritana, pero procede aun más de los ideales y las formas de gobierno eclesiástico fomentados por el puritanismo y los avivamientos evangélicos. Comprende el respeto por la dignidad del individuo, la libertad y la responsabilidad del individuo, y la igualdad de oportunidad para todos en el aprovechamiento de las buenas cosas de la vida. De los avivamientos evangélicos procedió la abolición del tráfico de esclavos africanos y luego de la esclavitud negra en el Imperio Británico y en los Estados Unidos. En el siglo XVIII las conciencias sensibles de los cuáqueros, uno de los brotes del puritanismo, ya estaban sintiéndose molestas por la esclavitud de los negros. Pero en Inglaterra fue Wilberforce, un destacado evangélico, quien encabezó la lucha que terminó en la abolición de la participación británica en el tráfico de esclavos africanos. Cerca de una generación después, y otra vez principalmente por la obra de elementos evangélicos, se puso fin a la esclavitud de los negros en el Imperio británico. En los Estados Unidos el gran ímpetu que puso fin a la esclavitud en el país

se debió principalmente a personas conmovidas por los avivamientos evangélicos. La Cruz Roja fue iniciada en Ginebra por Henri Dunant, un joven que había sido profundamente tocado por los movimientos pietístico-evangélicos. En Inglaterra, Lord Shaftesbury, un evangélico destacado, propugnó gran parte de los primeros intentos de legislación para aliviar los males que acompañaban a las etapas iniciales de la revolución industrial. En Gran Bretaña, los movimientos por la reforma de las prisiones y para dar oportunidades educativas a los desheredados procedieron principalmente de los círculos puritano-evangélicos. Pietistas y evangélicos fueron los que iniciaron los esfuerzos para limitar el empleo excesivo de bebidas alcohólicas en Gran Bretaña y en el continente europeo, y fueron evangélicos los que en los Estados Unidos lanzaron y sostuvieron la campaña por la prohibición de su fabricación y venta. Una y otra vez los pietistas y evangélicos han sido impulsados por su fe a fundar instituciones para el cuidado de los pobres y los enfermos físicos y mentales. Esto ha sido particularmente notable en el pietismo alemán.

Por regla general, el pietismo europeo no ha tratado de transformar la sociedad en su conjunto. En general, los pietistas, especialmente los de Alemania, han desesperado de la posibilidad de que toda la sociedad humana se ajuste a las enseñanzas de Jesús. Han tratado, más bien, de testificar el evangelio a todos los hombres, congregar a los convertidos en comunidades minoritarias, y ministrar a los necesitados tanto dentro como fuera de dichas comunidades. Se han inclinado a considerar al mundo como tan impregnado por el mal que

nunca podrá ajustarse a las normas de Cristo, y a creer que Dios lo destruirá e introducirá un nuevo mundo en que reine la justicia.

De la corriente puritano-evangélica del protestantismo entre los anglosajones han salido esfuerzos para rehacer, si no toda la sociedad humana, al menos porciones extensas de ella. Fué un sueño temprano. Cromwell y los asociados con él trataron de reformar a Inglaterra de acuerdo con los principios cristianos. Algunos de los primeros colonos que llegaron a lo que luego fueron los Estados Unidos esperaban que en el Nuevo Mundo, lejos de las contaminaciones de Europa, podrían edificar comunidades plenamente cristianas. Tal era el propósito de los puritanos e independientes que establecieron las primeras colonias en Nueva Inglaterra. También era el del cuáquero William Penn al fundar la colonia que lleva su nombre. Aunque la gran mayoría de los inmigrantes a las trece colonias y a sus sucesores, los Estados Unidos de América, no compartían este propósito, el sueño subsistió. El inspiró una de las canciones nacionales más conocidas, *América la hermosa*, que apostrofa a la nación como "hermosa para el sueño del patriota que ve más allá de los años" sus "ciudades de alabastro de brillo no empañado por lágrimas humanas", y ruega que Dios corone su "bien con fraternidad de uno a otro refulgente mar". En la segunda mitad del siglo XIX y la primera o segunda década del siglo actual, el sueño tomó forma en lo que a menudo se llama el "evangelio social" que contemplaba a la sociedad entera juzgada por Cristo y aproximándose a las normas establecidas por él. El evangelio social fue la fuente de los movimientos de "acción

social" que han tratado de alistar a sus respectivas denominaciones, especialmente las de tradición evangélica anglo-sajona, en esfuerzos para luchar contra los males colectivos y trabajar por el bien colectivo. En las Islas Británicas el evangelicalismo se hizo sentir en el socialismo cristiano de mediados del siglo XIX y dio dirigentes al Partido Laborista. De los movimientos puritano-evangélicos, tanto en los Estados Unidos como en las Islas Británicas, procede mucho del idealismo y la voluntad que se concretaron en la creación de la Liga de las Naciones y su sucesora las Naciones Unidas, en un esfuerzo para dominar la guerra y unir a todas las naciones en una acción cooperativa para el bienestar de toda la humanidad.

Una serie de movimientos o tendencias de los siglos XVIII y XIX, muy diferentes de la corriente puritano-pietista-evangélica, surgieron del aspecto del protestantismo que acentúa el derecho y el deber del juicio individual. Se trata del enfoque intelectual de las Escrituras y la historia y las doctrinas de la fe. La revolución por la que estaba pasando el Occidente abrió nuevas perspectivas en el estudio del cristianismo. Algunas de éstas se debieron a los métodos de examinar documentos históricos. Envolvían cuestiones tales como la paternidad literaria, fechas de composición, y fidelidad a los hechos. Ya en el Renacimiento habían estado siendo sometidos a estos métodos algunos documentos, inclusive uno sobre el cual la Iglesia Medieval había descansado, la Donación de Constantino. Y desde el siglo XVIII las mismas Escrituras fueron sometidas a ellos. Durante los siglos siguientes fueron más y más aplicados a la Biblia. Muchos de los que los utilizaban tenían

una actitud reverente; pero otros se deleitaban en discutir creencias largamente acariciadas por los cristianos. Se negó que Moisés fuera el autor del Pentateuco, sosteniéndose que los cinco primeros libros de la Biblia contienen varios estratos de tradición que fueron juntados y redactados en época posterior. Se puso en tela de juicio la exactitud histórica de muchos de los acontecimientos y aun la existencia de algunos de los destacados personajes retratados aquí y allá en el Antiguo Testamento. Se dirigió la atención especialmente hacia los evangelios, y se sostuvo que sus relatos del nacimiento, vida, milagros, enseñanzas, muerte y resurrección de Cristo eran inexactos. Se arrojaron dudas sobre el relato de la creación presentado en las Escrituras. Si se demostraba que es inexacto, ¿Dios mismo no tendría que ser desechado, y no descansaría todo el resto de la Santa Escritura sobre cimientos movedizos? Luego, los eruditos se dedicaron también al estudio de otras religiones. Se vio que el cristianismo era una de muchas religiones y su historia muy similar a las otras. La religión misma fué considerada como un desarrollo de etapas crudas de la historia primitiva del hombre. ¿Era, pues, la religión una creación humana? ¿Era el cristianismo más digno de fe que otras religiones? ¿Era justificable la afirmación tradicional de que a través de Cristo Dios había obrado no sólo en forma única, pues la mayoría de las religiones son únicas, sino perfecta y definitivamente en favor del hombre? Los filósofos también preguntaban si el cristianismo era intelectualmente sostenible como lo hizo Kant, o, como Hegel, intentaban ubicarlo en una armazón comprensiva intelectual y metafísica.

Estas cuestiones surgían no sólo en terreno protestante y entre los protestantes. También eran planteadas por muchos que se habían criado en un ambiente católico romano. Sin embargo, con su énfasis sobre el derecho y deber del juicio individual, el protestantismo acordaba mayor libertad a aquellos que trataban de enfrentarlas con mente abierta. La Iglesia Católica Romana, con su autoritarismo, era menos flexible. A comienzos del siglo XX condenó como "modernismo" algunos de los métodos y conclusiones de sus hijos que, confrontados por las cuestiones, estaban arribando a resultados que en el concepto del Vaticano amenazaban los fundamentos de la fe. Varios de los dirigentes de las Iglesias ortodoxas también se opusieron a esas tendencias.

Entre los protestantes la respuesta fue variada. Muchos consideraron válidos los métodos con que algunos estaban investigando las Escrituras y las relaciones del cristianismo con la ciencia y con otras religiones. Para muchos otros, el resultado era el debilitamiento y aun la destrucción de la fe. Algunos, incapaces de llegar a conclusiones claras, se hicieron agnósticos. Otros hallaron en los métodos y en sus resultados un enriquecimiento y una ampliación de su fe. Otros, aun, rechazaron tanto los métodos como sus resultados. De estos últimos algunos eras pietistas o evangélicos, mientras otros se adherían firmemente a la ortodoxia reformada, luterana o católica.

No todos los protestantes suscribían las convicciones puritano-pietístico-evangélicas. Los hubo que acentuaban las confesiones históricas y las ortodoxias de los siglos XVI y XVII. Hubo otros, minorías, que llegaron a los extremos del antitrinitarismo y el unitarianismo. Otros aún, mayormente en la comunión anglicana, re-

vivieron y refirmaron algunos rasgos de la iglesia anterior a la Reforma, declarándose católicos, no protestantes. No se sometían a Roma, pero trataban de entrar en conversaciones amistosas con los católicos romanos, con la esperanza de que pudiera cerrarse la brecha abierta por la Reforma. También realizaban avances hacia las iglesias orientales, como fragmentos separados de lo que nostálgicamente consideraban como la Iglesia Católica indivisa de los primeros siglos.

En tierras latinas hubo individuos que, buscando ser fieles a Cristo, no hallaban, sin embargo, un hogar espiritual en el protestantismo. Para ellos el protestantismo era demasiado del norte de Europa o demasiado anglosajón, y resultaba extraño a sus mentalidades latinas. Eran parientes espirituales de aquellos italianos y españoles que, en los primeros tiempos del despertamiento religioso que terminó en la Reforma y la Contrarreforma, no se sintieron cómodos en ninguna de las dos. Durante los siglos XIX y XX se contaron entre aquéllos, individuos tan destacados como Miguel de Unamuno y Julio Navarro Monzó.

Un movimiento que surgió primordialmente dentro del protestantismo, aunque no del todo de la corriente puritano-pietístico-evangélica, y que después de 1914 ha alcanzado proporciones considerables, es el movimiento hacia la unidad, al cual en los últimos tiempos se le ha aplicado el adjetivo descriptivo de *ecuménico*. Como nos lo hemos recordado repetidamente, por su propia naturaleza el protestantismo parece la forma más dividida y divisiva del cristianismo. Particularmente el pietismo y el evangelicalismo han dado nacimiento a muchos grupos y cuerpos eclesiásticos. Casi parecerían haberlos desovado. Sin embargo, hacia 1914 surgió principalmente de ellos lo que después de ese año se convir-

tió en el movimiento, o conjunto de movimientos estrechamente relacionados entre sí, que reunió en fraternidad a cristianos de más comuniones diferentes que cualquier otro esfuerzo anterior hacia la unidad cristiana.

En tierras fuera de Occidente, los misioneros de tradición pietístico-evangélica se reunieron para hacer planes y actuar en común. También lo hicieron en Occidente. En sus esfuerzos para alcanzar a la juventud, las Asociaciones Cristiana de Jóvenes y de Señoritas atrajeron a cristianos de muchas iglesias —eventualmente no sólo protestantes, sino también católicos romanos y ortodoxos. En 1896, en un esfuerzo para alcanzar en forma unida a los estudiantes del mundo, se organizó la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos. En 1910, una serie de anteriores reuniones culminó en una Conferencia Mundial Misionera, celebrada en Edimburgo, y de ella surgió un Comité de Continuación, que después de la Primera Guerra Mundial fue sucedido por el Concilio Misionero Internacional. Al orar y trabajar juntos para cumplir la comisión de hacer discípulos en todas las naciones, los protestantes de tradición pietístico-evangélica estaban descubriendo un vínculo común en Cristo e ideando nuevos caminos hacia la unidad que es un corolario del mandamiento cristiano del amor. Otros, especialmente anglicanos de la tradición católica, contribuyeron al desarrollo del movimiento ecuménico; pero en sus orígenes se debió primordialmente a elementos de herencia pietístico-evangélica.

Aquí tenemos, pues, al protestantismo en el año 1914, en vísperas de ese acceso agudo en la revolución mundial que habría de convertirse en su mayor desafío presente. El protestantismo estaba cambiando. Pero al hacerlo no

estaba apartándose de su genio característico, sino acercándose más a él. El protestantismo primitivo apenas había comenzado a vivir de acuerdo con los principios de la justificación por la fe, el sacerdocio de todos los creyentes y el derecho y deber del juicio individual. Ahora, en las corrientes puritano-pietístico-evangélicas estaba progresando en esa dirección. El protestantismo estaba dejando de ser la fe profesada meramente por los pueblos de un pequeño segmento del globo terráqueo —el borde noroeste de la península occidental de Eurasia y sus islas adyacentes. Se estaba tornando mundial. Su difusión, debida en parte a las migraciones y en parte a las misiones entre no cristianos, se debía tanto a los protestantes de tradición puritano-pietístico-evangélica que en sus nuevas fronteras el protestantismo era más de este temperamento que en Europa. Al extenderse llevando el evangelio a todos los hombres, los protestantes estaban aproximándose entre sí a una nueva especie de unidad e intentaban atraer a esa comunidad no sólo a los componentes del protestantismo histórico, sino también a los de otras tradiciones cristianas.

Capítulo IV

EL PROTESTANTISMO QUE ES DESAFIADO Y DESAFIA

En el verano de 1914, en Sarajevo, una bomba y un revólver señalaron el comienzo de la etapa explosiva de la revolución, que desde entonces no ha cedido del todo. En realidad, de tiempo en tiempo se ha intensificado. En estas cuatro décadas el protestantismo se ha modificado profundamente. Las modificaciones han sido (1) el aflojamiento de los lazos con el cristianismo de una gran proporción de los protestantes de Europa, una pérdida en números en China, Corea del Norte y Vietnam, y pérdidas transitorias en Japón; (2) el señalado vigor de las minorías protestantes en la mayor parte de esas regiones; (3) el notable aumento en número de los protestantes en el resto del mundo, inclusive Estados Unidos, Canadá, América Latina, Africa al Sur del Sahara, varios países de Asia y algunas de las islas que rodean al Asia; (4) la creciente prominencia de las corrientes puritano-pietístico-evangélicas; (5) mayor aceptación de los resultados del estudio crítico de la Biblia y de la historia de la religión, pero también (6)

un aumento del rechazo de esos resultados; (7) un desplazamiento del clima teológico, del liberalismo de principios de siglo a una mayor aproximación a las convicciones cristianas históricas; (8) un énfasis más consciente en algunos sectores sobre la herencia cristiana de los siglos anteriores a la Reforma; (9) esfuerzos para lograr que el cristianismo influya eficazmente en la modelación de la vida colectiva de la humanidad; y (10) el rápido desarrollo del movimiento hacia la unidad cristiana. Tomaremos estos puntos uno por uno o intentaremos resumir lo que demandaría una exposición más extensa para su presentación más clara.

En Europa, corazón de la cristiandad tradicional, las décadas siguientes al año 1914 han visto la aceleración de lo que ha sido llamado la descristianización.

Descristianización que no está limitada al protestantismo. Todas las ramas del cristianismo están afectadas. Es parte de esa secularización que constituye una fase de la revolucin mundial. A ella han contribuído muchos de los factores que hemos mencionado como responsables por la difusión general del secularismo. En las tierras dominadas por el comunismo la franca descristianización ha seguido un curso más acelerado que en cualquier otra parte. Aunque no tan patente, también ha proseguido en varios otros países. Si alguna de las ramas de la fe ha sido más afectada que las otras, probablemente es la Iglesia Ortodoxa, pues la mayoría de sus feligreses están en tierras en que domina el comunismo. Antes del comienzo de la secularización y del advenimiento del comunismo, esa forma de la fe era probablemente más débil que el catolicismo romano o el protestantismo. De modo que estaba menos preparada que las otras para soportar la prueba. Entre el protestantismo y el catolicismo romano sería difícil

decidir cual de los dos ha recibido los golpes más fuertes en Europa. En la América Latina está claro que la Iglesia Católica Romana ha sido mucho más afectada que el protestantismo. Aquí este último continúa creciendo rápidamente en número e influencia, mientras aquella ha estado perdiéndolos.

Aunque el protestantismo no ha sido la única, ni la principal víctima de la tendencia hacia el secularismo en Europa, sus pérdidas han sido considerables. Un aspecto, más superficial que real, ha sido la progresiva ruptura del vínculo entre Iglesia y estado. Como parte de las condiciones reinantes al terminar la Primera Guerra Mundial, en Alemania se produjo la separación de la Iglesia y el estado. En realidad, en la zona occidental, no comunista, de Alemania, las iglesias están aún sostenidas por un pequeño impuesto, y si bien es posible eximirse legalmente de él, la mayoría lo paga y en algunas secciones, por conveniencia, es cobrado por el gobierno. Además, en las universidades de Alemania occidental, los profesores de las facultades de teología, son nombrados y pagados por el estado igual que los demás profesores universitarios. Sin embargo, la relación entre Iglesia y estado es menos estrecha que en 1914. En la zona oriental, bajo el dominio comunista, la Iglesia no sólo está separada del estado, sino que está afrontando la creciente hostilidad de las autoridades civiles. En Inglaterra y los países escandinavos existen aún iglesias del estado —la Anglicana en el primer caso y en los otros, luteranas. Pero en 1915 la comunión anglicana de Gales se separó del estado, y en Escocia, si bien se mantienen relaciones cordiales mediante la asistencia de un enviado real a la Asamblea General anual, el estado no tiene dominio alguno sobre la Iglesia de Escocia (presbiteriana). El aflojamiento o ruptura del vínculo Iglesia-estado no siem-

pre ha obedecido a hostilidad hacia la Iglesia. En Escocia al menos se ha producido a instancias de la Iglesia.

Aunque separadas del estado, sin embargo, en Europa occidental, tanto en los países tradicionalmente protestantes como en los tradicionalmente católicos, las iglesias han seguido siendo instituciones de la comunidad. El bautismo es casi universal y en diversos países la mayoría de la población se confirma y se casa en la Iglesia y celebra servicios fúnebres cristianos.

Con todo, en Europa occidental la asistencia regular a los servicios de culto y la participación en la comunión han disminuído notablemente. Aunque se han mantenido en determinadas regiones o parroquias, y generalmente la disminución es mayor en las ciudades que en los distritos rurales, en algunos de éstos también ha sido notable. En general, en la parte tradicionalmente protestante de Europa, la proporción de la población que toma una participación activa en la vida de la parroquia fluctúa entre el cinco y el veinte por ciento. Los otros puede que no tengan hostilidad hacia la Iglesia o el cristianismo, si bien puede existir algún antagonismo, generalmente entre una minoría. Entre la mayoría se trata de una actitud mayormente de indiferencia, que se contenta con acatar las costumbres, bautizando los hijos, permitiendo la instrucción religiosa formal en las escuelas o en la preparación para la confirmación, pagando los impuestos para el sostenimiento del clero y la maquinaria eclesiástica, y buscando la Iglesia para casarse y enterrar sus muertos, pero que no considera como algo importante la entrega personal involucrada en la justificación por la fe. Tal indiferencia puede tener implicancias más serias que una actitud francamente anti cristiana. Puede ser un índice de que aquellos que están dominados por

ella consideran al cristianismo y a la iglesia como cosas de tan poca importancia que no merecen una oposición activa. En realidad, hay quienes declaran que el cristianismo está más vigoroso en la zona oriental de Alemania, donde está enfrentando la oposición de un régimen comunista, que en la zona occidental donde el estado es neutral o amigo.

En China, Corea del Norte, Vietnam del Norte y Japón, el protestantismo ha compartido con las iglesias Católica Romana y Ortodoxas la paridad en números. En China, durante la invasión japonesa, el crecimiento menguó, y desde que los comunistas dominaron la porción continental de China, el decrecimiento ha sido marcado. En teoría el régimen comunista mantiene la libertad religiosa, pero ha insistido en que terminara toda ayuda del Occidente a las iglesias y que todos los misioneros se retirasen, sosteniendo que éstas son formas del "imperialismo cultural" de Occidente. Aun más hostiles han sido los regímenes comunistas de Corea del Norte y de la porción del Victnam dominada por el Vietminh, pero también invocando razones políticas, no religiosas. En Japón, después de Pearl Harbour, debido a que en su mayoría pertenecían a naciones con las que Japón estaba en guerra, los misioneros protestantes tuvieron que abandonar el país o fueron internados. Los bombardeos enemigos y la concentración de las energías de la nación en la guerra arruinaron las iglesias. Después de la terminación de la guerra las condiciones han mejorado. La ayuda de las iglesias de Occidente en forma de dinero y personal ha capacitado a las iglesias del Japón para recuperarse, y muchas están empezando a aumentar.

Hablar de las pérdidas protestantes en Europa como prueba de descristianización es simplificar demasiado las cosas. Como hemos visto, ha existido una contra-

dicción entre el principio fundamental protestante de la justificación por la fe y la continuación desde épocas pre-protestantes de iglesias de estado, que incluyen a todos los habitantes de un país, salvo los judíos y mahometanos. Por consiguiente, hay mucho que decir en favor de la separación de Iglesia y estado. La continuación del bautismo y algunos otros ritos de la Iglesia como convencionalismos sociales es una tenue supervivencia de días ya idos y puede aun ser un obstáculo para la vitalidad de una comunidad cristiana que acentúa la justificación por la fe como esencia del evangelio. Una pregunta crucial es la de si las minorías protestantes que permanecen fieles a la Iglesia representan un "rezago social", una persistencia conservadora de una época que está pasando, o si dan evidencia de un vigor creativo que pertenece al genio del evangelio. Si esta última es la respuesta, entonces bien puede ser que la disminución en números, lejos de un descenso de la marea protestante, sea una indicación de avance. Si esas minorías son conscientes del antagonismo entre el mundo, inclusive el mundo superficialmente cristianizado de sus antepasados, y de lo que implica seguir a Cristo, y están pagando el precio del discipulado; si reconociendo el conflicto entre el mundo y Cristo, no intentan retirarse del mundo, sino participar en el propósito de Dios, que "no envió a su Hijo al mundo para que condene al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él", entonces la reducción en el número de los que profesan ser cristianos puede ser una ganancia. La aparente descristianización puede ser la preparación para nuevos pasos en la realización del propósito divino.

En cuanto a si se trata de una ganancia más que de una pérdida, las evidencias son diversas. No todas

las minorías fieles sobrevivientes despliegan esa vitalidad que es de la esencia del evangelio. Algunas están puramente a la defensiva, adheridas a la Iglesia por hábito o como un refugio familiar y bienvenido en un mundo revolucionario, un escape de la marea creciente. Sin embargo, en las minorías hay algunos que están mirando la nueva era con ojos bien abiertos, y no sólo testificando valientemente el evangelio en ella, contra la marea, sino también tratando de llevar el evangelio a todos los hombres y modificar para bien el mundo que los rodea.

Los ejemplos de esto son tan numerosos que su simple enumeración prolongaría indebidamente nuestras páginas. Baste con unos pocos, seleccionados entre los muchos. Recordamos con reconocimiento a la Iglesia Confesante de Alemania, con su vigorosa negativa a inclinarse ante Hitler, y notamos que de ella proceden muchos de los actuales dirigentes del protestantismo alemán. Recordamos las Academias Evangélicas de Alemania, la mayoría de ellas instituciones posteriores a la Segunda Guerra Mundial, y su programa de estimular a los miembros de las distintas profesiones laicas a considerar esas profesiones como vocaciones. Señalamos con admiración la forma en que los cristianos de la zona oriental de Alemania se adhieren a la fe, soportando la persistente presión comunista. Los millares que se han congregado en Kirchentag en Alemania, aun cuando fue celebrado, como en 1954, en Leipzig, en la zona dominada por los comunistas, hablan de una profunda convicción y de una determinación de testificar su fe. Los informes sobre el entusiasmo, devoción, disciplina y aumento en número de los bautistas en la U. R. S. S. a la vez que alentadores son un reproche para los

protestantes que están en circunstancias más fáciles. La forma en que las minorías protestantes del continente europeo y las Islas Británicas están sosteniendo las misiones mundiales comenzadas en el optimista siglo XIX y están lanzándose a inaugurar nuevos proyectos y a ajustar sus programas y métodos para afrontar las necesidades de la nueva época, no puede significar otra cosa que vitalidad creadora, el auxilio proporcionado a los empobrecidos por las vicisitudes de la guerra y la destrucción y frente a la inflación, a los hermanos en el sufrimiento y a los millones de refugiados, es prueba de abnegada consagración. En la China, a pesar del obligado retiro de los misioneros y la interrupción de la ayuda financiera del extranjero, las iglesias continúan. Ha habido pérdidas numéricas, pero también ha habido conversiones y bautismos de adultos así como de párvulos, y continúa el reclutamiento de candidatos al ministerio. Pocas noticias se tienen acerca de la situación de los cristianos en Corea del Norte, la región dominada por los comunistas, pero en Corea del Sur, a pesar de la guerra, los cristianos están proclamando el evangelio y sus números van en aumento. En el Vietnam los protestantes nunca han sido numerosos. En el Japón, como hemos dicho, las minorías cristianas están renovando el vigor que desplegaban antes de la Segunda Guerra Mundial.

Fuera de Europa, China, Corea del Norte y la parte del Vietnam dominada por el Vitminh, los protestantes han continuado aumentando. Así ha sucedido en los Estados Unidos. Allí, en una población en rápido aumento, amenazada por la descristianización por obra de las fuerzas revolucionarias de la época y de los crónicos

cambios de residencia que contribuyen a que millones de personas no se relacionen en forma vital con las iglesias, la proporción de miembros de iglesias protestantes ha crecido firmemente. Si esto significa aumento o disminución en la consagración del miembro común de la iglesia, es algo imposible de determinar. Que hay mucha vitalidad es evidente. Se ve, entre otras cosas, en el enorme desarrollo de la edificación de iglesias para la atención de la población en aumento, y para las nuevas comunidades. Se ve también en el aumento de las denominaciones antiguas y mayores, y en el crecimiento proporcionalmente más notable aún de otros cuerpos nuevos. En los seminarios teológicos repletos de jóvenes capaces que están preparándose para una u otra forma del ministerio cristiano. En el sostenimiento de misiones en otras tierras a pesar del aumento de los costos. En los nuevos métodos para la educación religiosa de los jóvenes y en los nuevos enfoques de los problemas de la época. En muchos centros y movimientos para la profundización y comprensión de la entrega al evangelio. En el Canadá también el protestantismo está mostrando su vigor en la forma en que está afrontando el desafío de una nación en que la riqueza y la población están aumentando rápidamente.

La América Latina es escenario de un notable aumento tanto en el número como en la vitalidad de los protestantes. En cada una de las repúblicas de esta región está aumentando su número. Parte del crecimiento se debe a la inmigración, y parte al crecimiento vegetativo; pero en su mayor parte se debe a conversiones de la población nominalmente católica romana. Además, si bien han contribuído mucho a ello misioneros de otros

países, especialmente de Estados Unidos, mucho se ha debido a la iniciativa de los ciudadanos de esas tierras. Esto es tanto más notable cuanto que, como hemos visto, el protestantismo ha tenido su baluarte principal entre pueblos no latinos; desde el punto de vista cultural es exótico en la América latina, y ha sido introducido principalmente por anglosajones. He aquí una notable evidencia de la vitalidad y universalidad de la apelación del evangelio tal como lo presentan los protestantes. En ninguna parte la Iglesia Católica Romana o las iglesias ortodoxas están progresando tan extensamente entre pueblos nominalmente protestantes. Asimismo el protestantismo está haciendo rápidos progresos entre los católicos nominales de las Filipinas.

La forma en que el evangelio tal como lo presenta el protestantismo satisface las necesidades de hombres y mujeres de todas las culturas a pesar de haberse plasmado éste entre los pueblos del noroeste de Europa, se ve también en el rápido crecimiento del protestantismo, a partir de 1914, en Africa al sur de Sahara, en la India y en Indonesia. Aquí el aumento proporcional ha sido mayor, —en algunas partes mucho mayor—, que el de la población. En Indonesia es particularmente significativo que durante las vicisitudes de la Segunda Guerra Mundial y el período inmediatamente siguiente, cuando todos los misioneros protestantes extranjeros tuvieron que retirarse o fueron internados, la comunidad protestante bataka aumentó en varias decenas de miles.

No menos notable que sus avances numéricos entre pueblos de tradición y cultura distintas de la del noroeste de Europa ha sido el creciente arraigamiento que

el protestantismo ha alcanzado entre ellos en materia de dirigentes autóctonos. En un país tras otro, las décadas transcurridas desde 1914 han visto el surgir en las iglesias protestantes de hombres y mujeres que igualan en capacidad y carácter cristiano a los mejores que ha producido el protestantismo en Europa, América del Norte y Australasia. Algunos son laicos; otros clérigos. Todavía son demasiado pocos, pero su número ha ido en aumento.

Las minorías vitales de protestantes en Europa son en gran parte de tradición puritano-pietístico- evangélica. A la misma corriente obedece más aún el crecimiento en números e influencia fuera de Europa. Esto significa que el protestantismo mundial tiene más y más una complexión puritano-pietístico-evangélica. No todos los que tienen una herencia protestante o todos los movimientos vigorosos dentro del protestantismo pertenecen a esa corriente. Sin embargo, a través de ella el protestantismo, en la práctica, acentúa más que antes la justificación por la fe, el sacerdocio de todos los creyentes y el derecho y deber del juicio individual. Y al hacer esto se acerca más que nunca en su testimonio al corazón del evangelio.

Con el transcurso del tiempo la mayoría de los protestantes han ido hallando valor en el enfoque histórico de las Escrituras, en el estudio de la historia de la religión y en las conquistas con que la ciencia aumenta el conocimiento que el hombre tiene de su ambiente físico.

Esto no se ha logrado fácilmente o sin riesgos. Muchos estudiosos al ejercer el juicio individual en el estudio bíblico, lo han considerado no como un corolario de la justificación por la fe, sino que lo han utilizado

por su valor en sí, y han reducido al mínimo o ignorado del todo la profunda consagración que es de la esencia misma de la fe y del evangelio. Al hacerlo así, su perspectiva se ha desviado. Tratando de ser objetivos han perdido de vista el corazón del evangelio del cual dan testimonio las Escrituras. Han menospreciado como anticientífica la antigua afirmación cristiana: "Creo para poder entender", olvidando el hecho de que la ciencia está edificada sobre una afirmación similar. Lo que cree el hombre de ciencia no incluye todo lo que cree el cristiano. El científico tiene confianza en el orden que reina en el universo, y sostiene que la mente humana, siendo parte del universo, es capaz de entenderlo. Históricamente, esta convicción fue injerida en la mente occidental por los escolásticos de la Edad Media y fue en gran parte fruto de la teología cristiana. Sin embargo, no todos los que le dan su asentimiento reconocen el acto de Dios en la encarnación y la redención del mundo a través de Cristo. Algunos eruditos, acercándose a la Biblia sin esta fe o considerándola de importancia secundaria, carecen de la percepción esencial para la comprensión de las Escrituras y pierden la médula de la Biblia. Otros presentan conjeturas como si fueran hechos comprobados y descarrían a los que se dejan impresionar por sus pretensiones de competencia técnica. Algo muy semejante ocurre en el estudio histórico de la religión. Considerando la religión como la búsqueda de lo Desconocido por parte del hombre, y tomando sus muchas manifestaciones como partes de ese proceso, muchos se sienten tentados a afirmar que nadie ha alcanzado la verdad plena y que en toda religión prevalece en tal forma el elemento subjetivo, que hay

poco o ningún conocimiento de la Realidad objetiva. O bien no ven, o se niegan a ver, la iniciativa divina, a reconocer que los hombres no buscarían a Dios si Dios mismo no les impeliera a hacerlo. Consideran insostenible la afirmación cristiana de que en Cristo "habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente", que Cristo es "el camino, la verdad y la vida", no **un** camino, uno entre muchos, y que "nadie viene al Padre sino por" él. Muchos también, impresionados por sus descubrimientos, sostienen que la ciencia ha desalojado a Dios, o por lo menos ha suscitado tantas dudas sobre su existencia que se sienten incapaces de afirmarla o negarla honestamente. Esto, como ya lo hemos sugerido, es parte del riesgo que Dios asumió al dar al hombre una medida de libre albedrío y al enviar a su Hijo en aparente debilidad.

Sin embargo, los protestantes han visto cada vez más que en los métodos y conclusiones de la ciencia moderna, sea que se los aplique a las Escrituras, a la historia de la religión, o al ambiente físico del hombre y a su constitución mental, hay mucho que puede contribuir a su conocimiento de Dios, de la forma en que Dios obra, y de la forma en que puede ser difundido el evangelio para prestar un mayor servicio a los hombres. Creen que toda verdad es de Dios y que ningún aspecto de ella puede contradecir o anular otro aspecto. Sostienen que, lejos de invalidar el evangelio, la erudición puede ampliar y enriquecer el entendimiento que de él tienen los hombres, y ayudarles a aplicarlo a sus persistentes necesidades y a los problemas peculiares de nuestra época. Creen que esto ya se está haciendo y confían en que parte de los cristianos se han de aven-

turar en el descubrimiento de nuevas maneras en que ello puede ser estimulado. Reconocen los peligros inherentes en el derecho y deber del juicio individual, pero sostienen que en esta libertad está obrando Dios mediante su Espíritu Santo, y se regocijan en lo que se está realizando.

No hemos de entrar aquí en la presentación de ejemplos específicos de lo que se ha logrado. Son tan numerosos, que seleccionando dos o tres fácilmente podríamos colocarlos fuera de la debida proporción. Las conclusiones no han sido alcanzadas sin debate. En millares de vidas individuales se han alcanzado mediante una lucha dolorosa. La integración de la nueva verdad discernida con la verdad heredada de generaciones anteriores no ha sido fácil. Ni lo será. Esto pueden testificarlo muchos por experiencia personal. Sin embargo, podemos también dar testimonio del enriquecimiento que hemos alcanzado mediante la lucha y de lo que hemos visto en las vidas de otros y en el mundo en general. Esto se ha logrado particularmente mediante la combinación de fe y libertad que es característica del protestantismo.

Debemos apresurarnos a reconocer que una cantidad de protestantes no han prestado su asentimiento a los métodos del estudio histórico y de la ciencia, y han rechazado muchas de las conclusiones. Esto también ha sido parte de la historia protestante posterior a 1914. Algunos de ellos han sido evangélicos que, habiendo formulado lo que ellos consideran los principios básicos del evangelio, han dado en llamarse "fundamentalistas". Se los encuentra en todas las denominaciones y en algunas de ellas constituyen la mayoría. Hay también

muchos protestantes que no se llamarían evangélicos, en el sentido en que estamos empleando el término, y que no simpatizan con el pietismo, pero que, adhiriéndose firmemente a las confesiones de los siglos XVI y XVII, señalan como heréticos los procedimientos y conclusiones del estudio histórico de la Biblia, y no aceptan la teoría de la evolución u otras conclusiones de las ciencias naturales que les parecen contrarias a las Escrituras. Estos opositores de gran parte de los conocimientos modernos se encuentran en muchos países, pero han sido especialmente numerosos en los Estados Unidos. Tienen un celo del que a menudo carecen muchos que han acomodado sus opiniones a las tendencias intelectuales de los dos o tres siglos últimos. De ellos proceden en proporción creciente los misioneros occidentales. Esto puede significar que gran parte del protestantismo en las fronteras geográficas de la fe han de pertenecer a esa complexión.

En casi todo el protestantismo las cuatro décadas últimas han visto un desplazamiento, de la teología "liberal" que estaba ganando terreno en el siglo XIX y los primeros años del siglo XX, a una teología más de acuerdo con convicciones sostenidas secularmente por la mayoría de los cristianos. Esto no implica una aceptación plena de la posición de los "fundamentalistas". A veces se la llama "neo-ortodoxia", pero muchos "fundamentalistas" la consideran sólo poco menos peligrosa que el "modernismo". En realidad, la clasifican como una variedad del "modernismo". La mayoría de los "neo-ortodoxos" aceptan los métodos, aunque no necesariamente todos los resultados, del estudio histórico de las Escrituras y están dispuestos a reconocer como

fidedignas las conclusiones comprobadas de los científicos. Sin embargo, dan más énfasis del que era común entre los liberales de algunas décadas atrás, a la pecaminosidad del hombre y la iniciativa divina en la redención del hombre.

El temperamento general de occidente en los siglos XVIII y XIX, especialmente este último, era de optimismo y de confianza en la capacidad del hombre para resolver sus problemas. Los vastos agregados que el hombre estaba haciendo a su conocimiento del universo y la forma en que estaba aplicando ese conocimiento a la multiplicación de sus posesiones materiales y a hacer más placentera su vida física, engendraban confianza en sí mismo. La prosperidad creciente y el hecho de que entre el final de las Guerras napoleónicas (1815) y el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914) sólo hubiera habido en Europa guerras de poca duración, y ninguna que envolviera a toda Europa, parecía demostrar que mediante sus inteligentes esfuerzos el hombre podría librarse de la maldición secular de la guerra e inaugurar una era de paz permanente. La emergencia de diversas formas de acción internacional, tales como la Unión Postal, parecían dar base a la segura esperanza de que toda la humanidad cooperaría para su propio bien, y que las relaciones de los hombres entre sí serían gobernadas por la justicia y la buena voluntad inteligente.

Entonces vinieron las dos Guerras Mundiales, guerras, regímenes totalitarios que eran una despiadada negación de la libertad del individuo, la gran depresión económica de la década de 1930, la guerra fría, la amenaza de una posible tercera guerra mundial entre los

dos grandes bloques de potencias, y la liberación de la energía nuclear con su amenaza de destrucción global. Los hombres empezaron a desesperar de la capacidad humana y a preguntarse si no habrían creado un monstruoso Frankestein que acabaría por devorarlos. Tanto la psicología como la situación social y económica confirmaban en forma a veces alarmante, lo que el cristianismo hacía tiempo que estaba diciendo acerca de la naturaleza humana y su corrupción por causa del pecado, de la cual los hombres no podrían librarse por sus propios esfuerzos. Se vio que gran parte de la concepción de la naturaleza humana que abrigaban los siglos XVIII y XIX era superficial y no tomaba en cuenta toda la realidad. Se vio también que algunas de las difundidas teorías para la reorganización de la humanidad, entre ellas el socialismo y el comunismo, tampoco habían logrado comprender adecuadamente la naturaleza humana. Muchos en Occidente, ya sea cristianos o descristianizados, han desesperado o se han refugiado en una u otra forma de existencialismo anticristiano.

Sin embargo, muchos protestantes, afrontando la nobleza potencial y la tragedia del hombre, nuevamente han advertido que ellas habían estado desde siempre retratadas en la Biblia con asombrosa fidelidad. Han visto que los autores bíblicos lucharon con el problema de la corrupción moral y la impotencia del hombre. Han reconocido nuevamente la iniciativa divina tal como está registrada en las Escrituras. Aterrados por el aparente triunfo del pecado al clavar a Jesús en la cruz, han sido asombrados y humillados por la revelación del poder y la sabiduría de Dios desplegados en la cruz, seguida como fue por la resurrección y el advenimiento

del Espíritu Santo. Allí han descubierto una vez más lo que desde la época del Nuevo Testamento hubiera debido ser evidente en las Escrituras, la forma en que Dios ha obrado y obra todavía para la salvación del hombre, y han contemplado de nuevo y vívidamente el amor de Dios el Padre, la gracia del Señor Jesucristo y la permanente presencia del Espíritu Santo. Han empleado los instrumentos de la erudición moderna para presentar las convicciones cristianas con un poder que para muchos resulta compelente. De esta manera se está operando una revitalización dc gran parte del protestantismo. Los protestantes son nuevamente atraídos a esa fe por la cual vienen la justificación y la salvación. Esa fe está recibiendo nuevo énfasis, y en una forma que no niega el sacerdocio de todos los creyentes o el derecho y deber de los individuos de ejercer su propio juicio al considerar la verdad por cualesquiera medios se la perciba.

Paralelamente a la reafirmación de las convicciones básicas cristianas, pero no siempre en íntima relación con ella, se ha estado procurando perpetuar o dar nueva vigencia a aquellos rasgos del cristianismo anterior a la Reforma que no son opuestos al evangelio y que pueden ser utilizados para enriquecer la vida de la Iglesia. Estos se han hallado en la liturgia y los sacramentos. Asimismo en la literatura devocional de todas las ramas de la Iglesia y en los grandes teólogos anteriores a la Reforma.

Lejos de desesperar del mundo, muchos protestantes han trabajado para dar efectividad al evangelio en la vida colectiva de la humanidad. Sin embargo, en general no se han mostrado tan optimistas en cuanto a la

posibilidad de lograr que toda la humanidad obedezca a Dios o que toda la sociedad se ajuste plenamente a las enseñanzas de Cristo, como lo eran algunos exponentes del "evangelio social". Ahora tienen conciencia demasiado clara de la presencia del mal en la naturaleza humana y de las formidables fuerzas con las cuales el hombre tiene que contender, para que puedan creer en una pronta o fácil conquista de lo que desde el punto de vista cristiano sería la sociedad humana ideal. Sin embargo, se han esforzado por lograr que el evangelio influya sobre uno y otro aspecto de la sociedad, y por eliminar o al menos aliviar algunos de los males flagrantes de la humanidad. Se han entregado a esfuerzos de magnitud sin precedentes para socorrer a los prisioneros de guerra y a los millones de desplazados por causa de la guerra. Gran parte de estos trabajos han sido desarrollados por instituciones privadas, inclusive las iglesias. Gran parte lo ha sido por gobiernos incitados a la acción por la conciencia cristiana. Se han hecho amplios esfuerzos para levantar el nivel económico de los millones agobiados por la pobreza, para eliminar el analfabetismo y para proporcionar mejores materiales de lectura a los que aprenden a leer. Las iglesias y agencias eclesiásticas no tienen suficientes recursos económicos para desarrollar estos proyectos en forma que alcance más que a pequeñas minorías. Sin embargo, han demostrado tan bien lo que se puede hacer, que los gobiernos lo han realizado en escala mucho más vasta. Como hemos sugerido, la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas surgieron por la visión y la fe de hombres protestantes. Las iglesias protestantes han tratado de influir en las acciones de sus respectivos

gobiernos en sus relaciones con otros gobiernos. Ultimamente, a través de la Comisión de las Iglesias para Asuntos Internacionales han intentado tratar asuntos que se relacionan con varias o todas las naciones. Una y otra vez los protestantes han trabajado por un mejor orden industrial o se han ocupado de cuestiones nacionales de sus países.

Los años transcurridos desde 1914 han visto un rápido avance en el movimiento para el logro de la unidad entre todos sus discípulos por la cual oró Cristo. Hemos visto que ya antes de esa fecha el movimiento ecuménico tuvo notables expresiones. Pero desde 1914 ha alcanzado mayor diversidad y ha agrupado en su comunión a más cristianos. Se han multiplicado los concilios nacionales de iglesias y concilios nacionales cristianos. Especialmente en los Estados Unidos ha aumentado enormemente el número de Concilios de iglesias y estados. Varios de estos cuerpos, especialmente el Concilio Nacional de las Iglesias de Cristo en los Estados Unidos de América, han atraído a su seno a iglesias no protestantes. Aquí y allá, mediante la unión orgánica han surgido cuerpos eclesiásticos, algunos de ellos formados por iglesias íntimamente relacionadas, mientras otros han reunido en un cuerpo visible a iglesias de tradiciones y sistemas muy distintos. Los cuerpos ecuménicos de alcance mundial formados en las décadas anteriores a 1914 han continuado, y han crecido y ampliado su alcance. Así en la Alianza Mundial de Asociaciones Cristianas de Jóvenes, todavía predominantemente protestante, hay ahora muchos más católicos romanos y ortodoxos que en aquel año. Y han surgido otros organismos mundiales. Los más destaca-

dos son el Concilio Misionero Internacional y el Concilio Mundial de Iglesias. Estos dos cuerpos cooperan estrechamente. El Concilio Mundial de Iglesias tiene entre sus miembros a las iglesias que comprenden la gran mayoría de los protestantes del mundo, y también a algunas de las iglesias ortodoxas e iglesias viejas católicas. Relacionadas con él, aunque no con tan estrecha coordinación como el Concilio Misionero Internacional, se encuentran la mayoría de las otras organizaciones protestantes de cooperación e interdenominacionales que tienen programas de alcance mundial.

El movimiento ecuménico no ha atraído a todos los cristianos. Abarca sólo a una minoría. Si bien en algunas de sus manifestaciones se puede hallar a millares de laicos católicorromanos, la Iglesia Católica Romana como tal se mantiene alejada y continúa insistiendo en que la forma divinamente establecida de la unidad cristiana es que todos los cristianos reconozcan la autoridad del papa como vicario de Jesucristo. También se mantienen alejadas la Iglesia Ortodoxa Rusa y varias otras de las iglesias orientales. Considerables cuerpos protestantes creen concienzudamente que no pueden relacionarse con él. Aquí y allá, en forma notable en el Africa del Sur, surgen nuevas divisiones dentro del protestantismo. Además, aun dentro del movimiento ecuménico continúan las tensiones, lo mismo que dentro de todos los cuerpos eclesiásticos.

Hechas todas estas consideraciones, permanece el hecho de que el protestantismo, y especialmente su corriente puritano-pietístico-evangélica, está produciendo en el movimiento ecuménico, algo nuevo. Cristianos de más diferentes tradiciones que nunca antes en todos

los siglos de historia de la fe, se están uniendo en mutua comprensión, en fraternidad, en adoración y acción, precisamente en la que superficialmente aparenta ser la forma más dividida del cristianismo.

Al completar, pues, este rápido examen del protestantismo, de 1914 acá, se nos presenta lo que parece una paradoja. Por un lado, la existencia del cristianismo se ve amenazada por una revolución originada en Europa occidental, la región donde el cristianismo ha tenido durante más tiempo un curso relativamente libre. Para afrontar este desafío el protestantismo parece singularmente mal preparado y mal equipado. Constantemente amenazado, por su mismo genio, por el individualismo divisivo y el racionalismo confiado y escéptico, pareciera tener sólo un lugar evanescente e inconsistente en un mundo de fuertes tendencias hacia el colectivismo y el totalitarismo. Por otro lado, en esta misma época ninguna otra rama del cristianismo, y en realidad, ninguna otra religión se ha difundido proporcionalmente tan rápidamente o ha dado nacimiento a tantos movimientos nuevos, algunos internos y otros que afectan a la humanidad como tal. Esto se ha visto en parte en las minorías creadoras de Europa occidental, que de la conversión superficial en masa de los primeros siglos parece estar pasando a la descristianización en masa. Se ve también en el aumento en número y fuerza en las naciones que han surgido de las migraciones de europeos y en esa gran mayoría de la humanidad que no está comprendida en Occidente. Se ve en el enriquecimiento y la ampliación de la fe mediante la apropiación de los resultados, de la erudición y la ciencia modernas que, al principio aparentemente destructivos, tienen la posi-

bilidad de fortalecer la fe. Se ve en la manera en que está siendo modificada la revolución mundial. Se están desarrollando salvaguardias contra algunos de los peligros que surgen de esa revolución e iniciándose medidas positivas para hacer de ella una bendición y no una maldición. En una época que exige cooperación global entre los hombres, dentro del protestantismo se está desarrollando un movimiento para reunir a todos los cristianos en nuevas formas, en una unidad en la que, unidos por el amor y la gratitud por el don de Dios en Cristo, testifiquen el evangelio a toda la humanidad. Lejos de ser perfecto, ya que aún no abarca a la mayoría de los que llevan el nombre de Cristo, el movimiento ecuménico está creciendo en extensión y poder. Este vigor dentro del protestantismo está siendo desplegado cada vez más por aquellos inspirados y formados en las corrientes puritano-pietístico-evangélicas.

Capítulo V

LAS RELACIONES ENTRE EL PROTESTANTISMO Y LA REVOLUCION

¿Hasta qué punto es responsable el protestantismo, si es que tiene algún grado de responsabilidad, por la revolución que está afectando a la humanidad entera? ¿A qué aspectos de la revolución ha hecho alguna contribución, si es que la ha hecho? ¿Hasta dónde se le puede acusar si es que se puede, de aquellos aspectos que son destructivos del bienestar humano? ¿Hasta qué punto han surgido de él, si es que han surgido, movimientos para impedir ó contrarrestar los aspectos destructivos y hacer de la revolución más bien una bendición que una maldición para la humanidad? Contestar estas preguntas, como muchas de las que aparecen en esta hora, requeriría al menos un volumen importante. Además, aun un desarrollo extenso no proporcionaría necesariamente respuestas satisfactorias. Estamos tratando cuestiones que son extremadamente complejas. No conocemos todos los factores, y en cuanto a los que conocemos, es imposible determinar con exactitud el papel relativo que les ha tocado desempeñar.

Sin embargo las preguntas son de suprema importancia. En las páginas precedentes hemos señalado repetidas veces la coincidencia de la fuente geográfica de la revolución con la región y los pueblos que han estado largo tiempo bajo influencias cristianas. En el siglo XIX algunos apologistas del cristianismo pretendían que esta identidad era prueba de que el cristianismo era la causa principal de los progresos que se estaban haciendo —en la democracia y los derechos del hombre, en comodidades materiales de la vida, y en la ampliación del campo de los conocimientos del hombre. Con el advenimiento de las guerras mundiales de este siglo y el surgimiento de despiadados estados totalitarios las voces que hacían estos reclamos para el cristianismo fueron silenciadas. De la Primera Guerra mundial procede el crudo refrán:

"Los gases venenosos nos tienen de esta guisa
Tras dos mil años de santa misa".

¿Habrá evocado el cristianismo algo que no es capaz de dominar? ¿No se habrá cavado su propia fosa? Voceros del budismo y el mahometismo están señalando al Occidente "cristiano" como la región donde se han originado las dos guerras mundiales del siglo XX y las máquinas con que esas guerras se han librado. Están diciendo que el cristianismo ha fracasado y reclamado para sus respectivas religiones el remedio de la guerra y el camino de la paz. Y no son sólo los budistas y mahometanos los que están declarando que el cristianismo ha fracasado; en Occidente la misma afirmación se ha repetido una y otra vez.

Las preguntas planteadas son especiamente insistentes para los protestantes. Como hemos sugerido ya va-

rias veces, muchas de las fuerzas revolucionarias han brotado en tierras en que el protestantismo ha sido la forma dominante de religión. En realidad, si bien la Iglesia Católica Romana y las iglesias ortodoxas no han soportado tan bien como el protestantismo el impacto de esas fuerzas, más de ellas han tenido su impulso inicial en los pueblos generalmente llamados protestantes que en países y regiones en que prevalecen esas otras formas de la fe. ¿Por qué ha sido así? ¿Será debido a la naturaleza característica del protestantismo? ¿O por causa de factores que han sido fuente común de las fuerzas revolucionarias y de los rasgos que distinguen al protestantismo de las otras ramas del cristianismo?

Al ser confrontados por estas preguntas e intentar formular posibles respuestas, debemos reconocer ciertos hechos. Primero, debemos enfrentar francamente la exactitud de la observación de que la revolución que está sacudiendo al mundo ha surgido entre los pueblos occidentales de Europa, sea en Europa misma o en naciones de ultramar fundadas por emigrantes de Europa occidental. Segundo, no debemos dejar de recordar que entre esos pueblos el cristianismo fue durante siglos la religión profesada por la mayoría. Tercero, antes de saltar demasiado pronto a la conclusión de que ambos elementos están causalmente conectados y que el cristianismo es una fuente, tal vez la principal, de la revolución, debemos recordar que el cristianismo también ha sido dominante en gran parte de Europa oriental y que algunas de las minorías que adhieren a las iglesias orientales tienen una tradición cristiana más prolongada que la de la mayoría de los pueblos

de Europa occidental. Cuarto, debemos tener en cuenta también que algunos de los primeros comienzos de la ciencia occidental se produjeron en las porciones de la cuenca del Mediterráneo dominada por los árabes mahometanos y que por lo que hace a las bases intelectuales de su ciencia, tanto los europeos occidentales como los mahometanos tienen una gran deuda con los griegos. Quinto, no debemos eludir el hecho de que la revolución tiene mucho de destructiva de lo que el cristianismo más valora. Sexto, no debemos tratar de evadir lo que más de una vez hemos señalado, a saber, que muchas fases de la revolución tuvieron su origen, en parte o en total, entre pueblos que hasta cierto punto fueron formados por el protestantismo. Séptimo, debemos notar que algunas características de la revolución, en forma destacada el totalitarismo político, han tenido adalides nominalmente católicorromanos u ortodoxos, y que la oposición militante contra el cristianismo ha sido más fuerte contra esas dos formas que contra el protestantismo. Octavo, debemos tener presentes los movimientos estimulados por el protestantismo, que han tratado de manejar constructivamente para el bien de la humanidad aquellas fuerzas que integran la revolución. Más de estos movimientos proceden del protestantismo que de cualquiera de las otras ramas principales del cristianismo.

Al buscar las respuestas a las preguntas con que hemos abierto este capítulo, debemos examinar estos hechos y meditar sobre ellos. Algunos de ellos deben ser tomados conjuntamente.

¿Por qué es que las fuerzas que están revolucionando el mundo han tenido su origen en tierras y entre pue-

blos en que el cristianismo ha sido profesado mucho tiempo como religión de la mayoría? Aquí hay un dinamismo que se ha desplegado en todos los aspectos de la vida. Como hemos visto, ha tenido su expresión en la religión, y en la teoría y la acción políticas, en las ciencias que se ocupan no sólo del mundo material sino también de la vida y especialmente del hombre, y en las aplicaciones mecánicas de la ciencia. Hubiéramos podido hablar también de sus manifestaciones en sistemas de filosofía y en muchas fases de la literatura. Es el dinamismo que ha impulsado a los pueblos europeos a difundirse sobre la mayor parte de la superficie terrestre. ¿A qué se debe este dinamismo? ¿A la raza? Pero han participado de él pueblos de distintas corrientes raciales. ¿Es el clima? Hay quienes han intentado probar que éste fue el factor decisivo, pero las evidencias que han presentado no convencen a todos los historiadores. ¿Fue la herencia greco-romana, especialmente el pensamiento griego? Que Grecia y Roma tuvieron una gran participación en la formación de la vida y la cultura europeas es indiscutible. ¿Pero proceden de ellas la calidad dinámica de los europeos occidentales?

La determinación del grado de responsabilidad de Grecia y Roma por el dinamismo creador de los pueblos occidentales de Europa se complica en parte por el hecho de que tanto Grecia como Roma, y especialmente Grecia, contribuyeron a la cultura del mundo árabe mahometano. En ese mundo había también un dinamismo. El fue el que lanzó a los árabes, ya sea como conquistadores o como mercaderes, sobre una región que se extendía desde los Pirineos hasta el Mar de la

China. En esa cultura hubo logro creativos en matemáticas, filosofía y los comienzos de la ciencia que hicieron importantes contribuciones a las primeras etapas de la ciencia y al pensamiento de los escolásticos de Europa occidental.

Parte del secreto del dinamismo, tanto de los árabes como de los europeos occidentales, se ha de hallar indudablemente en la religión. Fue la adopción del Islam lo que ayudó a aglutinar entre sí las tribus árabes y lanzarlas en su espectacular carrera de conquista. Y fue la formal adhesión al cristianismo lo que contribuyó a las Cruzadas, la exploración de los portugueses a lo largo de la costa occidental de Africa, dirigida por el príncipe Enrique el Navegante, Gran Maestre de la Orden de Cristo, y a la tenacidad que Colón demostró en su memorable viaje. Fue el Islam lo que ayudó a estimular las mentes de los grandes filósofos del mundo árabe. El cristianismo fue el tema inspirador de la teología de los escolásticos de Europa occidental en la Edad Media. Parece significativo que los dirigentes de los comienzos de la ciencia en Europa occidental fueran en su mayor parte hombres que habían sido conmovidos por los avivamientos que dieron origen a los Franciscanos y los Dominicos. Así Roger Bacon era franciscano, Alberto Magno dominico, y Roberto Grosseteste, aunque no era franciscano, era amigo de esa orden y se detacó en la iglesia por su celo reformador. Para algunos de los hombres que más se destacaron posteriormente en la ciencia y las matemáticas, en Occidente, entre ellos Copérnico, Kepler, Pascal y Newton, la fe cristiana era algo más que nominal.

¿Por qué es que en el mundo árabe mahometano el dinamismo y el pensamiento creador disminuyeron hasta caer en el estancamiento? ¿Y por qué continuaron en la Europa occidental que profesaba ser cristiana? Ambos eran herederos de Grecia y Roma. ¿Ha de hallarse la diferencia en el contraste entre el Islam y el cristianismo? ¿Tiene alguna significación el hecho de que muchos de los que impulsaron el progreso de la cultura árabe no eran árabes? El hecho de que a medida que disminuían las minorías cristianas en las tierras sometidas al dominio mahometano, la creatividad del mundo árabe mahometano declinaba hasta cesar del todo, ¿será una simple coincidencia? En esta diferencia de religión hay evidentemente una posible causa. Es el único factor que no es oscuro y que puede ser fácilmente medido. La raza y el clima pueden influir también, pero aquí los datos y el significado de los mismos están más expuestos a discusión.

También se nos plantea una pregunta provocada por el contraste entre el cristianismo occidental y el oriental. Lo mismo que el Islam y el cristianismo, ambos debían mucho a Grecia y Roma. En realidad, las iglesias orientales fueron influídas por el pensamiento griego tan profundamente como el cristianismo de Europa occidental. ¿Por qué es que ha habido más dinamismo y pensamiento creador en el cristianismo occidental que en el oriental? ¿Es porque el cristianismo ha tenido más libre curso en Occidente? En Oriente se vio limitado por dos factores importantes que fueron menos marcados en Occidente. Uno fue el dominio de la Iglesia por el estado. El Imperio Romano subsistió en Oriente después que se había desintegrado

en Occidente. La tradición romana pre-cristiana había sido el dominio de la religión por el estado. Esa tradición continuó después que los emperadores adoptaron la fe cristiana. La Iglesia no estuvo tan sumisa como lo habían estado los cultos pre-cristianos, pero el estado ejerció una gran autoridad sobre ella. En parte puede haber sido por esta razón que tuvo especial predominio un tipo particular de cristianismo monástico, que acentuaba el monasticismo y el apartamiento del mundo. En Occidente, por contraste, el colapso del gobierno romano convirtió a la Iglesia por un tiempo en la principal guardiana de las costumbres y el orden social, con mayor libertad para expresar las características activistas e intelectualmente creativas del cristianismo. Una de las características de la historia de Occidente es una crónica pugna entre la Iglesia y el estado. Pero durante siglos aquella consiguió conquistar un mayor grado de independencia que en Oriente. Basta recordar el poder que ejercieron los papas de los siglos XII y XIII. Recién en los siglos XVI, XVII y XVIII el estado triunfó. Esto aconteció tanto en el protestantismo como en el catolicismo. Sin embargo, aun entonces el estado no alcanzó una victoria tan completa como en el Oriente. Un segundo factor que colocó restricciones sobre las iglesias orientales fue el Islam. Debido a las conquistas mahometanas algunas de esas iglesias se vieron reducidas a minorías a la defensiva. Como la ley y las costumbres mahometanas prohibían la apostasía del Islam, casi no podían hacer conversos de esta religión. Todo lo que podían hacer las iglesias rodeadas por la sociedad mahometana era mantener en la fe a los miembros que habían heredado.

Y esto lo lograron en medida sorprendente. Pero solamente adoptando una actitud de desconfianza ante tódo cambio, que desanimó toda iniciativa creadora. El Occidente enfrentó también la amenaza del Islam, pero salvo en España y Portugal, esa amenaza estuvo generalmente distante, y la Europa occidental tuvo durante mucho tiempo la ventaja del escudo protector de los reyes cristianos de Constantinopla y las comunidades cristianas de los Balcanes.

Una contribución que el cristianismo hizo a Occidente, como hemos visto, fue la creencia en Dios, quien como Creador y Señor ha actuado en tal forma que el hombre puede confiar en que habita en un universo ordenado del cual es parte, y que, por consiguiente, puede confiar en él y puede progresar en su comprensión y utilización de él. En esto el cristianismo tiene mucho en común con el judaísmo y el Islam. Sin embargo, el cristianismo va más lejos y testifica la profunda convicción de que Dios es amor. Por "amor" quiere decir el amor que se entrega, el que obró soberanamente en la encarnación, la cruz y la resurrección, y continúa obrando mediante el Espíritu Santo. En la encarnación Dios salvó el abismo que lo separaba del hombre. Esta fe constituye la médula del cristianismo. Inspirados por esta fe los hombres pueden lanzarse aventurada y confiadamente, y lo han hecho, a procurar una creciente comprensión del universo y a someter las fuerzas del universo al servicio del bienestar de la humanidad.

Sin embargo, no debemos atribuir al cristianismo más de lo que los hechos permitan comprobar. Otras causas, además del cristianismo, han contribuído al

dinamismo de Occidente. Dinamismo que ya había sido desplegado por algunos de los pueblos de Europa occidental antes que aceptaran la fe cristiana. Por ejemplo, muchos de los godos. Solamente parte de ellos habían sido bautizados cuando invadieron el Imperio romano. Entre los francos, los lombardos y los anglos sajones, nadie, o muy pocos, habían sido convertidos antes que estos pueblos avanzaran sobre lo que habían sido provincias del Imperio. Los normandos habían estado incursionando y conquistando cerca de dos siglos, antes que un número sustancial de entre ellos aceptara el cristianismo. Allí había dinamismo, aunque un dinamismo cuyos efectos inmediatos eran destructivos.

Lo que hizo el cristianismo fue estimular ese dinamismo y determinar o modificar algunas de sus expresiones. Puede que con su concepto de un universo ordenado y su fe haya estimulado a los europeos occidentales a aventurarse a lo desconocido, con fe en que en un universo tal la fe no sería defraudada, y haya contribuído a explicar la diferencia entre la presencia y la ausencia de las máquinas de Occidente.

Indudablemente estimuló la visión y sostuvo el coraje de algunos de los exploradores que abrieron rumbos en la expansión geográfica de Occidente. Pero no fue en manera alguna la única fuente de esa expansión. De él procedió el impulso adicional sin el cual esa expansión no hubiera sido tan extensa como pudo serlo. La teoría y la instituciones políticas de Occidente están evidentemente en deuda con el cristianismo. Otros elementos intervinieron en ellas, algunos provenientes del derecho germánico y el romano anteriores al cristianismo; sin embargo, durante siglos los reyes de Europa

occidental eran coronados con ceremonias cristianas y juraban gobernar de acuerdo con los principios cristianos. En el siglo XIX hubo un ejemplo famoso del efecto del cristianismo sobre los monarcas de Europa: es el consentimiento formal obtenido por Alejandro I de Rusia, quien, en parte impulsado por influencias que había recibido de protestantes de Occidente, se comprometió, junto con otros monarcas, a basar sus relaciones recíprocas "sobre las sublimes verdades que enseña la santa religión de nuestro Salvador" y a declarar que "los preceptos de la justicia, la caridad cristiana y la paz... deben tener una influencia inmediata sobre los consejos de los príncipes y guiar sus pasos". Si bien en la práctica esto puede haber sido solamente "verborragia piadosa", según la calificación de estadistas de la época, en ese momento el Zar era sincero. Además, como precedente, tuvo no poca influencia sobre uno de sus sucesores, Nicolás II, a quien inspiró la convocación de la conferencia de la paz que se reunió en La Haya, en 1899, y que constituyó un notable jalón en los esfuerzos para crear una maquinaria eficaz para la conducción pacífica de las relaciones internacionales.

En el terreno de la guerra y de las relaciones internacionales el cristianismo ha sido la fuente de repetidos movimientos para promover la paz y la justicia. Es cierto que los occidentales han librado muchas guerras por motivos ostensiblemente cristianos; pero nunca, o muy pocas veces, el cristianismo ha sido la única causa, o aun la principal, de una guerra. Además, primordialmente del cristianismo es de donde han surgido a través de los siglos los esfuerzos para dominar la guerra o eliminarla por completo. Así en la Edad Media, en

Europa occidental, la Paz de Dios y la Tregua de Dios fueron intentos para proteger a los no combatientes de los peligros de la lucha y prohibir las contiendas armadas en ciertos días y épocas. Los principales adalides en la formulación del derecho internacional, Hugo Grocio y Francisco de Vitoria, el uno protestante y el otro católicorromano, fueron inspirados en sus esfuerzos por la fe cristiana. Recordemos nuevamente que la Cruz Roja, la Liga de las Naciones y las Naciones Unidas deben su origen a hombres que estaban impulsados por su fe cristiana. Si el Occidente, la así llamada cristiandad, ha sido el centro de las guerras mundiales del siglo XX y la fuente de las armas con que las mismas fueron libradas, también ha sido la región donde se formularon y hallaron expresión concreta los planes más ambiciosos para basar las relaciones entre pueblos y naciones sobre el derecho y la cooperación amistosa más bien que sobre la fuerza armada. La guerra no es cosa nueva. Ha sido universal entre los pueblos "civilizados". No solamente los cristianos han proclamado la locura de la guerra, pero solamente de la cristiandad, principalmente de aquellos impulsados por la fe cristiana, es de donde han salido vastas formulaciones del derecho internacional e instituciones para la cooperación pacífica entre las naciones en escala mundial.

Una expresión destacada del dinamismo occidental, como hemos visto, ha sido la difusión de los pueblos occidentales y su cultura sobre la mayor parte del planeta. Como en las relaciones internacionales, esto ha ido acompañado por resultados constrastantes.

Por un lado ha llevado a la explotación de otros pueblos por un grupo de la humanidad, en escala más

colosal que en cualquier otro período de la historia. En las Américas, especialmente en las primeras décadas del descubrimiento y conquista, los aborígenes fueron muertos o esclavizados por los europeos y en algunas regiones fueron casi exterminados. La fundación de establecimientos para el comercio europeo a lo largo de las costas de Africa durante los siglos XVI, XVII y XVIII significó el aumento de las dimensiones del tráfico de esclavos africanos y de la esclavitud de la raza negra. El establecimiento de los británicos en Australia y Nueva Zelandia llevó al exterminio de los aborígenes en gran parte del sur y el este del primero de estos países y a las guerras con los maoríes en el segundo. En muchas de las islas del Pacífico la llegada del hombre blanco fue seguida por guerras y enfermedades que diezmaron la población. La conquista británica de la India se realizó por medio de guerras y fue seguida por el desarrollo de mercados para las mercancías británicas e inversiones de capitales británicos que aumentaron la pobreza de millones. Si el cristianismo tuvo alguna participación en esas exploraciones, conquistas y establecimientos, ¿no ha de compartir también la responsabilidad por esos males?

Por otro lado, la fe y la conciencia cristianas han sido la fuente de la mayoría, y quizá, si se va a las raíces, de todos los esfuerzos para mitigar esa explotación y hacer de la llegada de los occidentales una bendición y no una maldición. Es significativo que el primer sacerdote cristiano ordenado en el Nuevo Mundo, Bartolomé de las Casas, fuera el iniciador del movimiento de protección a los indios en las posesiones españolas y el que introdujo en las Leyes de Indias

disposiciones humanas. El jesuíta portugués, Vieira, tuvo una importante participación en la obtención de una legislación similar en beneficio de los indios del Brasil. De los avivamientos evangélicos en Gran Bretaña y los Estados Unidos salieron la mayor parte de los dirigentes de los movimientos que pusieron fin al tráfico de esclavos y la esclavitud en el Imperio Británico y provocaron la emancipación de los esclavos negros en los Estados Unidos. Uno de los frutos del avivamiento evangélico en las Islas Británicas fue un mejoramiento de la administración en la India. Durante los siglos XVII y XVIII había mucha corrupción entre los funcionarios británicos en la India. Fueron acumuladas grandes fortunas, por métodos que no hubieran resistido escrutinio de la conciencia cristiana. Pero en el siglo XIX se operó un cambio notable. Aunque los funcionarios británicos seguían manteniéndose apartados socialmente de los indios, en general mostraban contracción al trabajo, honradez y un sincero deseo de hacer lo que ellos consideraban mejor para los indios. Parece haber habido una relación directa entre este cambio y la elevación del tono de la religión y la moral británicas que empezó con el avivamiento evangélico.

Como más de una vez lo hemos insinuado, el protestantismo ha tenido una participación creciente en el estímulo y la formación de la revolución que ahora constituye su más grande desafío. Algunos aspectos de esa revolución tuvieron origen en pueblos en los cuales el protestantismo es la forma de religión dominante, y a veces entre individuos palpable y fuertemente influídos por el mismo. Así por ejemplo, la democracia, tal como existe entre los pueblos anglosa-

jones, tiene una gran deuda para con el puritanismo y las varias formas del protestantismo que surgieron del avivamiento religioso al cual se aplica generalmente la designación de puritanismo.

La tradición puritana ha sido especialmente potente en los Estados Unidos. En la época de la separación del Imperio Británico, los congregacionalistas eran el grupo religioso más fuerte de Nueva Inglaterra. Estos estaban estrechamente vinculados a los presbiterianos. Aunque eran sólo una minoría, los cuáqueros eran altamente influyentes, especialmente en Pensilvania. Más tarde los bautistas se multiplicaron hasta llegar a ser la familia de iglesias protestantes más numerosa del país. El ejemplo y los ideales de estos cuerpos, todos ellos herederos del puritanismo y las convicciones evangélicas, junto con los de denominaciones similares, han sido los principales responsables por la forma que la democracia ha adoptado en los Estados Unidos.

A menudo se dice que la democracia de los Estados Unidos debe mucho a la larga y continuada presencia de la frontera. Debido a que la frontera proporcionaba igualdad de oportunidades en una libre competencia en la cual las recompensas recaían sobre el individuo que desplegaba la mayor habilidad, se declara que ha sido una fuerza principal en la formación de un estado y una sociedad en la cual han sido tradicionales el rudo individualismo y la libre empresa. Sin embargo, este análisis peca por demasiado estrecho en su perspectiva geográfica. No toma en cuenta el hecho de que en la América Latina la frontera ha existido durante casi tanto tiempo como en la república del norte y que en las dos regiones los gobiernos, aunque similares en

sus ideales expresos y en sus constituciones escritas, en la práctica son notablemente diferentes. También difieren las dos clases de sociedad. ¿No puede ser una de las causas del contraste el hecho de que en la América Latina la religión dominante ha sido el catolicismo romano, mientras que en los Estados Unidos prevaleció el protestantismo de la corriente puritano-pietístico-evangélica? El contraste entre las secciones francesas, católicorromanas, del Canadá y las secciones de esa nación en que prevalece el protestantismo anglosajón, es una prueba más de que aquí reside en gran parte el origen de la diferencia. Es también significativo que el tipo anglosajón de democracia caracterice a Australia y Nueva Zclandia, naciones que deben su origen primordialmente a colonos de las Islas Británicas durante el sglo XIX, cuando la madre patria estaba experimentando un marcado ímpetu del evangelicalismo.

Hemos notado también que Karl Marx fue educado en un medio protestante y que hizo la mayor parte de sus escritos en Londres, donde, si alguna rama del cristianismo tenía influencia era mayormente el protestantismo. Fuc principalmente del protestantismo, pucs, de donde procedieron aquellos elementos dcl comunismo que son formas contrahechas del apocalipticismo y la escatología judeocristianos. En términos menos técnicos, la enseñanza comunista de que la historia avanza inevitablementc hacia el clímax de una sociedad sin clases en la cual cada cual contribuya según su capacidad y reciba según su necesidad, es una versión secularizada del concepto judeocristiano de la historia. La difusión triunfal del comunismo en Rusia, y a través de su instrumentalidad se debe,

por consiguiente, en parte a la utilización de una esperanza originaria del protestantismo. Una de las amenazas más serias que el cristianismo ha afrontado jamás, el comunismo, puede ser interpretado como un ejemplo de la forma en que el cristianismo prepara el camino para su propia destrucción.

En forma algo semejante, como hemos señalado, la ciencia, las invenciones y las máquinas que han tenido papel importante en la revolución surgieron primero en la cristiandad occidental, y sobre todo en su porción protestante. Ellas han producido muchos beneficios para la humanidad. Pero de ellas también han procedido los tugurios y las formas de sociedad en masa que han deformado a millones, el carácter destructivo de la guerra moderna, y los impulsos que han contribuído a la secularización de la humanidad. Si en cierto grado el protestantismo ha sido una fuente de la ciencia y la máquina, debe compartir la responsabilidad por lo que ellas han producido.

El cuadro no es tan simple como parecieran indicarlo estas generalizaciones negativas. Necesitamos recordar lo que hemos notado al comienzo de este capítulo: que los regímenes totalitarios del siglo actual o bien han surgido en tierras en que la forma dominante de religión era una de las iglesias orientales o la Iglesia Católica Romana, o bien fueron dirigidos por hombres formados en tales ambientes. Hitler era nominalmente católicorromano. El fascismo dominó en Italia y la Falange en España, ambos países en que la forma del cristianismo que predomina es la Iglesia Católica Romana. Yugoslavia, dominada por Tito, es católicorromana y ortodoxa. En varios países de la América

Latina, tierras donde la gran mayoría de la población es nominalmente católicorromana, han florecido las dictaduras. En el oeste de Europa, el comunismo ha hecho más progresos en Francia e Italia, países en los cuales los protestantes son pequeñas minorías, mientras los católicorromanos constituyen la gran mayoría. De los países comprendidos dentro de la cristiandad tradicional, Rusia fue el primero en ser capturado por el comunismo marxista, y es todavía el principal baluarte de esa ideología. Allí la Iglesia Ortodoxa había sido la forma principal del cristianismo. En realidad, Stalin en su juventud fue estudiante de teología en un seminario ortodoxo. En ninguna tierra o región en que el protestantismo ha estado en mayoría ha sido adoptado voluntariamente el dominio comunista.

Ciertamente la Iglesia Católica Romana es enemiga encarnizada del comunismo. A veces, como en México, ha sido atacada por gobiernos totalitarios. Otras veces, como en la Italia fascista y la España falangista, ha entrado en incómodos concordatos con regímenes totalitarios. En Rusia, el estado comunista ha hallado útil para la extensión de su influencia en los Balcanes y el Medio Oriente, apoyar a la Iglesia Ortodoxa. Sin embargo, en el siglo actual, la vinculación entre la Iglesia Católica Romana o una Iglesia Ortodoxa, y un estado totalitario, nunca ha sido enteramente feliz o libre de tensiones.

Sin embargo, no disminuye la importancia del interrogante: ¿por qué los regímenes totalitarios han florecido mayormente en suelos preparados por el catolicismo romano o la ortodoxia? Probablemente la respuesta no es la misma para ambas ramas de la fe.

En cuanto a la Iglesia Católica Romana, la causa puede hallarse en el carácter totalitario de la misma. El hábito de sumisión a ella puede estimular por un lado la rebelión violenta y por otro la aquiescencia a un totalitarismo rival. En cuanto a las iglesias ortodoxas, han estado tradicionalmente sometidas tanto tiempo al estado, que no les es difícil convertirse en un instrumento de las autoridades civiles. La Iglesia Ortodoxa fue empleada por el régimen zarista para extender la influencia rusa en los Balcanes y el Medio Oriente. No es extraño que el Kremlin, ahora comunista, la considere útil para el mismo propósito y que los altos dignatarios eclesiásticos no objeten abiertamente a ello.

Aunque el comunismo marxista fue formulado en medio de un ambiente protestante, hay algo en el protestantismo, posiblemente su énfasis sobre el derecho y el deber del juicio individual y el hábito mental fruto de su larga influencia, que no se somete tan fácilmente a la regimentación como lo hacen aquellos pueblos disciplinados por la Iglesia Católica Romana o las iglesias ortodoxas.

Debemos recordar también nuevamente que en el pasado siglo y medio, del protestantismo han surgido la mayoría de los movimientos que han tratado de contener los males impulsados por la revolución y hacer que ésta sea una bendición y no una maldición. La Iglesia Católica Romana no ha dejado de realizar esfuerzos por la paz mundial. Una y otra vez los papas han levantado sus voces contra la guerra y los moviminetos que amenazan con la guerra. Sin embargo, no han sido ellos, sino los protestantes, quienes han creado instituciones más promisorias en cuanto a la paz y la

cooperación internacional. La Iglesia Católica Romana ha tratado de moldear con propósitos cristianos las fuerzas liberadas por la revolución, por medio de la Acción Católica y otras medidas, tales como la famosa encíclica **Rerum novarum** del papa León XIII. Sin embargo, los protestantes también han estado activos en este sentido.

Además, es del protestantismo de donde han partido principalmente, en este siglo, las influencias que han infiltrado el Oriente con los ideales cristianos. Fueron principalmente misioneros protestantes los que echaron los cimientos de la moderna profesión médica y la enfermería en la China. Fueron protestantes quienes realizaron en aquel país los primeros esfuerzos para mejorar la salubridad pública y para la educación de la mujer, e idearon nuevos métodos para la enseñanza en masa a los analfabetos. Sun Yat-sen, quien durante cerca de cuatro décadas, entre 1911 y 1949 hizo más que nadie para conformar los ideales políticos de China, recibió casi toda su instrucción formal de maestros protestantes, y cuando Chiang Kai-shek, quien hizo más que ningún otro para llevarlos a la práctica, se hizo cristiano, fue a través del protestantismo. Gandhi no era cristiano, pero había sido profundamente influído por Cristo, y por su intermedio entró algo del cristianismo en los ideales de la nueva India. Y Gandhi entró en contacto con Cristo y el Nuevo Testamento mayormente por medio de los protestantes. En cuanto a Nehru, aunque es un secularista declarado, afirma que sus principios éticos se basan en el Nuevo Testamento, con el cual entró en contacto principalmente por medio de los protestantes. Ha sido por medio de las Asocia-

ciones Cristianas de Jóvenes, de origen protestante, que en un país tras otro de Asia se han iniciado esfuerzos para desarrollar los deportes y la educación física, que encierran los ideales cristianos de cortesía y vida limpia. Desde esos comienzos han sido tomados por los gobiernos y otras agencias no cristianas, quienes les han dado mayor impulso.

Estas repercusiones contrastantes del protestantismo son lo que hubiera sido de esperar. Desde el principio han sido características del protestantismo. La encarnación provocó el mayor crimen del hombre, el rechazo y la crucifixión de Jesús, y ha sido a la vez la fuente de los más vastos movimientos para el bienestar presente y eterno del hombre. A través de los siglos, desde aquel primer Viernes Santo se han visto las contradicciones. El mal que hay en el hombre se ha valido de la oportunidad proporcionada por el supremo don de Dios en Cristo para pervertir para su mal las fuerzas liberadas por el evangelio. Pero siempre ha habido quienes han respondido al evangelio y por medio de ellos Dios ha continuado obrando para la salvación del hombre. Aunque aquellos que, viendo, no creen, están condenados, Dios envió a su Hijo al mundo no para que lo condene, sino para que el mundo —el mundo que crucificó a su Hijo— sea salvo. No es por accidente que la revolución mundial de nuestros días ha tenido su origen en la cristiandad y que a través de ella los males hereditarios del hombre, tales como la guerra, hayan alcanzado sus dimensiones más colosales. Era lo que se podía anticipar, desde que la encarnación fue seguida por la crucifixión. Sin embargo, tampoco es por casualidad que de la cristiandad han surgido no

solamente movimientos que están contrarrestando algunos de los males originados por la revolución sino también individuos y movimientos que están esforzándose para hacer de la revolución un canal para la salvación de los individuos y de la sociedad. Ambos aspectos de la paradoja son consecuencia de la naturaleza del hombre y del evangelio.

Tampoco debiera sorprendernos que en los tres o cuatro siglos últimos la revolución haya surgido más del protestantismo que de cualquier otra de las ramas del cristianismo; puesto que el protestantismo se identifica más que las otras con el evangelio, era de esperar que de su impacto surgieran a la vez trágicas perversiones del evangelio y movimientos para contrarrestar esas perversiones y conducir a un número creciente de hombres de todo el mundo a la vida eterna que es el don de Dios en Cristo Jesús.

Capítulo VI

LAS IGLESIAS CATOLICA ROMANA Y ORTODOXAS Y LA REVOLUCION

Nuestra consideración del lugar del protestantismo en la revolución mundial sería incompleta si no tratásemos de verla en relación con las otras grandes ramas del cristianismo.

El cristianismo es una religión. En él están combinados el evangelio, que es la autorrevelación plena y definitiva de Dios en Cristo, y elementos humanos de los distintos ambientes en que el evangelio se ha movido a través de los siglos. Debido al evangelio, el cristianismo es único. Debido a los elementos humanos que se han mezclado con el evangelio, pertenece a la historia general de la religión y puede ser comparado con otras religiones. La adición de elementos humanos se produjo por la forma en que el evangelio fue dado al hombre. Como hemos recordado repetidamente, el evangelio vino en aparente debilidad —a través del humilde nacimiento de un infante y a través de la aparente frustración y derrota de la crucifixión. Jesús no adoptó ninguna de las medidas que la prudencia hubiera considerado esenciales para la preservación de la pureza

del evangelio. Por lo que nuestros datos nos permiten saber, no escribió ningún libro, se ocupó muy poco de la creación de una organización continuadora, no propuso explícitamente una estructura para los cuerpos eclesiásticos que pudieran surgir del evangelio, ni elaboró un credo para dar una forma verbal permanente al mismo. Este fue el riesgo que Dios corrió. Bajo tales circunstancias era inevitable la entrada de elementos humanos en la religión que surgió del evangelio, el cristianismo. Ello obedeció al grado de libre albedrío que Dios ha acordado al hombre. Dios quiso crear hijos, no robots. Por lo tanto ha dotado a los hombres de libre albedrío suficiente para rechazar o aceptar sus dones y aun pervertirlos para desgracia inmensurable del género humano, o utilizarlos para su no menos inmensurable bien temporal y eterno. En consecuencia, el evangelio ha llegado a ser parte de muchas formas de religión. En algunas de las cuales tiene una parte tan minúscula que el resultado apenas si puede ser llamado cristianismo.

En los primeros siglos de la fe, los que se daban el nombre de cristianos trataron de conocer y perpetuar el evangelio en su pureza, incontaminado por adiciones humanas. Así surgió la Iglesia Católica. Para estar segura de que poseía el evangelio, y salvaguardarlo, la Iglesia Católica trató de conservar lo que habían enseñado los apóstoles, los discípulos íntimos de Jesús y los primeros testigos del evangelio. Para esto confiaron en los obispos, a quienes creían en una sucesión ininterrumpida desde los apóstoles; en el Nuevo Testamento, compuesto por libros escritos por los apóstoles o con informaciones obtenidas directamente de ellos, y en

credos que decían contener lo que los apóstoles habían enseñado. La estructura de la Iglesia Católica reflejaba en parte la del Imperio. Sus credos, especialmente aquellos asociados con los nombres de Nicea y Calcedonia, empleaban términos que habían sido empleados para expresar el pensamiento griego y latino. Durante unas pocas generaciones, la mayoría de los que llevaban el nombre de cristianos estaban en esta Iglesia Católica. Sin embargo, nunca esa iglesia encerró en su comunión a todos los que profesaban el cristianismo y se llamaban cristianos.

La Iglesia Católica se fragmentó en sucesivas etapas. Mientras el Imperio Romano mantuvo unida la cuenca del Mediterráneo, la mayoría de los cristianos estaban en la Iglesia Católica. Pero ya antes de que el imperio se dividiera irreparablemente, como lo hizo en los siglos V y VI, la Iglesia Católica estaba empezando a dividirse. Varios de los fragmentos resultantes desaparecieron. Otros subsistieron y constituyen hoy en día algunas de las iglesias orientales. Entre ellas están los armenios, los coptos y los nestorianos ("La Iglesia del Este" o "Iglesia Asiria", como se les suele llamar). Numéricamente los fragmentos mayores son la Iglesia Católica Romana y las iglesias ortodoxas. La primera conserva el idioma y mucho del temperamento de la Roma precristiana. Su jefe, el obispo de Roma, pretende una autoridad espiritual más absoluta aún que la autoridad temporal ejercida por los emperadores romanos. Las iglesias ortodoxas representan la tradición que gira alrededor del Patriarca de Constantinopla. Este eclesiástico no reclama una autoridad igual a la del obispo de Roma. Cada una de las iglesias ortodoxas

tiene su propio jefe, pero todas se consideran miembros de un grupo que representa las enseñanzas inalteradas de los apóstoles.

Cada uno de los fragmentos de la Iglesia Católica de los primeros siglos se considera a sí mismo como el guardián del evangelio inalterado, tal como fue enseñado por Cristo y los apóstoles. Cada uno declara que los otros están en error. Todos ellos han comprometido de una u otra manera el evangelio, en formas que difieren de un fragmento a otro y dentro de áreas particulares de cada fragmento.

Sin embargo, cada fragmento ha preservado mucho de lo que ha recibido del evangelio. Cada uno ha tenido almas nobles a quienes Cristo indudablemente ha de contar como sus discípulos. En las liturgias de cada uno de ellos y en la rica literatura devocional producida por cada uno hay cosas que todos los cristianos pueden aprovechar. Esto también varía de uno a otro fragmento.

La Iglesia Católica Romana tiene más fieles que los que tiene el protestantismo o las iglesias orientales. Tiene una historia notable, íntimamente relacionada con la de los pueblos del oeste de Europa. Ella proveyó la matriz dentro de la cual se plasmó la vida religiosa de Occidente. Si el dinamismo de los pueblos occidentales tiene algo que ver con el cristianismo, esa contribución le llegó originalmente a través de la Iglesia Católica Romana. Esa iglesia ha tenido en su redil millares de auténticos santos cristianos. Ha recibido y sigue recibiendo la devoción de millones. Aunque el protestantismo es mucho más que una protesta negativa, sino que obedece a un nuevo surgir de vida me-

diante el redescubrimiento del evangelio, sus primeros adalides y formuladores procedieron de la Iglesia Católica Romana. Con ella el protestantismo ha tenido una gran deuda.

¿Qué le está sucediendo a la Iglesia Católica Romana? ¿Hasta dónde es ella responsable, si es que le alcanza alguna responsabilidad, por la presente revolución mundial? ¿Cuál ha sido su actitud hacia esa revolución? ¿Qué cambios, si los ha habido, han tenido lugar en esa iglesia, sea por causa de la revolución o por factores parcial o totalmente independientes de la revolución e inherentes a su propia naturaleza e historia? Evidentemente, escapa al propósito de este libro el entrar en las respuestas a estas preguntas, ni siquiera en la forma sumaria en que lo hemos intentado con relación al protestantismo. Pero debemos intentarlo en forma de un breve bosquejo.

En cuanto a la responsabilidad de la Iglesia Católica Romana por la revolución mundial, ya hemos hecho tres observaciones. En la medida en que el cristianismo fue la fuente de origen de la revolución en los siglos anteriores a la aparición del protestantismo, su influencia se ejerció a través de esa iglesia. Durante los siglos desde su emergencia el protestantismo ha sido crecientemente el canal a través del cual han llegado cualesquiera impulsos del cristianismo a la revolución. Las etapas más explosivas de las características políticas y sociales de la revolución no se han dado en tierras en que el protestantismo ha sido fuerte, sino en tierras que se consideran como católicorromanas, como sucedió con la Revolución Francesa, en Rusia, donde una de las iglesias orientales agrupaba a la mayoría del

pueblo, y en China, fuera de la cristiandad histórica.

En general, a través de los años la Iglesia Católica Romana se ha enfrentado con muchas de las características de la revolución. Se opuso a las fases deísta y atea de la Revolución Francesa. El papa intentó abatir los esfuerzos hechos durante esa revolución para crear una iglesia nacional completamente sometida al estado y administrativamente independiente de Roma. Hasta bien entrado el siglo XX los papas se negaron a reconciliarse con el nacionalismo que incorporó los estados papales al reino de Italia. En la *Kulturkampf*, en la segunda mitad del siglo XIX, Roma luchó, con éxito parcial, contra la tentativa de Bismarck de eliminar de Alemania lo que él consideraba influencias antigermánicas de la Iglesia Católica Romana. Roma resistió también los designios algo semejantes de Hitler, de colocar a la Iglesia Católica bajo el dominio del estado. En su famoso *Syllabus* de errores, publicado en 1864, el papa Pío IX resumió sus denunciaciones de varios aspectos de la revolución. Entre lo que condenó se encontraban la crencia en que la razón humana, sin consideración por Dios, es único juez de lo verdadero y lo falso; que la teología debe ser estudiada por la razón en la misma forma que la filosofía; que todo hombre es libre para adoptar la religión que considere de acuerdo con la razón; que la Iglesia y el estado deben estar separados; que debe ser concedida tolerancia a otras formas de religión que la católica romana; y que el papa debiera reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna. Durante años las autoridades eclesiásticas se opusieron a la Tercera República francesa. Más tarde el Vaticano se ha opues-

to irreductiblemente al comunismo. En la última parte del siglo XIX el papa León XIII pareció adoptar una actitud menos intransigente que la de sus antecesores inmediatos. Sostuvo que en ciertas condiciones es permisible la tolerancia religiosa por el estado, y acogió con beneplácito los descubrimientos de la moderna investigación científica. También declaró que la Iglesia Católica Romana no se opone a la libertad y que los gobiernos católicos no deben emprender cruzadas contra los liberales. Aconsejó a los católicos franceses apoyar a la república. En la creciente industrialización, si bien condenó al socialismo, se colocó él mismo de parte de los trabajadores. Sin embargo, no fueron repudiadas las posiciones básicas adoptadas en el *Syllabus*. Además, en 1907, el papa Pío X, recientemente canonizado, condenó el llamado "modernismo", es decir, algunos métodos y conclusiones del estudio histórico de las Escrituras y la Iglesia.

En una cantidad de países, revoluciones y tendencias políticas han debilitado grandemente a la Iglesia Católica Romana. Así ha sucedido en Francia y hasta cierto grado en Italia y España. Allí han sido confiscadas muchas propiedades eclesiásticas, especialmente de los monasterios. En Francia se hicieron esfuerzos determinados para eliminar la participación de la iglesia en la educación, y a principios del siglo XX se realizó la separación de la Iglesia y el estado. En varios países europeos en que la Iglesia Católica Romana es la forma dominante del cristianismo, una y otra vez han llegado al poder gobiernos anticlericales que han tratado de restringir la autoridad de la Iglesia.

En la América Latina la Iglesia Católica Romana ha

sufrido especialmente. Allí se encuentra el mayor conjunto de católicos romanos nominales, fuera de Europa. En los días de la colonia, la Iglesia Católica Romana en la América española estaba bajo el dominio de la corona. Al producirse la lucha por la independencia, España intentó retener su dominio insistiendo en nombrar los obispos. Los nuevos gobiernos, naturalmente, no podían consentirlo. El Vaticano se vio en posición difícil. Debido a que tradicionalmente había concedido autoridad a la corona española para hacer los nombramientos, y habiendo surgido una situación crítica en España, por un tiempo Roma consideró imprudente insistir en sus derechos. El anticlericalismo en la América Latina aumentó las dificultades de la Iglesia. Corrientes intelectuales europeas, provocadas por la revolución, minaron la lealtad a la Iglesia de muchos intelectuales. El resultado fue que durante años que fueron decisivos la Iglesia Católica Romana en la América Latina se vio debilitada radicalmente. No tenía, ni tiene todavía, un clero numéricamente suficiente para brindar atención pastoral a los millones que teóricamente tiene en su redil. Muchos de los sacerdotes disponibles han sido y son de calidad inferior. En un intento de llenar el vacío han llegado clérigos de Europa y, últimamente, de los Estados Unidos. Todo esto ha hecho que el catolicismo de la América Latina sea parasitario y más bien una pérdida que una ganancia en el conjunto de la Iglesia.

Condiciones en cierto modo similares han existido en las Filipinas. Durante las primeras etapas del movimiento nacionalista, cuando los filipinos pedían clérigos y obispos de sus propias filas, Roma apoyó al clero

español en sus esfuerzos para mantener su dominio. Y no transigió hasta que vio alejarse de su seno a varios centenares de miles; entonces introdujo clérigos no españoles y promovió a algunos filipinos al episcopado.

En parte como resultado de la revolución, la autoridad administrativa efectiva del papado sobre la Iglesia Católica Romana se ha visto grandemente exaltada. La Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas debilitaron marcadamente la Iglesia en Francia. Si bien sobrevivió algo de aquel espíritu del galicanismo que durante mucho tiempo había atenuado el vínculo administrativo con Roma, la Iglesia en Francia había sido tratada tan rudamente por el estado y sus leyes, que Roma encontró más fácil que antes el manejarla. De igual modo los golpes asestados por Napoleón a los grandes principados eclesiásticos de Alemania convirtieron en un anacronismo el febronianismo, la teoría que hubiera terminado por abolir, en lo que a ellos afectaba, la supervisión administrativa de Roma. Los trastornos ocasionados por la Revolución Francesa y Napoleón contribuyeron a hacer impracticable lo que se conocía como josefismo, por el emperador que había intentado la reorganización de la Iglesia dentro de los dominios de los Hapsburgo. Confrontados por regímenes de mentalidad secular en país tras país, los eclesiásticos católicorromanos hallaron expeditivo buscar una común protección en un papado revigorizado. La tendencia fue reforzada por la Compañía de Jesús. Expulsada de diversas regiones en el siglo XVIII, por monarcas hostiles, y eventualmente disuelta por el papa, obedeciendo en parte a la presión de aquellos, a principios del siglo XIX la Compañía recibió autorización

papal para reorganizarse. Rediviva, se convirtió en un baluarte del papado.

La autoridad del papado fue fortalecida por la iniciativa de los papas. En 1854, por propia iniciativa, Pío IX declaró la inmaculada concepción de la Virgen María como dogma de la Iglesia. Luego, en 1870, el concilio reunido en el Vaticano votó que cuando el papa, como "pastor y doctor de todos los cristianos", define *ex cátedra* una doctrina referente a la fe o la moral, para ser sostenida por la Iglesia universal, es infalible. También declaró que el papa tiene "plena y suprema jurisdicción sobre la Iglesia universal". Aunque en teoría estos poderes no eran nuevos, sino que desde el principio habían ido de la esencia de la fe, nunca antes habían sido definidos tan explícitamente por un concilio que pretendía representar a la Iglesia entera.

El ejercicio de la autoridad ha sido estimulado por la expansión geográfica de la Iglesia Católica Romana. Mediante la Congregación para la Propagación de la Fe, el papa tuvo más jurisdicción directa sobre la Iglesia en sus nuevas fronteras que la que había poseído en algunos países en que la fe había existido durante siglos.

La Iglesia Católica Romana ha sido fortalecida por el avivamiento de las viejas órdenes monásticas y la aparición de un gran número de congregaciones y sociedades de "religiosos", es decir, aquellos que consagran todas sus energías a la Iglesia mediante los votos tradicionales de pobreza, castidad y obediencia. En el siglo XIX se fundaron más de estas órdenes que en cualquiera otros cien años de la historia de la Iglesia.

Los siglos XIX y XX han presenciado el aumento de

la empresa misionera y la implantación y desarrollo de comunidades católicorromanas fuera de Occidente. En las primeras etapas de la revolución, en el siglo XVIII, el celo misionero languideció y los católicos romanos disminuyeron en Asia y Africa. Las misiones comenzaron a revivir en la primera parte del siglo XIX, y en el siglo actual han tenido un notable progreso. En realidad, a partir de 1949, lo mismo que ha sucedido con las misiones protestantes, el comunismo les ha asestado severos golpes en China, Corea del Norte, y la porción norte del Vietnam. Sin embargo, hasta entonces los católicos estaban aumentando en todas esas regiones. Su número ha estado creciendo también en la India, Indonesia, Japón y en algunas de las islas del Pacífico. El crecimiento ha sido especialmente acelerado en Africa, al sur del Sahara.

No sólo ha habido un crecimiento en el número de misioneros de Occidente y en el de católicos romanos fuera de Occidente, sino que también se han realizado grandes esfuerzos para el reclutamiento y preparación de un clero indígena. Esto ha recibido énfasis especial en lo que va del siglo actual. En Asia y Africa el clero nativo se ha multiplicado y muchos de sus miembros han sido elevados al episcopado. Si bien, en proporción a sus respectivas dimensiones a comienzos del siglo XIX, la Iglesia Católica Romana no se ha extendido tan rápida o ampliamente como el protestantismo, ha tenido, sin embargo, lo mismo que aquel una expansión fenomenal y mediante el desarrollo de dirigentes indígenas se está arraigando profundamente más allá del Occidente.

Mediante la inmigración europea, la Iglesia Cató-

lica Romana ha mostrado también un asombroso crecimiento en los Estados Unidos y, en menor grado, en Canadá, Australia y Nueva Zelandia. La inmigración irlandesa ha aumentado el número de católicos romanos en Inglaterra y Escocia. En todos estos países los protestantes están aún en mayoría. Sin embargo, en cada uno de ellos, especialmente en Estados Unidos y Canadá la Iglesia Católica Romana muestra un avance en número, riqueza y celo misionero.

Aquí y allá los católicos romanos están haciendo esfuerzos determinados para ganar adeptos del protestantismo. Estos esfuerzos han sido especialmente señalados en los Estados Unidos, donde existen varias organizaciones principalmente con ese fin, una cantidad de sociedades y órdenes que, sin que sea esa su finalidad principal, están trabajando para ese fin. Las misiones entre los protestantes son particularmente activas en los estados del sur, donde la tradición protestante es más dominante que en el norte o en el oeste. Cada año se cuentan por millares las conversiones en el país. Sin embargo, ellas se producen mayormente mediante matrimonios y aunque no se dispone de cifras exactas en cuanto a las conversiones de católicos al protestantismo, por lo que acontece en varias partes del país parece evidente que superan a las de protestantes convertidos al catolicismo romano. Debido al avivamiento del énfasis sobre los elementos católicos de la tradición anglicana que se ha visto en los siglos XIX y XX, algunos, especialmente entre el clero, han dejado la Iglesia de Inglaterra y se han pasado a Roma. Algunos centenares de convertidos han logrado los católicos en la casi totalmente protestante Escandinavia.

Los católicos romanos están enviando también misioneros en número sustancial a Sumatra, donde están dirigiendo sus esfuerzos hacia las decenas de millares de protestantes batakos. Sin embargo, tomando el mundo en su conjunto, la Iglesia Católica Romana está haciendo avances mucho menores entre los protestantes que los que los protestantes hacen entre los católicos romanos.

En los siglos XIX y XX la vitalidad de la Iglesia Católica Romana se ha visto en la educación y el pensamiento. Congregaciones cuyo propósito primordial es la educación, han multiplicado las escuelas. Muchos entre el clero secular, es decir, el clero que no toma los votos monásticos como miembros de órdenes, sociedades o congregaciones, han hecho mucho para fundar escuelas. Los seminarios para la preparación del clero y las Universidades católicas se han multiplicado varias veces. En los Estados Unidos ha aumentado el número y mejorado el equipo físico y la inscripción de las escuelas parroquiales, secundarias, "colleges" y universidades. En el siglo actual han aparecido teólogos católicorromanos que han merecido el respeto no sólo de su comunión, sino también de los protestantes. En algunos estudios no teológicos, ha habido eruditos católicorromanos cuyas conquistas les han ganado la estima de especialistas fuera de los límites de su iglesia.

Se han hecho esfuerzos, y en algunos países con mucho éxito para obtener una participación más activa de los laicos. En un organismo como la Iglesia Católica Romana, dominado completamente por la jerarquía, los laicos fácilmente son pasivos. Sin embargo, han estado participando en la vida de su iglesia de diversas ma-

neras. Esa participación toma a veces la forma de asociaciones piadosas, varias de ellas nuevas. Gran parte ha sido a través de lo que se llama la Acción Católica, un movimiento de origen reciente. Bajo la dirección del obispo en cuya diócesis opera, la Acción Católica trata de promover la vida católica en el individuo, la familia y la sociedad en general. La Legión de María, ha alcanzado importancia. El movimiento litúrgico comenzó en la segunda mitad del siglo XIX, y en general ha tenido como propósito la alimentación de la vida espiritual de los laicos facilitando su más inteligente participación en el culto público. Se los instruye para unirse en las respuestas de la misa, y más y más partes de ésta se vierten a los idiomas vernáculos. Los papas han estimulado la comunión frecuente. En la misma dirección han señalado los congresos eucarísticos, algunos de ellos regionales y otros de carácter mundial. A ellos han asistido decenas de millares. En los siglos XIX y XX ha sido acentuada, tanto entre los "religiosos" como entre los laicos, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que da énfasis al amor sacrificial de Cristo, a la consagración a Cristo para hacer reparación por sus sufrimientos, y a la comunión frecuente.

Se ha dado creciente énfasis al culto de la Virgen María. Esto se ha hecho en parte, como ya hemos visto, mediante la proclamación, en 1854, de la Inmaculada Concepción como dogma obligatorio para todos los cristianos, seguida un siglo más tarde, en 1950, por la proclamación del dogma de la Asunción corporal de la Virgen. El hecho de que estas proclamaciones, especialmente la segunda de ellas, sobre cuestiones en que la opinión ilustrada de la Iglesia Católica Romana no ha

sido unánime, hayan sido aceptadas por clérigos y laicos sin protestas muy notables, es una indicación del creciente reconocimiento de la autoridad del papado y de la popularidad del culto de la Virgen. También se ha informado frecuentemente de milagros atribuídos a la Virgen, y han surgido santuarios para adoración y curación mediante su intercesión. El culto de la Virgen no es en manera alguna una creación moderna. Floreció durante muchos siglos y alcanzó prominencia en la Edad Media. Ahora se ha acentuado.

Aquí, pues, en la Iglesia Católica Romana, tenemos la más grande de las iglesias. Muchos de sus hijos nominales, su fe destruída o sacudida por la ciencia que es una fase de la revolución, y en protesta contra algunas de las cosas que se practican en nombre de la Iglesia y contra la conducta de algunos clérigos, o mantienen simplemente una ligera conexión con la Iglesia o la han repudiado del todo. Otros han naufragado en la marea del secularismo. Hay, sin embargo, una gran minoría leal. Esa minoría está estrecha y efectivamente bajo la dirección del papado. En realidad, el papado tiene ahora más autoridad que nunca antes sobre los católicos romanos practicantes. La lealtad y la autoridad son reforzadas por los "religiosos", aquellos que han tomado los votos monásticos en una u otra de las órdenes, sociedades y congregaciones, algunas de ellas antiguas y otras de reciente creación.

La Iglesia Católica Romana es una mezcla. Por un lado, superstición, ignorancia, intrigas políticas, celos internos entre obispos y entre órdenes monásticas, y corrupción moral. Por otro lado, adhesión a los credos que durante siglos la mayoría de los cristianos han

aceptado como breves formulaciones intelectuales del evangelio, pensamiento elevado y profundo, devoción abnegada, servicio humilde a los enfermos y los pobres, y vidas de gran pureza y hermosura. La minoría leal rechaza muchos de los aspectos de la revolución; pero no está primordialmente a la defensiva. Está tratando de ganar a toda la humanidad para el evangelio tal como ellos lo entienden.

Las iglesias orientales no se destacan tanto en la escena contemporánea como la Iglesia Católica Romana o el protestantismo. Algunas aún no han sido afectadas profundamente por la revolución. Todas ellas han sentido la repercusión de las guerras.

Así los nestorianos sufrieron mucho en las matanzas relacionadas con la Primera Guerra Mundial y los nacionalistas turcos aprovecharon la ocasión de esa lucha para limpiar su territorio de la mayoría de los armenios, y después del conflicto deportaron a la mayor parte de los griegos ortodoxos. La Iglesia de Etiopía se vio envuelta en la tentativa de Mussolini de conquistar Abisinia.

El más grande de los cuerpos orientales, la Iglesia Ortodoxa Rusa, ha recibido fuertes golpes de la revolución. Durante el siglo XIX llegó a Occidente la marea del escepticismo intelectual y se hizo sentir particularmente entre los intelectuales. Durante siglos la Iglesia Ortodoxa Rusa había estado ligada estrechamente con el estado. Y desde los cambios introducidos por Pedro el Grande en el siglo XVIII había sido particularmente sumisa. Con el advenimiento del comunismo, la anterior relación con el régimen zarista resultó aún más perjudicial. La iglesia y el estado

fueron separados y las propiedades eclesiásticas pasaron a ser posesión del estado. Si bien teóricamente se concedió libertad religiosa, en la práctica las funciones de la iglesia se vieron reducidas al culto público. Se prohibió la instrucción religiosa de la juventud en las escuelas y se la hizo difícil aun informalmente y en familia. Los monasterios fueron disueltos y se hizo prácticamente imposible la preparación para el sacerdocio. Se obstaculizó la publicación de literatura religiosa. Muchos sacerdotes fueron sentenciados a trabajos forzados en el norte y en Siberia. Numerosas iglesias fueron convertidas en museos para exaltar la ciencia y difamar la religión, o en cinematógrafos. Se fomentaron las divisiones en la Iglesia. Fue estimulada la Unión de los Sin Dios, y por medio de ella se preparó y llevó a cabo un vasto y variado programa de propaganda antirreligiosa. Ningún cristiano podía ser miembro del partido comunista. A medida que ha transcurrido el tiempo, las medidas anticristianas se han atemperado. En la invasión alemana, durante la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia Ortodoxa arrojó todo su peso de parte de la resistencia. En la guerra fría con el Occidente cuenta con el apoyo del Kremlin. Ha sido útil al estado en la extensión de la influencia rusa a los Balcanes y el Medio Oriente. Pero el añublo del comunismo ruso ha descendido sobre las iglesias ortodoxas de Rumania y Bulgaria, y las ha debilitado.

Después de 1917 y el advenimiento al poder de los comunistas, muchos miembros de la Iglesia Ortodoxa Rusa buscaron refugio en Europa occidental. Con ayuda protestante se creó en París un importante centro para la preparación y distribución de literatura, y

para los estudios constructivos. Aquí fue donde Berdiaeff produjo algunos de los escritos que han tenido profunda influencia no sólo entre los ortodoxos, sino también entre los protestantes.

A través de las migraciones que han sido una de las fases de la revolución, las iglesias orientales han sido implantadas en otros países, particularmente en las Américas. Se las encuentra en la América del Sur y son particularmente fuertes en los Estados Unidos. La más grande numéricamente es la Ortodoxa Rusa, pero la Ortodoxa Griega es también floreciente y algunas de las otras tienen congregaciones.

Aunque han recibido fuertes golpes de las fuerzas resultantes de la revolución, todas las iglesias orientales sobreviven. Han ganado pocos conversos, ya sea entre los no cristianos o entre otros cuerpos cristianos, pero mediante la emigración se han extendido fuera de Europa y Asia, especialmente hacia las Américas.

¿Qué tiene el protestantismo en común con la Iglesia Católica Romana y las iglesias orientales? ¿En qué difiere fundamentalmente de ellas?

Evidentemente existe mucha afinidad. Todos ellos reverencian a Jesucristo como el Hijo de Dios mediante el cual Dios ha obrado para redención del hombre. Todos reverencias las Escrituras. Todos creen en el nuevo nacimiento a través del Espíritu Santo y tienen el bautismo y la Cena del Señor (eucaristía). Todos ellos han tenido y tienen personas que son palpablemente cristianos. Todos repiten el Padrenuestro.

Sin embargo, existen diferencias y contrastes fundamentales.

Es fácil enumerar los contrastes entre la Iglesia

Católica Romana y el protestantismo. Entre ellos se encuentran cuestiones tales como el rechazo por los protestantes de la transubstanciación, el monasticismo (con algunas excepciones), y el culto de la Virgen María, junto con la inmaculada concepción y la asunción. Un punto tradicional de división ha sido la convicción protestante en cuanto a la justificación por la fe. Los católicos romanos creen que la fe es necesaria para la salvación, pero tienen lugar también para las buenas obras como un medio adicional, eficaz, y rechazan la afirmación protestante de que la justificación es solamente por la fe y que el hombre no puede hacer nada para ganar el favor de Dios. También son principios básicos del protestantismo el sacerdocio de todos los creyentes y el derecho y deber del juicio individual. Para los católicos romanos estos principios son errores altamente peligrosos que ponen en peligro la salvación eterna de las almas. La Iglesia Católica Romana distingue netamente entre el clero y los laicos y coloca el dominio de la Iglesia en manos del primero. Ella sostiene que debe haber un centro de autoridad para salvaguardar el evangelio de perversiones y definir lo que es necesario para la salvación. Para ella ese centro es el Papa, quien, como sucesor de Pedro estaría divinamente comisionado e infaliblemente inspirado en cuestiones de doctrina y moral. Sólo así, sostiene la Iglesia Católica Romana, puede el hombre estar seguro de que el evangelio ha sido transmitido sin adulteración. En contraste, para los protestantes esta doctrina del papado es una trágica perversión del evangelio y una negación de lo que es parte de la centralidad del evangelio.

En la posición y autoridad del papado se encuentra la diferencia básica entre el catolicismo romano y el protestantismo. Para los protestantes, el riesgo que Dios corrió al enviar a su Hijo y permitir que fuera crucificado está cercano al corazón del evangelio. El dio al hombre libre albedrío suficiente aun para rechazar y crucificar a su Hijo. Y después de la crucifixión y la resurrección no se apartó de ese precedente, sino que dio a los hombres libre albedrío suficiente para interpretar mal y pervertir el evangelio. El intentar salvaguardar al evangelio mediante una institución supuestamente infalible, reforzada por credos y con autoridad para obligar a los descarriados y recalcitrantes, es contrario al método de Dios. Una y otra vez llevó a persecuciones crueles y sangrientas, en trágico contraste con el amor de Dios que se mostró en la encarnación y en la crucifixión; negación del evangelio, tanto más terrible cuanto que se hizo en nombre del evangelio. En muchas ocasiones este intento de preservar el evangelio colocó en el trono papal a hombres de los cuales Alejandro VI es un ejemplo destacado, cuyo carácter y crímenes son considerados por los católicos romanos informados como una desgracia para el cargo. Más grave que las vidas delictuosas de algunos de los portadores de la tiara —ya que muchos de ellos, inclusive la mayoría de los papas de los últimos dos siglos, han estado por encima de cualquier reproche— es el hecho de que la doctrina de la infalibilidad papal sea fundamentalmente un repudio de la manera en que Dios ha obrado para la redención de los hombres. No admitiendo que en la aparente debilidad e insensatez de Dios al permitir que su Hijo fuera crucificado se

ven su fuerza y sabiduría, esa doctrina trata de proteger el evangelio mediante arbitrios humanos adventicios. Al hacer lo cual se acerca peligrosamente a la negación del evangelio. Amenaza para el evangelio que es tanto más peligrosa cuanto que obedece a una presunta fidelidad a Cristo y su evangelio.

Con su énfasis sobre la justificación por la fe del individuo, el sacerdocio de todos los creyentes y el derecho y deber del juicio individual, el protestantismo está mucho más cerca que el catolicismo romano de responder al evangelio y a la forma en que Dios procedió cuando envió a su Hijo al mundo. El énfasis del protestantismo tiene sus peligros, como es obvio para cualquiera que conozca la historia del cristianismo o que esté familiarizado con su condición actual. Muchos protestantes han acentuado tanto el derecho y deber del juicio individual, que han pasado por alto la primacía de la fe. Otros, reconociendo los peligros, han procurado salvaguardar el evangelio, con medidas e instituciones similares a las desarrolladas por la Iglesia Católica Romana. También se han hecho culpables de la utilización de medios humanos, a veces aun la violencia física, para doblegar a los que no concordaban con ellos. Cuando así han procedido han sido, como lo ha sido la Iglesia Católica Romana, una amenaza para el evangelio. Sin embargo, con su énfasis el protestantismo ha conseguido revelar el corazón del evangelio, que para muchos millares había sido oscurecido total o parcialmente por la Iglesia Católica Romana.

El hecho de que tanto en el protestantismo, a pesar de los peligros que entraña, como en la Iglesia Católica Romana, aunque algunas de sus convicciones básicas

sean contrarias al Evangelio, hayan aparecido y continúen apareciendo vidas indudablemente cristianas, es evidencia de que Dios no es derrotado por la ceguera del hombre o su pecado y falta de confianza.

Aunque en forma algo distinta, las iglesias orientales han sucumbido a los mismos peligros que la Iglesia Católica Romana. Han tratado de asegurar la transmisión inalterada del evangelio, de generación a generación. Para hacerlo han confiado en la tradición invariable y en la autoridad colectiva de la Iglesia. Este procedimiento ha sido fortalecido por la amenaza secular del Islam. Por razones geográficas las iglesias orientales tuvieron que enfrentar la amenaza mucho más que lo que tuvieron que hacerlo la Iglesia Católica Romana o el protestantismo. Es ilustrativo que haya muchos en las iglesias orientales que acusan al protestantismo de haber errado entregándose al racionalismo. Los que así piensan señalan la esencia de la diferencia entre las iglesias orientales y el protestantismo. Las iglesias orientales rechazan el derecho y deber del juicio individual. En cuestiones de fe dependen de la tradición de los ancianos y del consenso de toda el ala de la Iglesia a la que pertenecen. Entre las iglesias orientales la sumisión al estado ha contribuído al alejamiento del mundo, poniendo énfasis en las virtudes monásticas, la oración interior y la adoración mediante la liturgia. En ello hay muchas cosas que los protestantes podrían aprender con provecho. No obstante, también ellas han falseado el evangelio. No han podido apreciar la libertad con que Cristo hace libres a aquellos que acuden a él con fe. Ellas también niegan que la justificación sea por la fe solamente.

El protestantismo tiene mucho en común con las otras grandes ramas del cristianismo. Es coheredero con ellas del evangelio, del cual, igual que ellas, es sólo un imperfecto receptáculo. A menudo se ha acomodado a su ambiente, sacrificando la plenitud del testimonio del evangelio. Sin embargo, está más cerca del evangelio que las otras ramas de la fe. Ha desplegado y continúa desplegando mayor vitalidad, ya sea como fuente de la revolución, o como medio para afrontar constructivamente el desafío de la revolución.

Capítulo VII

PROGRAMA PARA LOS PROTESTANTES

¿Qué debieran hacer los protestantes para estar a la altura del desafío que el mundo de nuestros días les lanza? Hay en este mundo necesidades persistentes, que no han variado esencialmente desde el amanecer de la historia. No obstante, este mundo está experimentando una revolución de magnitud sin precedente. Están las preguntas seculares que los hombres se han estado haciendo y se hacen todavía, acerca de la naturaleza del mundo en que se encuentran colocados, acerca del mal y el sufrimiento, acerca de su propia naturaleza, y acerca de las condiciones en que se encontrarán después de su muerte física. Está la perenne lucha interior entre las mejores aspiraciones de los hombres y aquellas otras que los arrastran a un nivel de vida subhumano. ¿A qué normas han de aspirar? ¿Cómo pueden triunfar en la lucha contra el mal? Estas preguntas se intensifican por la revolución que está poniendo en duda las antiguas respuestas, sacudiendo fundamentos otrora estables, y planteando urgentes problemas que a menudo parecen demasiado grandes

para tener solución. Los patrones corrientes de la vida están cambiando. Fuerzas creadas en gran parte por el hombre, encierran posibilidades, por un lado, para el enriquecimiento de la vida —física, social, intelectual y espiritual— y por otro lado, para el aumento de la miseria y aun para la destrucción de la civilización y la extinción de la humanidad. Como hemos recordado repetidamente, esta revolución que surgió en lo que se acostumbraba llamar la cristiandad occidental, últimamente ha tenido sus fuentes entre pueblos que profesan el protestantismo más bien que entre los católicorromanos, y menos aun entre los dominados por las iglesias ortodoxas. ¿Qué tienen los protestantes que decir a aquellos que están envueltos en la revolución?

Hemos visto algo sobre los desarrollos experimentados por el protestantismo en los últimos dos siglos y especialmente durante el siglo en curso. Hemos notado la asombrosa difusión geográfica y el progresivo debilitamiento del vínculo entre iglesia y estado con el consiguiente aflojamiento del dominio de la Iglesia por el estado. Hemos llamado la atención al creciente predominio de las corrientes puritano-pietístico-evangélicas en el protestantismo, corrientes que están más de acuerdo con los principios que distinguen al protestantismo de la Iglesia Católica Romana y las iglesias orientales, y están más en consonancia con el evangelio que la tradición heredada de los días anteriores a la Reforma, de bautizar a todos los residentes dentro de un país o una región determinados como parte de las costumbres del pueblo. Hemos visto los nuevos movimientos que han surgido del protestantismo, alguno de los más importantes por iniciativa laica y con dirección laica.

También hemos visto cómo algunos de esos movimientos están tratando de resolver los clamantes problemas de la época, inclusive el de la guerra. Hemos subrayado la forma en que muchos protestantes han estado afrontando las cuestiones suscitadas por el aumento de los conocimientos del hombre sobre su medio ambiente y sobre sí mismo. Hemos observado la forma en que, a pesar de la diversidad característica del genio de su rama de la fe, los protestantes están abriendo nuevos caminos hacia la unidad.

A la luz del desafío, de las características distintivas del protestantismo y de los desarrollos de éste durante los dos siglos últimos, y especialmente en los últimos años, ¿qué programa debieran adoptar los protestantes en los días inmediatamente por venir? La naturaleza del protestantismo, con su énfasis sobre el derecho y deber del juicio individual excluye la posibilidad de que una sola organización pueda trazar un programa que sea aceptable para todos. Sin embargo, ese mismo derecho y deber ponen sobre todos los protestantes la obligación de prestar atención al desafío y buscar maneras de hacerle frente. La mayor parte de esos esfuerzos deben realizarse en el nivel local, porque cada cual debe tratar de afrontar el desafío donde se encuentra. Sin embargo, hay una ventaja en que cada uno de nosotros en una determinada comunidad, tratemos de examinar nuestros propios esfuerzos comparándolos con la perspectiva global de la escena. A veces nos sentimos anonadados por la magnitud y complejidad de los desafíos que nos confrontan, ante los cuales el individuo parece impotente. Sin embargo, más de nosotros debemos hacer lo que podamos en la localidad

particular en que estamos colocados, y a la vez atrevernos a pensar y actuar de manera tal que tratemos de influir en escala mundial. A medida que muchos de nosotros nos aventuremos, no sólo irá surgiendo un consenso de opinión en cuanto a los principales lineamientos del camino, sino también experimentaremos nuevas y hasta ahora insospechadas aventuras. Las sugestiones que siguen se presentan como una posible contribución a ese consenso.

Ante todo, los protestantes deben tratar siempre de entender el evangelio en su riqueza y plenitud y entregarse sin reservas a él. Ninguna rama del cristianismo es una expresión completa e inalterada del evangelio. Este es uno de los riesgos que Dios afrontó en la encarnación. El protestantismo ha sido una tentativa de dar libre curso al evangelio, sin el obstáculo de las debilidades y el pecado del hombre. La relativa libertad para hacer ese intento es parte de la fuerza así como de la debilidad del protestantismo.

La flexibilidad del protestantismo contiene un peligro y una esperanza. El peligro de nuevas desviaciones del evangelio, la esperanza de nuevas intuiciones de la inagotable profundidad y anchura del evangelio. Ningún santo ni ninguna de las muchas variedades del cristianismo ha sido una expresión completa del evangelio. Esto es parte de la aparente paradoja del evangelio. Cuando el apóstol ruega que aquellos a quienes escribe puedan "comprender con todos los santos cual sea la anchura y la longitud y la profundidad y la altura; y conocer el amor de Dios que sobrepuja todo entendimiento humano, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios", está pidiendo algo que no puede ser

enteramente realizado. En lo cual no hace sino reflejar la mente de su Maestro que ordenó a sus discípulos ser perfectos, como el Padre celestial es perfecto. Debido a su énfasis sobre la justificación por la fe, el sacerdocio de todos los creyentes, y el derecho y deber del juicio individual, el protestantismo puede responder a toda las percepciones del evangelio que los cristianos han tenido a través de los años, y a cualesquiera nuevas percepciones que puedan aparecer en los años venideros.

La aspiración de entender el evangelio en toda su plenitud y de una más profunda entrega al mismo tiene varios corolarios.

Los protestantes debemos tratar de aprender todo lo que podamos de los demás cristianos, tanto de otros siglos como del presente. Debemos ser diligentes en apropiarnos de las percepciones de los cristianos de todas las edades y estar dispuestos a ser reprobados e inspirados por las vidas cristianas que hay en las muchas formas del cristianismo. Esto significa que debemos tratar de aprovechar de la experiencia de todas las ramas de la Iglesia, protestantes o no. Debemos estar abiertos a lo que los cristianos han tratado de entender del evangelio y a las formulaciones de sus conclusiones en los credos y confesiones de fe históricos. Haríamos bien en familiarizarnos con las liturgias por medio de las cuales los cristianos han participado en el culto colectivo, desde los primeros siglos. Todos nosotros podemos ser cristianos más inteligentes si nos dejamos enseñar por Orígencs, Agustín, Tomás de Aquino, Lutero, Calvino, Schleiermacher, Kierkegaard, Berdiaeff, Temple, Barth y Brunner —para no mencionar sino unos

cuantos de los pensadores descollantes de varias ramas de la Iglesia. Nos hallaremos en compañía de hombres y mujeres que llegaron lejos en la vida cristiana, si nos relacionamos íntimamente con expertos en la oración tales como los que están incorporados en la **Philokalia**, la **Teología germánica** y la **Imitación de Cristo,** con los relatos de Francisco de Asís dejados por sus amigos íntimos, y con lo que ha sobrevivido de las plumas de Bernardo de Claraval, Eckhart, Ruysbroeck, Teresa de Avila, Pascal, Fenelón, Jacobo Boehme, Jorge Fox, Juan Bunyan, Juan Woolman, Evelyn Underhill y Dietrich Bonhoeffer —otra vez unos cuantos escogidos casi al azar y a través de los siglos y de diferentes comuniones. Afortunadamente, los compiladores de varios de nuestros himnarios han bebido de muchas edades y muchas ramas de la Iglesia. Aquellos enseñados por Cristo volcaron sus aspiraciones y su fe en himnos cuyo lenguaje trasciende nuestras divisiones. Al familiarizarnos con la biografía cristiana, nuestra falta de fe y devoción son reprobadas, nuestros horizontes se elevan, nuestra visión se estimula, nuestro coraje se fortalece, y nuestras oraciones se hacen más profundas y más vitales, porque vemos lo que Dios ha realizado a través de aquellos que en todas las edades y en todas las secciones de la Iglesia se han entregado plenamente a él.

Esto no significa que para crecer en la gracia y en el conocimiento de Cristo sean necesarias todas estas lecturas. La mayoría de nosotros no tendremos tiempo ni oportunidad para ello. En la Biblia, estudiada y obedecida fiel e inteligentemente, se encuentra todo lo necesario. Sin embargo, nuestra apreciación de lo que

hay en la Biblia puede ser grandemente enriquecida si trabamos amistad con los grandes cristianos de todos los tiempos, a través de sus escritos y de los escritos sobre ellos. Tal vez a medida que aumente el número de nuestros amigos entre ellos nos sorprendamos al ver de cuántas maneras y mediante cuántas corrientes distintas del cristianismo, el Espíritu Santo, tal como el sagrado relato dijo que lo haría, ha estado tomando las cosas de Cristo y enseñándoselas a sus discípulos.

Tampoco debe esto significar un eclecticismo indiscriminado, una descuidada e inmatura mescolanza de elementos de muchas fuentes, recíprocamente incompatibles. Como protestantes debemos recordar que la entrada en la vida cristiana se realiza por la fe, que es una maravillada, humilde y agradecida aceptación de lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo y una entrega plena a él. Es a la luz de esa fe que debemos aplicar el derecho y deber del juicio individual al juzgar lo que recibimos de otros cristianos. No es forzar las Escrituras sugerir que algo parecido debe haber sido lo que el apóstol tenía en mente cuando dijo que "el que es espiritual juzga todas las cosas". Otro precepto apostólico es peculiarmente adecuado: "Examinadlo todo; retened lo que fuere bueno".

Parte del privilegio de los cristianos es comenzar a entrar conscientemente en esta vida, en lo que afirmamos en el Credo —"la comunión de los santos"— y comprender que por la "misericordia y bondad" de Dios "somos miembros del cuerpo místico" de su Hijo, "que es la bienaventurada compañía de todos los fieles". Frente a las divisiones de su iglesia, Pablo recordaba a los cristianos de Corinto que "todo es vuestro: sea

Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir; todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios". Si pudiera hablarnos hoy, seguramente Pablo nos diría que todo lo que procede de Cristo es nuestro, sea que esté en las iglesias orientales, o en la Iglesia Católica Romana, o en las diversas comuniones protestantes.

Debido a su flexibilidad en comparación con las otras ramas del cristianismo, el protestantismo tiene una ventaja. Los protestantes pueden ser más inclusivos que los demás, más católicos en el sentido de universal. Hay en esto un peligro, como repetidamente nos los recuerdan los críticos del protestantismo. Pero como también hemos dicho, corresponde al riesgo que Dios afrontó en la encarnación y afronta aún al continuar obrando a través de su Espíritu Santo. Esto es parte del desafío a los protestantes. ¿Podemos poner en nuestra fidelidad al evangelio tal discernimiento que nos sea posible aprovechar lo que han logrado otros que trataron de entregarse a él y, así profundizada nuestra percepción, testifiquemos mejor el evangelio en toda la plenitud de su hermosura de lo que lo han hecho los cristianos de cualquier otra rama del cristianismo?

Otro de los corolarios de ese afán de entender el evangelio en toda su riqueza y de una entrega más profunda a él, es el anhelo de aplicar al evangelio y a su aplicación a los individuos y la sociedad cualquier verdad que se haya descubierto mediante la ciencia y la preparación moderna.

Esto tiene muchos aspectos. Significa afrontar honradamente los descubrimientos relacionados con el universo físico acerca de la larga historia de este planeta

y de la vida sobre el mismo, y lo que la ciencia ha comprobado sobre el origen y el desarrollo del hombre. Aquí, como todos sabemos, ha habido y hay todavía una fuente de dificultades. Esto se debe en parte a que erróneamente se han interpretado algunas hipótesis como si fueran hechos comprobados. En parte, se debe a que algunos hombres de ciencia, saliendo del campo en que son expertos, han hecho declaraciones, a menudo con dogmática seguridad, sobre el cristianismo, un asunto en el cual no son competentes.

Otro aspecto es aprovechar todo lo que los estudios modernos han constatado acerca de los autores de los distintos libros de la Biblia y especialmente sobre el ambiente intelectual, religioso y cultural en que fueron compuestos. Los protestantes deben acoger todo aquello que arroje luz sobre el evangelio, tal como al principio fue entregado al hombre. Al hacer esto debemos aprovechar los muchos instrumentos de la técnica. Sin embargo, debemos valorar esos instrumentos y no aceptarlos sin discriminación. También en este campo han sido presentadas conjeturas como si hubieran sido hechos comprobados. Muchos eruditos han estado tan preocupados con fechas y formas de composición que han perdido de vista al verdadero mensaje de las Escrituras. Algunos otros, posiblemente sin mala intención pero ciertamente con una falsa y engañosa pretensión de objetividad, han ignorado o declarado insostenible la confianza cristiana en que las Escrituras son la Palabra de Dios, y en consecuencia han perdido por completo de vista la forma en que Dios ha hablado —y aún habla.

Los protestantes deben acoger toda la luz que arro-

jan sobre el evangelio las diversas formas en que se ha expresado a través de los siglos transcurridos desde que fue escrito el Nuevo Testamento. En su esfuerzo para volver al evangelio en su prístina pureza, algunos han desechado como una corrupción del evangelio todo el subsiguiente desarrollo del cristianismo. Esto es ignorar la forma en que Dios ha obrado a través de los siglos por medio del evangelio.

Un aspecto más del vasto campo de verdad pertinente es lo que la psicología ha puesto de manifiesto acerca de las operaciones de la mente humana. Siendo tan reciente la mayor parte de la investigación en este terreno, es todavía materia debatible. La situación se complica más aún por la popularidad de la psicología. Millares se precipitan hacia ella en la esperanza de que les ayude a hallar una vida plena. Además, algunos psiquiatras, en un intento de liberar a sus pacientes del sentimiento de culpa, han tratado de eliminar a Dios y las normas morales cristianas. Sin embargo, millares de cristianos están hallando salud y ayuda para una vida más rica a través de la psicología y la psiquiatría.

Es innegable que existe un peligro en afrontar honestamente los resultados de la exploración histórica, científica y psicológica. Sin embargo, el cristiano debe creer que toda verdad es de Dios, y que puesto que el evangelio es de Dios y Cristo es la verdad, nada que sea verdadero puede desacreditar al evangelio. Si se separa lo que está bien establecido de las hipótesis que forman parte del método por el cual se comprueba la verdad, si se lo distingue claramente de las teorías con que los hombres pretenden relacionar e interpretar los

hechos, pero que a menudo también son simples conjeturas, nunca puede perjudicar al evangelio. Lo que se comprueba ser verdad en un campo cualquiera de los conocimientos humanos, sólo puede, si se lo utiliza correctamente, ampliar y enriquecer nuestra comprensión del evangelio, de Dios, y de la forma en que Dios habla.

Aquí los protestantes están en mejor situación que los no protestantes para entender e interpretar el evangelio. Con su énfasis sobre la justificación por la fe, el sacerdocio de todos los creyentes y el derecho y deber del juicio individual, el protestantismo fomenta una mayor libertad y osadía en el discernimiento de la relación entre las nuevas verdades descubiertas y el evangelio. En esto hay un aspecto del desafío a los protestantes.

Parte esencial del programa para los protestantes es el propósito de buscar y ganar a todos los hombres para el discipulado.

A primera vista parece haber en el Nuevo Testamento ambigüedad y aun contradicción. Por un lado se nos dice que "ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a destrucción y muchos son los que por ellos entran" y "estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan". En la escena del juicio final se dice que los que están a la izquierda irán "al castigo eterno" y los justos, que están a la derecha, a "la vida eterna". Por otro lado, Jesús enseñó a sus discípulos a orar: "Sea hecha tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Esto significa el cumplimiento perfecto del propósito de Dios. Puesto que Dios es amor, ese propósito debe ser un propósito de amor. Se nos dice además, que "Dios no

quiere que nadie se pierda, sino que todos vengan al arrepentimiento", y que "no envió Dios a su Hijo al mundo para que condene al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él". Se nos informa también que el Cristo resucitado ordenó a sus discípulos hacer "discípulos de todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden las cosas que os he mandado".

¿Pueden ser reconciliadas estas aparentes contradicciones —y las muchas otras semejantes a éstas—? ¿No significan que como cristianos no hemos de satisfacernos con menos que lo inalcanzable? Como hemos visto esto es cierto en relación con los individuos. Se nos ordena ser perfectos como nuestro "Padre que está en los cielos es perfecto". Se nos promete que "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para que nos perdone nuestros pecados, y nos limpie de **toda** maldad". Pero aun el mismo Pablo admitía francamente que no había alcanzado todavía la perfección, y que proseguía "hacia el blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús". Sabiendo que en esta carne no hemos de alcanzar la perfección, se nos alienta a esforzarnos hacia la perfección con la confiada esperanza de que más allá de la etapa presente de la vida alcanzaremos esa meta por la gracia de Dios. Así, a la vez que afrontamos realistamente el hecho de que dentro de la historia el mundo que crucificó a Cristo no ha de ser plenamente salvado, hemos de orar para que sea hecha la voluntad de Dios y que todos los hombres se arrepientan, y hemos de tratar de hacer discípulos en todas las naciones y enseñarles a observar lo que Jesús ordenó a sus discípulos inmediatos —manda-

miento que incluye el ser perfectos como Dios es perfecto.

Si esta es una manera correcta de entender el propósito de Dios y la comisión de Cristo, el desafío a los protestantes incluye el traer a todos al conocimiento del evangelio y de esa manera tratar de ganarlos para el discipulado, incorporarlos a la Iglesia mediante el bautismo, y enseñarles a hacer, en sus vidas personales y en sus relaciones los unos con los otros, lo que Jesús ordenó al círculo íntimo de sus discípulos en el Sermón del Monte y otros lugares. Esto significa que el audaz lema adoptado por algunos estudiantes cristianos a fines del siglo XIX: "La evangelización del mundo en esta generación", era menos atrevido que el programa de su Maestro. Ellos sólo querían proporcionar un conocimiento inteligible del evangelio a todos los que vivían en sus días. No implicaba hacerlos discípulos o enseñarles a obedecer todo lo que Jesús mandó. El programa para los protestantes debe ser más inclusivo.

¿Qué significa esto para los protestantes en nuestro mundo revolucionario? Evidentemente, abarca el esfuerzo de presentar el evangelio a cada individuo, por palabras y hechos, en forma tal que él o ella entienda al menos algo de su contenido y significación. No es necesario esperar una comprensión plena. Aun entre los cristianos maduros son pocos los que han comprendido toda la riqueza del evangelio —si es que hay alguno. Debemos laborar de tal manera que los hombres no ignoren el evangelio, sino que o lo acepten conscientemente o lo rechacen. Debemos tratar de alcanzar a aquellos actualmente separados por el comunismo del contacto directo con la mayoría de los cristianos. Nues-

tro programa debe abarcar a los millones que, físicamente accesibles a los representantes de Cristo, nunca han oído siquiera su nombre. Deben arbitrarse los medios para alcanzar a los trabajadores en gran parte descristianizados de los grandes centros industriales de Occidente, donde las formas de vida hacen casi imposible un contacto estrecho con la instrucción y los servicios de la Iglesia tal como está actualmente organizada. Es imperativo que enfoquemos en una forma distinta a aquellos que han sido repelidos por el cristianismo que han visto en algunos de sus representantes oficiales y en las iglesias que han conocido. Nuestro programa debe incluir esfuerzos para eliminar o al menos aliviar las injusticias crónicas de la sociedad. Debe tratar de substituir la desconfianza, la explotación egoísta, el odio y la guerra, por la cooperación amistosa entre las naciones. Debe esforzarse por eliminar el desdén de una raza por otra y la discriminación de una raza contra otra. Debe inspirar el servicio a los enfermos, los ancianos indigentes, y los pobres. Debe abrir surcos en la lucha contra las causas de la pobreza y el mejoramiento del nivel de vida y las oportunidades educativas de los desheredados. Nuestro programa debe proporcionar formas de conducir a cada cristiano a considerar su ocupación particular como una vocación, a preguntarse qué significa ser cristianos en todas las esferas de la vida. Mediante la instrucción y el ejemplo, debe promover normas cristianas para el matrimonio, las relaciones entre los sexos y la vida familiar. Frente a la secularización de la sociedad, debe presentar el evangelio en vidas que den evidencias de su poder transformador.

Este breve bosquejo de lo que los protestantes de-

bieran emprender en la misión mundial puede parecer utópico y no tomar en consideración el pecado profundemente arraigado en el hombre, así como la magnitud y potencia de las fuerzas conjuradas contra el evangelio. Sin embargo, no está tan alejado de la realidad como a primera vista parecería. Debemos recordar cómo una y otra vez individuos o pequeños grupos, sin dejarse amedrentar por un mal gigantesco e impávidos ante la magnitud de una necesidad imperativa, se han lanzado a la acción. Más de una vez su éxito ha sido muy superior a sus sueños más optimistas. A menudo, con sus limitados recursos personales y económicos, han demostrado en pequeña escala lo que podía hacerse, de tal manera que otros, sin un motivo cristiano tan directo, los han secundado. El mundo no ha sido hecho perfecto. La pecaminosidad básica del hombre subsiste. Pero el mundo sería infinitamente peor si no hubiera sido por aquello que, inspirados por Cristo, han intentado lo que parecía imposible. A través de los siglos aquellos que han sido verdaderamente sus discípulos han sido lo que Jesús dijo que debían ser: la sal de la tierra y la luz del mundo.

El programa para los protestantes debe contener también la ampliación de la base cultural del protestantismo. Más de una vez hemos llamado la atención al hecho de que el protestantismo se originó en el noroeste de Europa y se difundió principalmente por medio de misioneros y por la migración de personas de esa región. Salvo en Francia y la minoría valdense de Italia, en los países latinos no ha surgido espontáneamente ningún movimiento importante estrechamente similar. Como hemos visto, surgieron individuos que aun-

que rechazaban la Iglesia Católica Romana, querían seguir fieles a Cristo. En el período de la Reforma, algunos de ellos, refugiados de sus tierras natales, contribuyeron al protestantismo en el norte de Europa. Sin embargo, aparte de Francia y los valdenses, y aun aquí hubo mucha influencia del norte, el protestantismo entre los pueblos latinos se ha extendido por contagio de europeos del noroeste de Europa, ya sea directamente desde esa región, o desde Estados Unidos y Canadá. Muchos, con una profunda hambre religiosa, que se sintieron repelidos por lo que veían en la Iglesia Católica Romana, no se sintieron cómodos, sin embargo, en las formas del protestantismo que conocían. En forma más o menos similar, entre pueblos de antecedentes no cristianos, las divisiones aparentemente interminables entre los cristianos, y las formas occidentales en que les fue llevado el cristianismo han sido para ellos una piedra de tropiezo. ¿Hay alguna esperanza de divorciar al protestantismo de sus antecedentes europeos noroccidentales de modo que pueda arraigarse realmente en pueblos de otras culturas y desarrollar allí formas características? Puesto que, por su genio el protestantismo es más flexible y está más cerca del evangelio que las otras formas principales del cristianismo, esto es lo que sería de esperar.

Es estimulante notar que el protestantismo se está extendiendo cada vez más desde centros indígenas y grupos con poca o ninguna ayuda de los protestantes del noroeste de Europa, los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia. Esto se ve en Rusia, donde la obra bautista está en estado floreciente, aunque durante varias décadas no ha tenido ni ayuda ni tan

siquiera contacto con los protestantes de otros países. En la América Latina está sucediendo lo mismo, en escala creciente. Es verdad que aún se recibe ayuda en forma de personal y en otras formas, de Europa, Gran Bretaña, Canadá y especialmente los Estados Unidos; sin embargo, más y más el protestantismo está extendiéndose independientemente de esa ayuda. Es significativo que en la América latina el nombre preferido no sea protestante, pues éste está demasiado asociado con circunstancias históricas y geográficas, sino evangélico, a saber, el cristianismo que es fiel al evangelio. En la China, actualmente los protestantes están completamente separados de los protestantes de Occidente, salvo la unión en la oración, por disposición del gobierno comunista. Sin embargo, sus iglesias continúan. Aunque han perdido en números, están ganando nuevos conversos mediante su testimonio. En una cantidad de otros países fuera de Occidente el protestantismo se está volviendo menos dependiente que antes de los protestantes de Occidente.

No debiéramos desanimarnos si el protestantismo es lento en echar raíces en un pueblo o una cultura particulares. El evangelio desafía al mundo y suscita su hostilidad. En este sentido es siempre extraño. El símbolo principal del cristianismo es la cruz. Memorial del acto redentor de Dios en Cristo, la cruz es también un símbolo del rechazo de Cristo y su evangelio por el hombre. Si, como ellos creen, la forma del cristianismo por la cual el evangelio ha llegado hasta ellos es una expresión más fiel de éste que cualquier otra, los protestantes no debieran atribuir la lentitud del avance solamente a cuestiones relacionadas con su particular herencia cul-

tural. Puede que en parte se deba a ellas. Puede también que sea por su imperfecta presentación del evangelio. Pero también puede deberse a la inherente resistencia del hombre pecaminoso a Dios. Además, hay en el evangelio algo que obra para su aceptación, aun a pesar de la indignidad de sus representantes. Es universal, y a él responden las almas hambrientas, no importa cual sea su herencia cultural. Cuando el vidente inspirado contempló delante del trono una gran multitud que nadie podía contar, de todas las naciones y linajes y pueblos y lenguas, vestidos con ropas blancas y con palmas en sus manos, no hizo sino anticipar lo que está empezando a ser una realidad en estos días de revolución. La universalidad, el carácter supracultural del evangelio están siendo demostrados. Casi no queda tribu o pueblo en en que no haya alguien que testifique con su vida y su palabra del poder transformador del evangelio tal como es presentado por los protestantes.

Evidentemente una parte importante del programa para los protestantes debe ser el continuar aventurándose en el movimiento hacia la unidad cristiana. Este movimiento, con todo su crecimiento, está aún en su infancia, si hemos de ser fieles a nuestra misión. Recientemente los dirigentes del movimiento ecuménico han estado utilizando un lema: "Llamado a la misión y la unidad". Esto es formular en lenguaje levemente distinto la memorable oración de que todos los que creen en Cristo "sean uno... para que el mundo crea". Esta es otra meta aparentemente imposible de alcanzar. La oración completa es: "Que todos sea una cosa; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que ellos sean una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tú me envias-

te''. Por más que se trata de una aspiración probablemente imposible de ser realizada dentro de la historia, lo mismo que las otras metas colocadas delante de los cristianos en el Nuevo Testamento, no está destinada a verse frustrada. Ella, como las otras, nos juzga. Pero también establece el propósito de Dios en el evangelio. El evangelio es siempre eso: "buenas nuevas". Parte de las "buenas nuevas" es que Dios ha hecho a los hombres de tal manera que su meta para ellos es una perfecta comunión de amor con él y los unos con los otros, y que por medio del Espíritu Santo él está determinado a superar la aparente derrota que le inflige el pecado de los hombres y "mostrar en las edades por venir las inescrutables riquezas de su gracia en su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús".

Como hemos visto, una de las maravillas de esta época revolucionaria es la forma en que, en medio de sus tormentas, los cristianos han estado acercándose de nuevas maneras, gracias al dividido protestantismo. Empezaron a hacerlo no por miedo a la revolución, sino por el deseo de dar un testimonio más eficaz del evangelio. Históricamente, la "unidad" ha estado surgiendo de la "misión".

Esto debe continuar. En la aventura hacia la "unidad" la misión debe continuar siendo el motivo impelente. Si los cristianos deben continuar buscando la unidad, es "para que el mundo crea".

La unidad por la cual se ora no es una unidad de organización, sino de amor. El ''nuevo mandamiento'' a los discípulos fué el de amarse unos a otros, como Cristo los había amado. Por esto todos los hombres sabrían que ellos eran discípulos de Cristo. Aquí había

algo "nuevo". Cuando el cristianismo es fiel al evangelio este amor lo distingue de las otras religiones. No es algo que se obtiene con la organización. La organización puede ayudar, pero también puede estorbar. De esto debieran ser prueba suficiente los celos y rencores dentro de los cuerpos eclesiásticos, en ninguna parte tan marcados como en el más grande de esos cuerpos, la Iglesia Católica Romana. Esta iglesia pretende ser el único camino divinamente ordenado hacia la unidad. Sin embargo, está dividida por rivalidades y tensiones entre individuos, aun algunos que ocupan elevadas posiciones, y entre las órdenes, cuerpos que se supone están completamente dedicados a Cristo. Estas son grietas en la unidad de amor. Algo muy semejante se puede decir de las iglesias orientales. Pero los protestantes no tenemos de qué jactarnos. En nuestras filas se destacan similares negaciones del amor. Ellas son evidencias de pecado del cual la gracia de Dios en Cristo no ha emancipado aún del todo a aquellos en quienes ha comenzado a obrar. El que haya tanto amor y tanta intranquilidad de conciencia porque el amor está tan lejos de ser perfecto, es evidencia de que la oración antigua continúa siendo contestada y que Dios no nos ha retirado su Espíritu Santo.

Parte del desafío a los protestantes es, pues, abrir nuestros corazones al Espíritu Santo para que Dios pueda continuar guiándonos en nuestros esfuerzos hacia la unidad. Unidad no significa uniformidad. Ni implica el llevar a todos los cristianos al seno de una organización inalterable. Esto sería una violación de los principios fundamentales del protestantismo y que los protestantes creemos son fundamentales en el

evangelio. Algunas de las organizaciones a través de las cuales halla expresión el movimiento ecuménico han de pasar. Otras serán modificadas. Se agregarán otras nuevas. Estos cambios pueden ser evidencias de vitalidad. Si los cuerpos ecuménicos dejaran de cambiar y no se agregaran otros, este particular camino hacia la unidad cristiana, ahora tan lleno de esperanza, se estaría aproximando a un punto muerto. Dios no sería derrotado, pero buscaría otros que respondieran mejor a su Espíritu Santo. Prueba de que a través del movimiento ecuménico Dios continúa hallando cristianos que le responden, es el hecho de que aquél se mantiene aún flexible y expansivo. Los protestantes no pueden conformarse con menos que extender el movimiento ecuménico hasta que en una u otra forma todos los que profesan y se llaman a sí mismos cristianos sean llevados mediante él a esa unidad. Esto ahora parece imposible. Pero cuando consideramos los asombrosos progresos testificados en las pocas décadas últimas tenemos fundamentos para esperar que las décadas inmediatamente por venir también vean ganancias.

Cada uno de los puntos del programa que hemos tratado de bosquejar es importante. Mucho más importante es el desafío a los protestantes a ser fieles al evangelio y darle más y más libre curso. Ese evangelio está presentado una y otra vez, de muchas maneras diferentes, en el Nuevo Testamento. Pareciera que los autores del Nuevo Testamento hubieran tenido conciencia de que nunca podrían expresarlo cabalmente con palabras. Sus maravillas jamás pueden ser confinadas a la página escrita o impresa. Lo más cerca

a una descripción verbal completa se encuentra en las conocidas palabras: "De tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito, para que todo aquél que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para que condene al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él". Aquí es donde los protestantes ponen el énfasis central, cuando son fieles al genio de su rama de la fe —y del evangelio. Aquí está la base de la justificación por la fe. Como escribió el apóstol: "Por gracia sois salvos por la fe, y esto no de vosotros; es el don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque hechura suya somos, creados en Cristo Jesús para buenas obras que Dios había preparado ya antes, para que anduviésemos en ellas". Alrededor de esta gozosa convicción deben los protestantes centrar siempre su fe. Por ella se produce la continuada renovación de la Iglesia mediante el acceso de aquellos que, por la fe que es de Dios, creen en Cristo y por la gracia de Dios son salvos.

A medida, pues, que por la gracia de Dios y en respuesta a la fe que es provocada por el don de Dios en su Hijo, los protestantes son introducidos aquí y ahora en la vida eterna, pueden afrontar el desafío de la revolución no sólo sin desmayos, sino confiadamente. De tanto en tanto se verán perplejos ante la magnitud y las complicaciones de la revolución. Mas no tienen por qué desesperar. Mediante ese amor que ninguno de nosotros podrá jamás merecer, Dios nos ha hecho sus colaboradores. Una y otra vez, por nuestra fragilidad, ceguera, debilidad y pecado, nosotros le fallamos. Pero él no nos falla a nosotros. El puede "hacer mucho más

abundantemente de lo que pedimos o esperamos" no por algún mérito nuestro sino "según el poder que obra en nosotros". Este poder es nuestra esperanza y la esperanza del mundo. El Dios de esperanza es quien puede llenarnos de todo gozo y paz cuando le respondemos en fe, de modo que podamos abundar en esperanza, no por lo que nosotros seamos o hayamos alcanzado, sino por el Espíritu Santo que él nos ha dado.

INDICE

Se terminó de imprimir en
la Imprenta Metodista, calle
Doblas 1753, Buenos Aires,
el día 31 de Mayo de 1957.

B. A. 281 P. C. 18


La
AURORA
EDITORIAL